

ESTRACTO DE UN DIARIO

DE

VIAJE A CHILE, PERÚ I MÉJICO

EN LOS AÑOS DE

1820, 1821, 1822

POR EL CAPITAN

BASILIO HALL

Traducido del ingles por Federico Gana G.

TOMO I

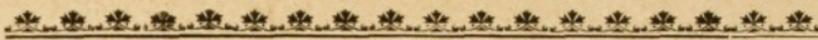
SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA Y ENCUADERNACION UNIVERSITARIA

Doctor S. A. GARCIA VALENZUELA, propietario

Merced, 812-814, entre Estado i San Antonio

1906



CAPÍTULO I

Paso del Cabo de Hornos.—Llegada a Valparaíso.—Visita a Santiago, capital de Chile.

El 10 de Agosto de 1820, el buque de S. M. B. *El Conway*, mandado por mí, se dió a la vela de Inglaterra, i despues de tocar en Tenerife, Rio Janeiro i Rio de la Plata, recibió orden de dirijirse a Valparaíso, puerto principal de Chile.

El paso del cabo de Hornos es famoso en la historia náutica; los obstáculos vencidos por el almirante Anson lo han hecho célebre. Los progresos de la navegacion han disminuido los temores que ántes inspiraba, i si presenta siempre algunos peligros, se les arrostra hoi con mas confianza. Sin embargo, este gran promontorio ofrece todavía un espectáculo digno de interes.

La tarde del 25 de Noviembre todas las miradas estaban fijas en el occidente, en cuya direccion debia aparecer el cabo. Algunos oficiales, de lo alto de los mástiles, trataban de descubrir los primeros indicios de tierra; otros, con ménos entusiasmo que

curiosidad, se suspendian un instante de los obenques para volver a descender, diciendo que al dia siguiente podrian ver la tierra «a su gusto» sin incomodarse. Los marineros, con su indiferencia habitual, se entretenian en el puente jugando al *leap frog*.

El sol se puso luego; i temíamos con razon, no descubrir la tierra ántes de la noche; pero, al terminar el largo crepúsculo de estío, el cabo tan deseado apareció por fin, con gran alegría nuestra, por la parte occidental del horizonte. Los contornos de la tierra se dibujaban a 50 o 60 millas de distancia sobre el cielo alumbrado por los últimos rayos del sol poniente. Despues todo se perdió en la oscuridad de la noche.

Entónces, un nuevo espectáculo atrajo toda nuestra atencion.

En la parte sud-oeste se elevó una luz viva i brillante que aumentó a intervalos regulares, i que, primero roja, se debilitó gradualmente. Esta luego reapareció despues de cuatro o cinco minutos, no ménos brillante que la primera vez i semejante a una columna de materias inflamadas que se proyectasen en el aire. La aparicion duró durante diez o veinte segundos; la columna descendiendo, se estendió poco a poco, i no ofreció luego a nuestras miradas sino una masa rojiza que, despues de un minuto, terminó por borrarse enteramente. Ante este espectáculo, nos perdíamos en conjeturas: unos aseguraban que debia ser un faro de fuego móvil al que este meteoro se asemejaba mucho; otros supo-

nian fuese un bosque incendiado, i que las alternativas de las luces dependian del viento. Aquellos que habian observado atentamente el fenómeno con un anteojo, estaban de acuerdo en reconocer en él un volcan semejante al Stromboli, vomitando a intervalos llamas i piedras en ignicion, que al caer sobre las laderas de la montaña conservaban una viva claridad.

Esta luz singular fué visible hasta la mañana i desapareció con la aurora. Segun nuestros cálculos de la noche, la distancia que nos separaba de la costa debia ser de mas de diez millas; pero grande fué nuestra sorpresa cuando al dia siguiente no distinguimos el mas leve indicio de tierra. Las observaciones tomadas con la brújula indicaban cien millas a lo ménos, de distancia de la Tierra del Fuego. Talvez Magallanes observó un meteoro semejante e hizo dar a esta tierra, por esta causa, el nombre que lleva actualmente.

El 26 de noviembre, a las seis de la mañana, nos encontrábamos a diez o doce millas del cabo de Hornos; i al doblarlo para entrar en el mar Pacífico, pudimos verlo por completo. Su aspecto imponente, majestuoso lo hace digno de ser el límite de un tal continente. Esta roca inmensa, negra, escarpada, se eleva por encima de todas las tierras vecinas i estiendo, a lo léjos, en el mar, su masa desnuda i solitaria.

Los detalles de un viaje sin peligros no tendrian interes para el lector; nos bastará decir por ahora

que despues de una navegacion prolongada durante quince dias por los vientos del oeste, llegamos al grado 26 de latitud sur, i conseguimos avanzar bastante en el mar Pacífico para poder dirijirnos a Chile sin temor de ser lanzados hácia el cabo de Hornos, peligro que se encuentra tan frecuentemente en la historia de los primeros viajes. Confesémoslo, sin embargo, para gloria de nuestros abuelos, i de la ciencia náutica entónces en su infancia, que los primeros navegantes podian apénas adivinar su posicion en el globo: en el actual estado de los conocimientos científicos el marino puede lanzarse con confianza al océano, i desafiar esos errores cuyas consecuencias eran a menudo terribles. Un estudio mas estenso de la astronomía, el perfeccionamiento de los instrumentos náuticos, el uso de los relojes marítimos lo tranquilizan respecto de las corrientes i las otras causas de cálculos erróneos que en otro tiempo embarazaban a los navegantes.

El 10 de Diciembre echamos el ancla en la bahía de Valparaíso, puerto principal de Chile, treinta i ocho dias despues de nuestra partida de Rio de la Plata.

Despues de una travesía larga i penosa, el marino descubre la tierra con alegría: sin duda ésta fué la causa que hizo dar a este lugar el nombre de Valparaíso (valle del paraíso); nada, sin embargo, a primera vista, parece justificar esta brillante denominacion.

La bahía de Valparaíso tiene una forma semi-

circular; las escarpadas montañas que la rodean se elevan casi todas a mas de dos mil pies sobre e nivel del mar; i sobre sus laderas crecen una yerbe cilla escasa i arbustos naturales pequeños i raquíuticos.

La ciudad ha sido construida sobre una especie de terreno encerrado entre las rocas i el mar; i como este espacio es mui limitado, algunas casas están relegadas en la pendiente de las colinas i aun en el fondo de las numerosas quebradas que separan una de otra eminencia.

En la parte superior u occidental de la bahía está situado el barrio llamado «El Almendral», o bosque de almendras. Tiene éste mucho mas estension que toda la ciudad i cubre una llanura arenosa de una milla i media de largo, mas o ménos, al este de la bahía.

En los meses de estío, es decir, de Noviembre a Marzo, Valparaíso ofrece un fondeadero seguro i agradable; durante el invierno, i sobre todo en los meses de Junio i de Julio, terribles huracanes soplan del norte i se desencadenan sobre la bahía abierta por ese lado.

En la época de las fiestas de Navidad, el aspecto de la ciudad es brillante i animado; una gran afluencia de pueblo es atraida por las festividades i sobre todo por las corridas de toros.

En la tarde de Navidad, que corresponde a nuestro San Juan de estío, en los momentos en que la luna esparcia su tranquila claridad por el puerto, se advertia por doquiera una alegría viva i ruidosa: aquí

os encontrabais con un grupo de bailarinas; mas allá cantores campesinos entonaban antiguos romances populares acompañándose de la guitarra; i a traves de la muchedumbre con la que bebían i charlaban, algunos jinetes hacían admirar la maestría i la hermosura de sus corceles. De uno a otro extremo de la ciudad i a lo largo del muelle del Almendral, todo era movimiento i animación.

Las corridas de toros principian a las cuatro de la tarde. Este espectáculo nada tiene de terrible, i su principal objeto es recrear al populacho. Es preciso convenir que vale mas conducir los hombres a la felicidad por el camino del placer que marchitar i corromper su corazón por las violentas emociones que provoca la odiosa costumbre de derramar sangre.

El espacio que ocupan los toros es un vasto recinto cercado por ramas i postes plantados de trecho en trecho i cubiertos de tablas. A ámbos lados, un segundo piso se divide en departamentos adornados con pabellones i cortinajes; es ahí donde se colocan las damas i sus hijos vestidos con sus mas ricos trajes. El primer piso, alrededor de la arena, está dividido en palcos, que se llaman *ramadas*; en todas se ríe, se canta i se bebe con una indescriptible alegría. Antes del combate, el pueblo llena el recinto: éste se pasea con el cigarrillo en la boca, aquél critica o admira el aderezo de las damas; i un gran número, establecido alrededor de las mesas de juego, aventura su dinero al negro o al rojo de la ruleta. Lo que hai de mas interesante son los mú-

sicos i danzantes pagados para atraer la concurrencia. Los instrumentos son el arpa, la guitarra i el tamboril. El arpa es pequeña i lijera, i se le toma de una manera completamente diferente de la nuestra: en lugar de colocarla derecha, la ponen horizontal, de modo que el instrumento queda apoyado contra el estómago del músico, quien se sienta en un pequeño taburete. El tamboril está formado por un trozo de madera hueco i cóncavo, cubierto en su parte superior por un pedazo de piel sin curtir. Lo colocan en tierra, i los dedos lo tocan cadenciosamente, miéntras la muñecas se apoyan en el borde. Se emplea algunas veces, en lugar de tambor, la estremidad del arpa o la caja vacía de la guitarra o alguna otra cosa que dé un sonido profundo i claro. Estos músicos cantan jeneralmente; i sus voces se armonizan mas o ménos bien con el tono de los instrumentos. Cantan jeneralmente con cierto acento elevadísimo que parece desagradable a los estranjeros; pero el oido se habitua poco a poco porque hai alguna cadencia en sus voces. Cuando cantan en un tono bajo, sus notas son suaves i dulces, lo que proviene talvez del gusto de los músicos que he oido. Es raro que se cante de esta manera, i, cuando esto ocurre, no se aplaude jamas.

Las corridas de toros son un espectáculo para niños, i no merecen ninguna descripcion particular. Los toros jamas son muertos; algunos jinetes los excitan con puntiagudas lanzas, miéntras hombres de a pié los torear ajitando banderolas de colores.

Cuando el animal está enfurecido persigue a los hombres, que saltan rápidamente las barreras de las ramadas.

El principal interes que nos ofrecian estas fiestas estaba en la variedad de trajes del pueblo, que no nos cansábamos de observar. Nos costaba mucho trabajo tambien comprender su estraño lenguaje; oíamos a nuestro alrededor hablar español pero mezclado con innumerables espresiones locales o chilenismos. Cada objeto era nuevo para nosotros i tenia su aspecto característico del que no es posible dar una idea; su falta de parecido con todo lo que habíamos visto hasta entónces hacia esta tarea aun mas difícil.

Durante la primera noche de estas fiestas, me paseaba por las calles acompañado de uno de mis oficiales; el sonido de un instrumento que venia de una taberna llena de jente llamó nuestra atencion. Entramos; se nos abrió paso, ofreciéndonos un asiento en el fondo de la habitacion. Apénas nos habíamos sentado, cuando, con gran admiracion mia, oimos ruido de caballos. Un campesino montado vino a formar parte de la sociedad; seguíalo otro jinete, que, al llegar al medio de la habitacion, hizo jirar diestramente su caballo; i estos dos hombres permanecieron uno al lado del otro, con las cabezas de sus caballos en direcciones opuestas. Tanto los dueños de casa, como los espectadores i los músicos no demostraron la menor sorpresa por esta estraña visita. La mujer que tocaba el arpa se detuvo un

momento para retirar la punta de su instrumento a algunas pulgadas de las patas del caballo; i la música i las conversaciones continuaron como ántes.

Los jinetes pidieron un vaso de licor; i despues de haber conversado con sus amigos durante algunos instantes, bajaron la cabeza para no golpeársela contra la puerta de salida, i, espoleando vivamente los caballos, desaparecieron tan rápidamente como habian entrado. Este pequeño incidente pasó sin molestar en nada a la concurrencia. En otra ocasion, encontré en las ramadas a una familia que nos hizo muchas atenciones, i ella tuvo la bondad de esplicarnos algunas de las costumbres de los habitantes. Visitamos juntos varias *fondas* i tuvimos oportunidad de observar mas bailes populares que en la primera noche. Una de las figuras favoritas principia, mas o ménos, como el minuet. Se baila con lentitud i solemnidad, i segun el gusto de cada cual, se avanza, se retrocede o se toman de las manos, balanceándose; algunas veces se detienen para pasarse el brazo por encima de la cabeza. Estas figuras están llenas de gracia i naturalidad; pero, a veces, sucede que descubren la torpeza del danzante. Estas actitudes lentas duran un minuto o dos, i en seguida el compas cambia de repente, i de un tono triste i monótono se pasa a un aire vivo i animado, al que acompañan los sonidos rápidos i repetidos del tambor i un coro de voces quejumbrosas i elevadas. Una especie de entreacto viene despues; los pies apénas tocan la tierra con una rapidez extrema; los danzan-

tes presentan sus pañuelos de una manera afectuosa, pero siempre a distancia, i continuan dando vueltas uno al rededor del otro, describiendo círculos mas o ménos grandes. Unen a estos movimientos circulares multitud de jestos, haciendo, a menudo, flotar el pañuelo sobre la cabeza de su pareja. Se observa una diferencia notable entre la manera de bailar de los habitantes de la ciudad i aquella de los campesinos o *huasos*; estos últimos tienen mas gracia i habilidad.

Las diversiones duraron toda la noche; al llegar la mañana, aunque este pueblo sea de un carácter dulce i apacible, las danzas tomaron un carácter desordenado; las canciones eran mas licenciosas; se vieron, sin embargo, pocos ejemplos de embriaguez o de libertinaje. Es de notar que no haya sino bailarinas de profesion que se exhiban así en público. Este ejercicio es para la multitud el placer por excelencia: me ha ocurrido alejarme de las ramadas durante algunas horas; a mi regreso, he encontrado los mismos espectadores en el lugar donde los habia dejado, i siempre entretenidos en mirar con placer igual las mismas danzas.

Durante estas fiestas el tiempo fué hermoso i agradable. En el dia el termómetro marcaba 62° a 64° i durante la noche de 59° a 62° . Desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde el calor era a menudo insoportable. La aparicion de la aurora sobre un cielo sereno, el sol que salia sin nubes, i el horizonte, dibujándose a lo largo en «luces» vacilantes,

presajaban dentro de una hora un fuerte temporal de viento sur, que ya principiaba a soplar de la cima de las colinas que rodean la ciudad, i que luego levantaron torbellinos de arenas en las calles, lanzándolos sobre las casas i cubriéndolo todo de polvo, hasta los buques de la bahía. Este viento disminuyó gradualmente hácia la puesta del sol; i la calma reinó durante el resto de la noche.

Desde la salida del sol hasta la hora en que principió el viento, el menor soplo de aire lo hacia presentir: la superficie del mar no era rizada sino por las ráfagas ligeras que los marinos llamamos *rachas*. Al contrario, cuando al venir el dia el cielo estaba nebuloso i la atmósfera brumosa, una ligera brisa soplabá durante el dia ya en un sentido ya en otro, evitándonos los inconvenientes de los vientos del sur. Estas variaciones no ocurren sino el estío; durante el invierno el tiempo es mui inconstante.

Los vientos del norte duran muchos dias acompañados de fuertes i torrenciales lluvias i de gruesas marejadas que hacen poco seguro el fondeadero i ocasionan una resaca que corta toda comunicacion entre la ribera i los buques; sin embargo, estos golpes de viento son bastante raros.

En esta estacion, el aire es frío i húmedo, i los habitantes se sienten felices teniendo fuego en el interior de sus casas. El carbon de bosque o madera se quema jeneralmente en un gran brasero pulido i brillante, colocado en medio de la pieza; i alrededor de él se sienta la familia, poniendo los pies sobre sus

bordes. En las casas inglesas i extranjeras hai chimeneas en las que se quema carbon de piedra. Este combustible se encuentra en abundancia en Concepcion, puerto que está situado a doscientas millas al sur de Valparaíso.; no se le consume ahora sino en el país, i se espera que mas tarde esta rama del comercio será mui productiva.

En las reuniones nocturnas, el pueblo tiene mas abandono, i es mas fácil observar sus costumbres peculiares. Yo iba casi todas las noches a estas reuniones, i me detenia a menudo cerca de los grupos que se formaban alrededor de las mesas de juego. Una sola luz alumbraba el grotesco traje i las fisonomías de los jugadores, i era un curioso estudio el que ofrecia la animada espresion de los rostros populares. En cierta ocasion, llamé la atencion de uno de los jugadores; se empeñó en que tentase fortuna; tuve buena suerte i le gané algun dinero, riéndose mucho los otros jugadores a sus espensas; sin embargo creí conveniente devolver lo que habia ganado, i entónces se burlaron de mí; pero nos separamos al fin como buenos amigos.

Un caballero chileno amigo mio que vivia cerca de la plaza de toros, me acompañaba a menudo a las *chinganas*, que así se llaman los sitios de estas diversiones populares que he descrito. Algunas damas de la buena sociedad amigas de él, despues de haber cuchicheado entre ellas, rehusaron acompañarnos a la fiesta de la noche. Un cuarto de hora despues, cuando nos encontrábamos mui entusias-

mados en una de las *chinganas* mas animadas, uno de mis vecinos, que, segun parecia, estaba en el secreto, me hizo notar la presencia de tres de las damas que acabábamos de abandonar; permanecian cerca de nosotros disfrazadas de tal suerte que era difícil reconocerlas; i observé luego que su objeto principal era espiar al marido de una de ellas. Habia habido entre estas damas i otras de su conocimiento un serio altercado; i se trataba de saber cómo el pobre marido se conduciria con la parte contraria. Tuvieron la satisfaccion o mas bien dicho el disgusto, de sorprenderlo en traidora intimidad ahí donde no debia encontrarse; i entónces, con gran confusion de los culpables, que nada sospechaban, las curiosas se descubrieron un instante i desaparecieron. Al dia siguiente supimos que estas damas habian vuelto diez minutos despues disfrazadas de otra manera, i que se habian divertido mucho observando las intrigas femeninas de alguno de nosotros que estábamos en el secreto, i que, creyendo la broma terminada, nos reíamos de todo corazon del éxito de su primera hazaña. Despues de esta escena, se me ocurrió divertirme a sus espensas: me disfracé lo mejor que pude; pero fué trabajo perdido, porque me reconocieron apénas me presenté.

Los comerciantes i la jente acomodada ocupan las casas edificadas al pié de las rocas de Valparaiso i a lo largo de las calles del Almendral. La clase baja tiene su domicilio en las quebradas o barrancas; los individuos que la componen han sido los ménos

afectados por los cambios políticos del país, i han permanecido fieles a sus hábitos i costumbres: bajo este punto de vista merecen la atención del observador. El extranjero que va a visitarles en sus cabañas está seguro de ser bien recibido: son fabricantes de ladrillos, trabajadores al día i lavanderas; parecían alhagados por el interés que les demostrábamos i contestaban con agrado i buen humor nuestras preguntas; pero ántes que todo era indispensable aceptar la silla que se nos ofrecía i tomar el licor, la leche o el pan, por escaso que fuese, hasta un vaso de agua, si no tenían mas con que invitarnos; parecían que se imponían el deber de compensar con la amabilidad de su acogida la pobre apariencia de su hogar i la frugalidad de su mesa.

Estas cabañas o ranchos i las casas de la burguesía, los construyen con grandes ladrillos planos, secados al sol; su techo se compone de anchas hojas de palmeras que sobresalen de las murallas, i dan un doble abrigo contra los ardores del sol i el agua de las lluvias. Cada cabaña se compone de dos piezas, de las cuales una sirve de dormitorio i la otra de comedor: una parte del suelo de esta última habitación es siempre siete u ocho pulgadas mas alto que el de las otras. Este espacio se le cubre con esteras sobre las que se tienden después de la comida para dormir la siesta.

Los habitantes de estas cabañas muelen su trigo en un molino compuesto de dos piedras, una cóncava i la otra redonda, de dos palmos de largo. El

trigo sin moler lo tuestan lo mas que pueden i oprimiéndole entre los dedos lo convierten en polvo. Esta harina gruesa sirve para hacer una bebida que se llama *hulpo*.

En algunas de las quebradas vivian jentes de una clase mas acomodada; la mayor parte de ellas eran mujeres de alguna edad, que gozaban de una pension módica i que, habiendo renunciado a la sociedad i a sus exigencias, no aspiraban sino a pasar tranquila i modestamente sus últimos dias. Nada dejaba que desear en esas habitaciones en lo que se referia al órden i a la limpieza. La acojida que recibimos de estas buenas mujeres, probaba que ellas habian conocido tiempos mas felices; nos ofrecieron el célebre té del Paraguay, *mate*, bebida mui apetecida en el pais. Antes de la infusion, la planta seca, conocida con el nombre de yerba, tiene un color amarillento i está dividida en fragmentos i en polvo;— su gusto tiene mucho de semejante con el de un buen té i muchos la prefieren a este último.

El mate se prepara en un hermoso vaso de metal, dos veces mas grande que un coco de palma; se llena completamente de agua i se le coloca sobre las ardientes cenizas del brasero, que, como ya lo he dicho, se encuentra siempre en el medio de la habitacion. Cuando el agua principia a hervir se le agrega un pedazo de azúcar quemado. En seguida se pone el vaso en una especie de salvilla de plata labrada que se pasa a los invitados; éstos absorben el mate por un tubo, en cuya estremidad se encuentra

una pequeña esfera llena de pequeños agujeros. Esta bebida se toma casi hirviendo, i los extranjeros no llegan a acostumbrarse a ella sin que les cueste algunas lágrimas. Es costumbre aceptar siempre estas invitaciones, a las que no es posible sustraerse sin faltar a las conveniencias, i la sociedad, por poco numerosa que sea, se sirve en comun de la misma *bombilla* i así pasa de mano en mano. Un caballero conocido mio, era mui aficionado a esta bebida i habia comprado una *bombilla* para su uso personal; las personas a quienes visitaba se ofendieron de la repugnancia que demostraba, i se vió obligado a renunciar a ella i a seguir la costumbre del pais.

El pueblo, en jeneral, los campesinos i la jente de las clases inferiores en la vecindad de la ciudad, parecen ser mucho mejor educados que los de otros paises. En sus reuniones de familia demuestran mucha cortesía; son respetuosos con sus padres, i, los padres con sus hijos, reservados e induljentes; pero es preciso agregar que esto no ocurre sino en el hogar; fuera de él, estas jentes parecen olvidar su carácter, i, tan distantes como están de toda grosería, se preocupan poco de agradar a las mujeres i no buscan jamas la ocasion de portarse amables con ellas. Las mujeres, desdeñosamente tratadas por sus compatriotas, no adquieren los hábitos de la sociedad; la desconfianza de sí mismas enjendra la timidez, i pierden toda seguridad cuando un extranjero les dirige la palabra o les hace la mas insignificante atencion.

La educacion está mui descuidada en Valparaiso, sobre todo la de las mujeres; pero éstas, en cambio, tienen naturalmente modales llenos de gracia, un tacto mas fino para conocer el mundo i apreciar todo lo que se relaciona con las costumbres.

Poco tiempo despues de mi llegada, nuestra atencion fué atraida, como ya lo he dicho, por las corridas de toros. Era ahí donde podíamos observar las costumbres i las ideas de las clases inferiores; nos habria sido imposible encontrar una mejor ocasion i nos agradaba mezclarnos con el pueblo para entrar en su intimidad, lo que no nos costó gran esfuerzo; sus modales nada tenian de grosero ni de repugnante; una benevolencia mezclada de gracia i de orgullo formaba el fondo de su carácter. Los individuos que abordábamos mostrábase siempre respetuosos i atentós con nosotros, manifestando interes hácia las preguntas que les dirijíamos. La política, naturalmente, era lo que mas nos atraia en estas pláticas populares: sabíamos, por otra parte, que despues nos seria fácil conocer las opiniones de las clases elevadas, de modo que nos apresurábamos a tomar nota de las impresiones de las masas a este respecto. Al principio nos admiró su tranquilidad, su escaso entusiasmo i su moderacion al hablar de los españoles, contrastando esta actitud con la de los individuos que ocupaban un rango mas elevado, quienes se exaltaban inmediatamente cuando abor, daban estos tópicos, prodigando a sus enemigos toda suerte de denuestos i de ultrajes. Hai que to-

mar en cuenta que estos últimos han tenido que soportar todo el peso de los acontecimientos. Por una justa reciprocidad, mientras el campesino ha permanecido estacionario con el nuevo réjimen, el individuo de la clase alta ha obtenido muchas ventajas: goza ahora de su independendia política, es libre, disponiendo a su arbitrio de su persona i de su propiedad. Por primera vez tiene parte en el gobierno, pudiendo aspirar a los mas brillantes empleos; los bienes que posee han aumentado de valor, gracias a la libertad de comercio que facilita el intercambio de los productos. No teme tampoco ostentar sus riquezas ni manifestar públicamente sus opiniones, i, en una palabra, ha conquistado su libertad civil, experimentando mas directamente su feliz influencia. Los saludables efectos de esta revolucion comercial se hacen sentir en todas las clases sociales: los habitantes de los campos principian a nectar el cambio que el nuevo réjimen ha producido en el precio de los productos; pero los ricos están en mejores condiciones para recojer sus frutos; comprando los artículos estranjeros i, a consecuencia de los cambios, encuentran mas facilidades para colocar sus mercaderias. I, lo repito, tanto las clases inferiores como las elevadas comparten ahora, aunque desigualmente, las ventajas del nuevo órden de cosas. Esta circunstancia basta para distinguir la revolucion de la América del Sur de todas las que conocemos.

El 6 de Enero de 1821 partí para Santiago capital de Chile. Me acompañaba un oficial de marina,

que desde hacia algunos años vivia en estas rejiones. Conocia mui bien el pais, era ademas bastante instruido, lo que me hacia su sociedad mui agradable. Los caminos son malos i hacen dificultosa la marcha de vehículos; se viaja ordinariamente a caballo, i como el paso acostumbrado es el galope, hai que cambiar frecuentemente de cabalgadura. El único medio de locomocion que se emplea, es una pesada carreta que arrastran penosamente ocho bueyes. El transporte de mercaderías del puerto a la capital i al interior del pais, se hace a lomo de mulas de una raza excelente.

Combinamos mal nuestro viaje, pues, en lugar de hacer una parte del camino en la mañana i la otra en la noche, marchamos en el medio del dia teniendo que soportar un calor sofocante. El pais parecia calcinado por los ardientes rayos del sol; vapores inflamados como los que salen de una fragua se escapaban del seno de la tierra. Ninguna verdura, ni la mas pequeña apariencia de humedad se ofrecian a la vista; todo estaba seco como la tierra cocida al horno i el suelo aparecia cubierto de grandes e innumerables razgaduras... ni el mas leve soplo de viento refrescaba aquella atmósfera de fuego durante la mañana; recorrimos las laderas de varias montañas donde la vista vagaba sobre pequeñas manchas de verdura que indicaban el curso de los torrentes. Entre las cumbres que se elevaban a muchos miles de piés, llanuras rodeadas de colinas hacian suponer la existencia de antiguos lagos. En unos de estos parajes

alcanzamos una gran tropa de muleteros que se habian puesto a la sombra de unos grandes árboles; estaban sentados sobre el musgo cerca de un arroyuelo cuyas aguas, saltando de roca en roca, refrescaban el aire i la verdura. Las mulas, en número de cincuenta, estaban paradas alrededor, con sus cargas atadas por los cabestros.

Los muleteros nos invitaron a juntarnos a ellos i a compartir su *hulpo*. Nos aconsejaron que no continuáramos nuestro camino sino cuando el sol hubiese bajado mas; y habríamos debido seguir esta indicacion, porque tuvimos que sufrir horriblemente con el calor hasta nuestra llegada a Bustamante donde comimos. Bustamante es un relevo de posta: se habia anunciado nuestra llegada, i se nos invitó para comer a ponernos al lado de la puerta, atencion delicada que nos permitió gozar de la frescura de la brisa que no tardó en elevarse.

El primer plato consistió en grandes higos negros i la bebida en limonada que se vertia en unos vasos inmensos. Los higos i la limonada esparcian un olor suave que perfumaba toda la casa. En seguida, nos sirvieron unos panecillos blanquísimos i mantequilla fresca; en lugar de vino, cuando el mantel se levantó, se tomó *mate*. Las buenas jentes que habitaban esta cabaña nos invitaron a *dormir la siesta* ántes de ir mas léjos; pero estábamos resueltos a llegar a la capital esa misma noche, i rehusamos un descanso que en ninguna otra ocasion habríamos necesitado mas. Una hora ántes de ponerse el sol, llegamos a

la cima del último defiladero. De ahí descubrimos toda la estension de los Andes. Desde el mar habíamos ya contemplado sus cimas majestuosas coronadas de nieve; aquí éellos aparecieron sin interrupcion, de la cima a la base, i bastante cerca para podernos formar una idea completa de su elevacion.

Como la llanura, de la que se elevan las grandes montañas, está casi al nivel del mar, la vista no pierde nada de la altura de estas, lo que no ocurriría si el pais que las rodea fuera elevado. Desde el punto donde nos encontrábamos, podíamos contar las diferentes cadenas que en número de cinco o seis proyectábanse una sobre otra con majestuosa regularidad. Ningun paisaje de montañas es mas admirable, ninguno tampoco mas difícil de describir.

Atravesando el llano que conduce a la ciudad, encontramos un destacamento de soldados que escoltaban hasta la capital a algunos españoles prisioneros de guerra. Estos infelices habian sido tomados en una batalla recientemente librada en el Perú, que era entónces el teatro de las hostilidades entre chilenos i realistas. En el capítulo siguiente trazaremos un cuadro sobre el orijen i los progresos de la expedicion de los chilenos contra el Perú. Las ideas risueñas que nos habia inspirado el paisaje completo de los Andes, se desvanecieron ante el espectáculo de las miserias humanas. Es triste ver a hombres cargados de cadenas, aunque hayan merecido este castigo, pero prisioneros de guerra que no tienen otro crimen que reprocharse que la fidelidad a su

causa excitan siempre una compasion mas viva aun i mas dolorosa.

La sociedad de Santiago está mas adelantada que la de Valparaiso. Sus habitantes son mas ricos, demostrando mayor conocimiento de los usos sociales i no parecen ser tan ignorantes de lo que ocurre en otros lugares del globo. Sus modales son mas fáciles, sus trajes mas cuidados i elegantes i en sus habitaciones bien distribuidas i amobladas dominan el buen gusto i *el confort*. Como los habitantes de Valparaiso, acogen con placer a los extranjeros i demuestran su induljencia a aquellos que conocen imperfectamente su idioma. Es difícil encontrar una ciudad mas limpia i mas regular que Santiago. Está dividida en cuadros o islotes que forman las calles cortándose en ángulos rectos. Las casas están todas blanqueadas, no tienen sino un piso i su techo es plano, ostentando una especie de parapeto por encima de la corniza. Su forma es cuadrangular. Se entra a cada pieza por un espacio cuadrado que se llama *patio* o por una puerta de comunicacion que da de una a otra habitacion. La puerta de calle es un grande i ancho pórtico adornado con gusto i al lado estan las cocheras. El comedor i salon ocupan la parte del patio que está frente a la entrada, i el escritorio i las piezas de dormir los otros dos lados. En el verano se coloca una especie de techo encima del patio, lo que da mucha frescura a las habitaciones. Detras de las casas hai un jardin en cuya estrechidad un arroyo claro i límpido corre con rapidez.

El 7 de enero fuí presentado en una casa mui renombrada por la benevolencia i la buena acogida que dispensaban sus moradores a los extranjeros. La familia se habia retirado al fondo del salon, para guarecerse del calor. Las damas tienen la costumbre de refugiarse en los rincones de la habitacion donde se sientan en líneas rectas i estrechas a lo largo de las paredes. Un instante despues de nuestra llegada, una de las señoritas, observando que su colocacion hacia embarazosa la charla, se levantó i fué a sentarse al piano; las demas continuaron su costura tan ceremoniosamente como antes. Felizmente llegaron otras personas; la sociedad principió a confundirse i a mezclarse; el estiramiento que al principio nos habia helado, desapareció; la reunion se animaba i nos pareció al fin tanto mas agradable cuanto que su principio habia sido tan triste. En ese instante, un caballero anciano entró al salon con un aire desenvuelto; la alegria estaba pintada en su fisonomia i brillaba en sus palabras. Era un sacerdote de sesenta años que tenia la buena salud i la vivacidad de un joven; lanzaba a todos mil bromas picantes e ingeniosas i parecia desafiar a quien quiera con sus salidas. Sus epigramas eran espirituales i la reunion se animaba con su presencia i su inagotable buen humor. Al fin, algunas señoritas, heridas en lo vivo, le contestaron con animacion; una coajicion se formó entre ellas contra el temerario, i de todos lados se vió atacado por vivas i chispeantes contestaciones. El buen cura pareció maravillarse de

la enerjia del combate; contestó como pudo, i, para animar mas la pelea, finjió darse por vencido, i, despues de una lucha largamente prolongada, se retiró con gran sentimiento de todos.

Pregunté quien era este personaje i se me respondió que habia sido misionero de una aldea indíjena; que por sus talentos i el ejemplo de sus virtudes habia adquirido gran influencia sobre los naturales mejorando su suerte, iniciándolos en la moral del Evangelio i enseñándoles las artes de la civilizacion.

La Alameda, o paseo público, se llama tambien Tajamar, a causa de un dique que se ha construido para evitar los efectos de las creces del Mapocho, rio insignificante durante el invierno, pero que en la temporada en que las nieves principian a fundirse sobre los Andes, se convierte en un torrente caudaloso i turbulento.

Este paseo se divide en tres partes: un camino ancho i despejado para los coches i dos avenidas bordeadas de altos álamos. Bajo estos árboles se estiende un pequeño muro de piedra, sobre cuyo parapeto las damas que jeneralmente vienen aquí elegantemente vestidas, colocan sus pañuelos con mucho cuidado i cierta gracia especial ántes de sentarse.

Desde este paseo, se divisa una espléndida vista de los Andes que, a pesar de encontrarse a cincuenta o sesenta millas de distancia de la ciudad, aparecen mui cercanos.

A mi llegada a Santiago, la noticia de la victoria que el ejército del Perú acababa de obtener sobre los realistas habia puesto esta ciudad en gran agitacion; era tal, se decia, la popularidad de la causa de la independenciam que un rejimiento entero de las tropas del Rei habia salido de Lima a ofrecer sus servicios a los patriotas. No se habló durante varios dias sino de la espedicion del Perú. Este estado de los negocios nos ofrecia frecuentes ocasiones de apreciar i estudiar la opinion pública. Todas las conversaciones rodaban sobre este tema que el entusiasmo del momento hacia mas interesante. Pero de lo que se ocupaban, con mas exaltacion era del afianzamiento i de la conservacion de la independenciam del país; i, como natural consecuencia, espresábanse con acritud i vehemente animosidad de los españoles, sentimiento que a menudo llevaban demasiado léjos reprochando, por ejemplo, a personas determinadas contemporaneas i a clases enteras, faltas o errores de los que no eran responsables i que resultaban de la lenta accion de siglos i de malos gobiernos.

CAPÍTULO II

Comunicacion entre Santiago i Buenos Aires.—Llegada a las costas de Chile de una fragata i un buque de guerra franceses.—Naturaleza de la mision de los comandantes ingleses.—Los franceses hacen la conquista de los corazones femeninos en Valparaíso.—Baile dado a los franceses.—Lujo e indijencia.—Temblor de Tierra.—Funerales de un americano.—Partida de campo.—Partida de Valparaíso.

El 16 de Enero tuve oportunidad de enviar una comunicacion al comandante en jefe, el comodoro Thomas Hardy, por un correo que podia llegar a Buenos Aires en doce dias; a veces este viaje se ha hecho en once. La distancia es de mil ciento sesenta millas, de modo que el correo tiene que recorrer ciento catorce millas diarias.

Las comunicaciones entre Buenos Aires i Santiago están abiertas desde hace algunos años, i se han establecido relevos de postas a lo largo del camino. La fatiga i los malos alojamientos hacen este viaje mui penoso. Los caballos están siempre listos, i se les toma de los numerosos rebaños que cubren las pampas arjentinias, que se estienden desde el mar hasta el pié de los Andes. Cuando se sigue este camino, se acostumbra hacer esta parte en coche i al llegar a los Andes es menester continuar el viaje a

caballo o en mula. Los correos son jeneralmente individuos pequeños i fuertes, que poseen una actividad extraordinaria que los distingue de los naturales. Despues que hube despachado mi correo, fuí a visitar a una familia chilena que conocia. Cuando entré al salon, la dueña de casa i su hija levantándose de sus asientos me ofrecieron cada una una rosa, escusándose de no haberlo hecho ántes; es ésta una antigua costumbre española, una de esas pequeñas atenciones que en este país son mui comunes.

Principiábamos ya a entablar agradables relaciones con los habitantes de la capital, cuando un acontecimiento inesperado vino a interrumpirlas i me obligó a volver precipitadamente al puerto con mis oficiales. Se habia tenido noticia en Santiago de que un buque de guerra i una fragata franceses habian tocado en Concepcion i pensaban visitar Valparaíso. La llegada, en esta época, de fuerzas semejantes excitó viva sensacion entre los chilenos; muchos temian que las intenciones de los franceses pudiesen ser hostiles. Cualesquiera que fuesen los planes del comandante frances, yo quise estar a su llegada a bordo del *Conway*; i apresuré mi regreso a Valparaíso.

La independenciam de los paises de la América meridional no estaba reconocida por Inglaterra todavia; no teniamos en estas rejiones ni cónsules ni agentes diplomáticos acreditados. Sin embargo, el comercio entre los dos paises habia adquirido mucha estension i tomaba de dia en dia mayor incre-

mento. Estas relaciones llegaban a ser la causa inmediata de una multitud de negocios litijiosos i era indispensable establecer una correspondencia diplomática i comercial con los gobiernos de cada localidad. La única autoridad constituida de Inglaterra en esta parte del globo era el comandante en jefe marítimo, i toda la responsabilidad de las discusiones debia necesariamente recaer sobre él. Su tarea era, pues, mui difícil e importante; lo que se concibe considerando la estension de sus facultades i la incertidumbre i el retardo de las comunicaciones. La diversidad de las relaciones políticas en este país, la inestabilidad e inesperienza de los gobiernos, la agitacion del espíritu público i la falta de confianza en el comercio, en una palabra la novedad de cada institucion, todo concurría a complicar un asunto ya mui embrollado por sí mismo. Fué necesario, pues, distribuir la estacion naval en el órden siguiente: Rio Janeiro en el Brasil, Buenos Aires en el Rio de la Plata, Valparaíso en Chile, Callao en el Perú, i San Blas en la Costa de Méjico. Habia ademas otros puertos donde la actividad de nuestros comerciantes habia encontrado medio de introducir nuestros productos, i a los que era necesario, de tiempo en tiempo, enviar algunos de los buques de la estacion para proteger a nuestros nacionales.

No entraremos en detalles fastidiosos respecto de la multiplicidad de los deberes que pesaban sobre los capitanes de los buques del rei estacionados las costas de la América meridional i de Méjico;

diremos solamente que todos los negocios consulares corrian de su cuenta i estaban ademas obligados a discutir toda dificultad que surjia entre los súbditos británicos i los gobiernos del país. Las desinteligencias eran provocadas principalmente por los reglamentos comerciales, de los que se quejaban los comerciantes, encontrándolos mui severos para la descarga de las naves británicas, bajo pretesto de que estos trataban de introducir mercaderías sin pagar derechos. Ya eran acusados los comerciantes de ocultar mercaderías de españoles en sus buques, ya de violar las leyes del puerto i aun las del país; el delito imputado traia como consecuencia la prision del comerciante o la confiscacion de las mercaderías. Los capitanes de la marina real, llevaban sus reclamos a la autoridad; éstas eran examinadas: sus funciones se limitaban a dirigir tales solicitudes o a conciliar en lo posible el negocio, si esto era posible. No debian jamas obrar hostilmente, a ménos de recibir órden terminante del comandante en jefe en respuesta al informe que se le dirijia sobre todas las circunstancias de los hechos.

En casi todos los casos i para garantizar los intereses de nuestro comercio, una pronta decision era necesaria; las dilaciones traian la ruina de los comerciantes, quienes veian deteriorarse los objetos en litijio ántes que el comodoro hubiese espresado su determinacion. La imposibilidad de prever un cambio de situacion o de estimar con precision el efecto probable de las grandes convulsiones políticas que

destrozaban el país, complicaban en alto grado la situacion del comandante en jefe, quien era responsable de la conducta de sus oficiales i de las instrucciones que les daba. Nuestro gobierno en Lóndres no habria podido prever jamas cuales podian ser las reglas que debian observarse en medio de circunstancias que variaban a cada instante. En esta situacion, se tomó el único partido que habia que adoptar, i fué de hacer penetrarse a los oficiales de los principios jenerales que debian dirijir su conducta i de entregarse para lo demas a su discrecion i capacidad. En los casos difíciles i que no podrian resolver sin una estension de poderes se les remitió a la autoridad superior.

Por otra parte, los derechos de puerto daban lugar a menores dificultades, porque consistian principalmente en litijios entre nuestros compatriotas, i se resolvian hasta un cierto punto consultando documentos escritos i auténticos.—Desgraciadamente estas rejiones eran mui frecuentadas; múltiples negocios absorbian todo el tiempo que nos dejaban libre los deberes de nuestra profesion, impidiéndonos observar las costumbres i estudiar las grandiosas escenas que la naturaleza nos ofrecia a cada paso.

Se comprende fácilmente que para ejercer este arbitraje era necesario conocer mucho a las partes interesadas; ocurría a menudo que ambos contrincentes no tenian razon i que no se podia terminar el negocio sin una transaccion propuesta por un tercero; i era sobre todo, por esta razon que yo habria

deseado haber vivido mas tiempo en la capital, frecuentando la sociedad de los miembros del gobierno, la de los ingleses establecidos en Chile i la de los comerciantes del pais.

Llegué a Valparaiso antes de que los buques franceses se hubiesen avistado, i me llamó la atencion la ansiedad con que los habitantes esperaban este acontecimiento. El orgullo nacional les inducia a ocultar esta alarma, i, de otro lado, la conviccion de su impotencia los llenaba de un espanto que no podian disimular. Los hechos probaron despues que estos temores eran mui fundados, porque los franceses despues de una corta i amistosa visita, aparejaron llevándose el corazon de todas las damas porteñas.

Antes de su partida, el Gobernador dió un gran baile al almirante frances i a sus oficiales. Sin tomar en cuenta el tamaño de sus habitaciones, él habia invitado a todas las familias de la ciudad. Muchas personas conocidas por estar en nna situacion precaria i que vivian humildemente, asistieron lujosamente vestidas, cubiertas de alhajas de un valor considerable, las mujeres del pais, sobre todo aquellas que no viven en la abundancia, tienen a honor ostentar un gran lujo en las fiestas de este jénero, i se imponen de antemano las privaciones mas penosas para llegar a este gran objeto de su vanidad.

Durante la fiesta me retiré un instante a respirar el aire sobre la plataforma del palacio del Gobernador. Al volver al baile, observé una puerta abierta

que conducia a una ante-sala separada de la habitacion principal por la pieza donde estaban los músicos.

Entrando a esta habitacion, me llamaron la atencion algunas hermosas niñas que en él había reunidas; se habian subido sobre las sillas i se esforzaban, dominando las cabezas de los músicos i los sirvientes, por atisbar curiosamente lo que ocurría en el salon del baile, del que, a lo que se veía, parecian haber sido escluidas. En un rincon, i cerca de ellas, dos ancianas españolas, vestidas con sencillez no exenta de elegancia estaban sentadas en un sofá; parecian no preocuparse de la fiesta.

Sus rostros conservaban todavia las huellas de una gran belleza i sus facciones estaban llenas de tristeza. Un aire de indiferencia mezclado de desden indicaba a las claras que su espíritu vagaba mui lejos del lugar de la escena donde se encontraban. Se me dijo que estas damas eran españolas, que durante el antiguo réjimen habian tenido una gran fortuna; hoi su existencia apenas era conocida. La revolucion las habia despojado de sus bienes i de su rango; i no se les habia creído dignas de una invitacion al baile.

Un hecho de esta naturaleza, aunque de poca importancia, se presta a serias reflexiones sobre las consecuencias inevitables de todo violento cambio político. Cuando se llega a la América meridional, uno se siente al principio inclinado a deslumbrarse por el brillo del espectáculo que ofrecen esas jóvenes naciones i a imaginarse que los bienes que nacen

de la emancipacion de un pueblo no deben tener mezcla alguna. El partido triunfante trata de cubrir con este velo engañoso todo lo que le rodea. La esperiencia lo desmiente amenudo i bajo aperiencias diversas élla señala los caprichos funestos de la fortuna. Es una tarea saludable e instructiva la de observar con atencion i recojer los ejemplos que se presentan i que la moral aprovecha.

En las revoluciones, sobre todo, en medio de los públicos regocijos hai siempre secretos dolores que tienen derecho a la consideracion i al respeto del observador imparcial. El incidente que acabamos de referir era el primero que se habia ofrecido a nuestra atencion hasta ese momento i por esa razon produjo sobre nosotros una impresion mas fuerte que aquella que experimentamos despues ante los innumerables ejemplos de una desgracia inmerecida, de un infortunio que se encuentra siempre a raiz de las revoluciones.

El 18 de Enero fuí a visitar a una familia del Al-mendral. Las damas, segun la costumbre del pais estaban sentadas en fila cerrada a lo largo de la muralla; con sus chales tendidos sobre la cabeza i envolviéndoles la barba, los rostros se hacian casi invisibles. Una joven tocaba el arpa, otra la guitarra, algunas cantaban con entusiasmo aires patrióticos; varias conversaban o trabajaban en labores de mano, la reunion era bajo todos aspectos agradable. De repente, sin ninguna causa aparente toda la sociedad se levantó con precipitacion, la música i el trabajo

fueron abandonados i todos corrieron perdidamente fuera de la casa gritando con una voz lamentable: Misericordia! misericordia! Se golpeaban el pecho, i un espanto indefinible se pintaba en las fisonomías. Yo me quedé estupefacto con esta súbita batahola i maquinalmente seguí a todo el mundo hasta la calle gritando tambien: Misericordia, tan alto como ellos.

La luna alumbraba de un extremo a otro la calle, que estaba llena de una muchedumbre numerosa, de jentes a medio vestir, de niños llorando arrancados de sus lechos, de hombres que corrian en todas direcciones; algunos llevaban antorchas en la mano.—Yo no sabia a que atribuir tan estraña confusion i tanta alarma ocasionada al parecer por un movimiento espontáneo, sin motivo visible. Por fin, despues de haber permanecido un minuto en la calle, todos volvieron a sus casas. En el curso de algunos segundos el ruido se apaciguó; i a los pocos momentos despues no habia una alma afuera.

Me imaginaba que se trataba en esta ocasion de alguna práctica relijiosa, pero me engañaba. Se me dijo, con gran sorpresa mia, que la agitacion de que habia sido testigo era causada por un violento temblor de tierra, del que yo no habia oido nada; se me agregó, sin embargo, que el ruido habia sido mas fuerte que de ordinario. Parece, por lo que refiero, que los estranjeros permanecen durante mucho tiempo insensibles a estos movimientos de tierra que los naturales distinguen inmediatamente. I hago con este

motivo una observacion verdaderamente estraña: el espanto que se experimenta en presencia de un temblor léjos de disminuir va siempre aumentando, de modo que álguien que se ha burlado de los naturales por su terror, termina al fin por asustarse mas que ellos.

Un oficial de la fragata americana la «Macedonia» habia muerto en Valparaiso i no se encontraba en la rada ningun buque de guerra de esta nacion que pudiese hacer al difunto los honores de ordenanza; creí conveniente acompañarlo hasta su última morada con los oficiales del «Conway» i una parte del equipaje. Los ingleses, los americanos i los otros extranjeros, sin distincion, que se encontraban en la ciudad siguieron nuestro ejemplo. Cuando se está léjos de la patria, un accidente de esta naturaleza hace sentir vivamente al extranjero su aislamiento; i en la ausencia de sus amigos i de los suyos, no se acerca a aquellos que estan en igual situacion. Cuando llegamos cerca de la tumba, todos nos indignamos de que el cuerpo fuese depositado en una tierra que no habia sido consagrada. Los españoles, a lo que parece, habian negado siempre, por sistema, a los extranjeros el privilejio del entierro cristiano. Supe despues que el nuevo gobernador, con un espíritu mas filosófico, habia, por fin, acordado un terreno que se ha consagrado para este objeto.

21 de enero.—A los chilenos les gustan apasionadamente las partidas de placer o paseos campes- tres en lugares que están consagrados a este objeto por la costumbre. Yo encontré ahí a algunos de

mis amigos metidos en un coche i dirijiéndose a las montañas; les hacia falta jente todavia i yo me uní a ellos con alegria. Llegamos sanos i salvos al lugar convenido, apesar de los horribles barquinazos i casi aturcidos por el rechinar de las ruedas sin engrasar; esta costumbre tiene por objeto, segun se me dijo, prevenir el contrabando, no pudiendo pasar un coche a media legua de un aduanero sin despertar su atencion. Nos colocamos en el corredor de una casita de agradable aspecto i elegantemente construida. La brisa del mar que comenzaba a soplar nos procuraba una agradable frescura, dulce compensacion del polvo que habíamos tragado durante el camino.

Nuestra posicion sobre la ladera de la montaña nos permitia dominar a lo léjos la bahia, los navios anclados i las casas que bordeaban la ribera. La casa estaba rodeada de un huerto de higueras, manzanos i naranjos i sombreada por grandes tamarindos.

Ante este paisaje, el nombre dado al hermoso valle que se estendia a nuestra vista no nos parecia tan impropio como ántes, i ménos despues cuando, recorriendo las colinas, descubrimos los rastros de un antiguo bosque. En medio de sus despojos nuestra imaginacion se elevó hacia los tiempos en que la industria i la riqueza devuelvan a este paisaje su antigua belleza.

Nuestro pik-nick no se parecia en nada a las pequeñas fiestas de este jénero en las que me he encontrado en otros paises. Se nos sirvieron mas de doce platos diferentes i con todo el aparato de un ban-

quete. Despues no se hizo siesta, i esto constituia una omision digna de notarse. La sociedad animada por la alegria, dispuso que en lugar de dormir fuésemos a visitar un jardin situado a media milla de distancia. La proposicion fué aceptada por unanimidad. Despues de habernos paseado agradablemente mas de una hora, regresamos a la ciudad cargados de rosas i frambuesas.

El 22 de Febrero, el navio del rei, «L'Oowen Glendower», llegó a Valparaiso; el «Conway», habiendo recibido órden de dirigirse al Perú, se hizo a la vela el 27 para el Callao, puerto de mar de Lima.

CAPITULO III

Revolucion de Chile.—San Martin atraviesa los Andes; ataca i derrota a los realistas:—Reveses de los insurjentes.—Patriotismo de los habitantes de Santiago.—Nuevas victorias.—Preparativos de los gobiernos de Buenos Aires i de Chile contra el Perú.—Lord Cochrane es nombrado comandante en jefe de la escuadra de Chile.—Sus primeras hazañas.—Partida de la espedicion.—Armisticio i negociaciones.—Comunicaciones de Lord Cochrane.—Brillante hecho de armas de este almirante —Abastecimiento de los realistas.—Habilidad diplomática de San Martin.—La capital del Perú reducida a sus últimas estremidades.

Chile había sacudido el yugo español en Julio de 1810, pero la independendia de este pais no estuvo asegurada definitivamente sino en 1818. Durante este período intermediario, las disensiones de los diferentes partidos, sus disputas relativas a la forma de gobierno i a las leyes de elecciones i otras dificultades producidas por la ambicion de algunos individuos turbulentos i por la inesperienza de la nacion en los negocios públicos, retardaron de tal modo la union de los chilenos, que los españoles que regresaban de las espediciones del Perú se aprovecharon de las circunstancias; i en 1814 Chile entró de nuevo bajo su autoridad.

Sin embargo el Gobierno de Buenos Aires, cuya

independencia estaba asegurada desde 1810, temió con razon que los ejércitos españoles no se detuviesen en el lado occidental de los Andes i no se le ocultó el peligro de que pudieran hacer una irrupcion súbita en la provincia de Río de la Plata, de la que Buenos Aires es la capital. Se resolvió, entónces, para prevenir esta amenaza mui real, tomar la iniciativa invadiendo a Chile. Un ejército de cuatro mil hombres, que se organizó con grandes dificultades, fué puesto baja las órdenes de don José de San Martín, nacido en la villa de Yapeiyú, en el Paraguay; este jeneral gozaba de gran prestigio i de la estimacion pública, i a sus talentos i actividad se debió la organizacion del Ejército. San Martín entró a los Andes por un paso que se miraba como inaccesible, llegó a Chile, i el 12 de Febrero de 1817 atacó i batió a los realistas en la cuesta de Chacabuco.

Los chilenos, libres ya de la presencia del enemigo, reunieron un Congreso; i despues de haber establecido una nueva forma de Gobierno, cuyos jefes eran un Director Supremo i cinco Senadores, elijieron unánimemente al jeneral San Martín jefe de la República. Este rehusó el honor que se le discernia i propuso en su lugar al jeneral don Bernardo O'Higgins, su amigo i compañero de armas. Desde esa época, este oficial prestigioso i meritorio, permanece a la cabeza del Gobierno; es de oríjen irlandés, nacido en Chile.

Los restos del ejército español se habian retirado a Talcahuano, puerto de mar situado cerca de Con-

cepcion, en la frontera meridional de Chile. Los chilenos adoptaron medidas enérgicas para atacar i reducir la plaza; pero a principios de 1818 el virrei del Perú envió en su auxilio un ejército de cinco mil hombres de sus mejores tropas; el jeneral Osorio, que lo mandaba, consiguió unirse con los españoles encerrados en Talcahuano. El ejército realista, envalentonado con el refuerzo que habia recibido i contando ocho mil hombres en sus filas, rechazó a los chilenos, marchó sobre la capital i obtuvo todavia grandes ventajas, sobre todo, en la accion que se empeñó en Talca durante la noche del 29 de Marzo de 1818; los patriotas fueron completamente batidos i destrozados en esta batalla.

Sin embargo San Martin, que despues de la victoria de Chacabuco habia sido nombrado Jeneral en jefe de los ejércitos combinados de Chile i Buenos Aires i que poseia en el mas alto grado la confianza de los dos paises, consiguió con la cooperacion de los jenerales O'Higgins i Las Heras, reorganizar las tropas, reclutar soldados e inspirarles entusiasmo i enerjia para recuperar lo perdido. Estos jenerales encontraron recursos inagotables en el patriotismo de los habitantes de Santiago. Estos, reconociendo la necesidad de hacer esfuerzos extraordinarios, facilitaron espontáneamente sumas considerables, ofreciendo hasta sus vajillas de plata i todo lo que tenian de mas precioso por la salud de la patria. Gracias a esta jenerosa abnegacion, San Martin pudo, con una asombrosa rapidez, reorganizar i equipar de

nuevo el ejército, i tan bien, que, diez i siete dias despues de su derrota, el 5 de Abril de 1818, libró en los llanos de Maipo un combate sangriento i encarnizado cuyo desenlace fué la completa dispersion del ejército español.

De esta época data la verdadera independendencia de Chile. Algunos restos de tropas españolas se mantuvieron todavia en Concepcion, pero luego fueron dispersados i los patriotas quedaron entónces dueños absolutos del pais.

Desembarazado por fin de sus enemigos, el gobierno de Chile, de acuerdo con el de Buenos Aires, resolvió llevar la guerra al centro de las operaciones de los realistas i se preparó para dirigirse al Perú. Fué San Martin quien propuso i llevó a cabo este plan; pensaba que la independendencia de su pais no estaria asegurada miéntras los realistas se mantuvieran cerca i en posesion de los tesoros del Perú. No hai duda que esta espedicion habria tenido un éxito completo si hubiese sido ejecutada inmediatamente: el Perú agotado por esfuerzos que renacian sin cesar, no tenia entónces resistencia que oponer.

Los patriotas se vieron detenidos por la dificultad de procurarse buques, armas i todos los recursos necesarios para una empresa lejana. Bajo sus primeros jefes se habian habituado a la indolencia i perdieron un tiempo precioso hasta el mes Marzo de 1820, dos años despues de la batalla de Maipo. Sin embargo, un poderoso motivo debia haberlos aguijoneado; animados por el éxito, los excitaba la espe-

ranza de afirmar de una vez su independencia i el temor de volver a caer bajo el yugo español.

Los españoles habian tenido tiempo de aumentar sus fuerzas navales en el Pacífico. Aunque los chilenos hubiesen equipado por fin i lanzado al agua una escuadra obteniendo algunas ventajas, no consiguieron sin embargo, hacerse completamente dueños de la costa para el éxito de una expedicion.

La inmensa influencia que Lord Cochrane tuvo sobre el destino de estas rejiones, su reconocida bravura, i sus inagotables recursos en la guerra marítima hacen que el relato de sus hechos forme una parte mui importante de la historia de la América meridional.

Lord Cochrane llegó a Chile en el mes de Noviembre de 1818 i fué nombrado inmediatamente comandante en jefe de la escuadra. Un gran número de oficiales ingleses, multitud de marineros de esta nacion i norte americanos atraidos por la celebridad de su nombre i el interes romancesco de tan hermosa causa, acudieron a alistarse bajo su bandera. Gracias a los esfuerzos de los chileños, la flota fué aumentada de tal manera en buques i en hombres, que en Setiembre de 1819 pudo atacar bizarramente las baterias i los buques enemigos del Callao, puerto de Lima; aunque el éxito de este combate no fué mui decisivo, contribuyó a inspirar confianza a los equipajes i alarmó a los españoles, que no se imaginaban que los patriotas hubiesen reunido una fuerza naval tan considerable.

Lord Cochrane se dirigió enseguida a Guayaquil donde sorprendió varios barcos españoles cargados de madera i municiones navales; finjó enseguida, abandonar las costas del Perú i regresar a Valparaiso, pero luego cambió de direccion, i con una rapidez i una resolucion completamente incomprendibles para su adversario enderezó rumbo a Talcahuano. El Jeneral Freire, comandante de las fuerzas de esa rejion, reforzó las tropas de Lord Cochrane con un destacamento considerable. La escuadra se dió a la vela para Valdivia, ciudad española importante, mui fortificada, situada mas al sur. El 2 de Febrero de 1820, Lord Cochrane con su habitual arrojo se apoderó sucesivamente de todas las baterias enemigas, i enseguida de la ciudad i de toda la provincia. Este acontecimiento es uno de los mas importantes de la guerra. El parte oficial de Lord Cochrane sobre estas operaciones merece ser consignado aquí.

Despacho de Lord Cochrane al ministro de guerra i marina del Gobierno de Chile.

«A bordo del Montezuma, Valdivia a 4 de Febrero de 1820.

Señor:

He tenido el honor de comunicarle de Talcahuano que, aprovechando la oportunidad que se me presentaba de ponerme al habla con el jeneral Freire sobre los medios mas eficaces para arrojar al enemigo de la parte meridional de Chile i para librar al pais de las incursiones de este en el porvenir, me he aprovechado de la cooperacion de este jefe lleno de

méritos i de actividad. La O'Higgins, el brick Intrépido i la goleta Montezuma se dieron a la vela con un viento favorable i llegaron el 2 de este mes a la cita convenida, a diez leguas al sur de Valdivia. Todas las tropas fueron embarcadas en lanchas; i dejando el O'Higgins mar afuera, nos dirijimos hacia Aguada Ingles donde anclamos a corta distancia de las baterias i del fuerte San Carlos. La tropa desembarcó al ponerse el sol i despues de haber soportado el fuego del castillo. La demora inevitable en un desembarco, dió tiempo al enemigo para reunir una fuerza considerable tras de los precipicios que bordean la ribera.

Sin embargo, apénas pusimos pié en tierra, el enemigo tomó la fuga; lo perseguimos hasta los fuertes de Aguada Ingles i San Carlos, tomando inmediatamente posesion del primero; el segundo fué tomado tambien por asalto durante la noche, apesar de todos los esfuerzos que hizo el enemigo para defenderlo.

La rapidez con que nos hemos apoderado de los fuertes i baterias de Avanzada, Barros, Amagos i Chorocomago solo puede igualar al valor de los oficiales i soldados. Nuestra tropa entró al fuerte Corral mezclada con el enemigo a quien persiguió hasta sus últimos atrincheramientos. Es así como han sido tomados todos estos fuertes, cuyo poder artificial es nada comparado con el que tienen naturalmente.

Adjuntos a ésta encontrará V. E. los partes del

mayor Beauchef, comandante del bravo destacamento de doscientos cincuenta hombres que el jeneral Freire me confió, i los del mayor Miller comandante de los soldados de Marina. Nada es comparable a la bravura i al mérito de estos dos oficiales, del capitan Erezcons que mandaba el destacamento del Intrépido i, todo el mundo, me complazco en decir, se ha conducido con un valor superior a todo elogio. Recomiendo pues a V. E. a todos los hombres que han servido bajo mis órdenes; seria demasiado largo detallar el nombre de todos los valientes. He olvidado decirle que los cañones de los fuertes i de las baterías tomados se elevan al número de setenta i que hemos capturado en el puerto el buque Dolores.

Firmado.—COCHRANE.»

Mientras los españoles eran atacados en todos los puntos de la costa i sus buques perseguidos al primer aviso de su salida, el gobierno de Chile no permanecía inactivo, sacando del país todos los recursos que ofrecia: los reclutas se reunian en los cuarteles; se instruía a las tropas acostumbrándolas a la disciplina; todas las aspiraciones públicas se dirijian a emprender cuanto ántes la gran espedicion contra el Perú.

El poder ejecutivo vino a establecerse en Valparaiso a fin de estar en mejor situacion para secundar activamente la organizacion del ejército de la

que San Martín se ocupaba con un celo infatigable. Inmediatamente que Lord Cochrane hubo adoptado las medidas necesarias para el establecimiento de la nueva administración de Valdivia, se apresuró a regresar a Valparaíso i ahí trabajó sin descanso en el equipo de la flota destinada a llevar la expedición. Bajo su influencia, los negocios marcharon con actividad; los recursos locales aunque limitados, fueron aprovechados para las necesidades de la marina con una habilidad que causó la admiración jeneral. Gracias al prestigio i al ascendiente del almirante, la unión i la buena armonía se consolidaron i todos se apresuraron a concurrir con entusiasmo a la realización de la gran empresa.

El 15 de agosto de 1820 la escuadra estaba lista para darse a la vela; las tropas acampadas en los alrededores, llegaron a Valparaíso el 18 de ese mes i se embarcaron bajo las órdenes del jeneral Las Heras.

El aspecto de este ejército podía compararse al de las tropas regulares de Europa; se elevaba a cuatro mil cuatrocientos hombres, de los cuales quinientos se unieron a la escuadra en Coquimbo.

Quince mil armas de todas clases, municiones i trajes en proporción fueron embarcados a fin de organizar nuevos cuerpos en el Perú. Se esperaba que desembarcando la expedición, los peruanos correrían a alistarse bajo el estandarte de la independencia. El jeneral San Martín fué nombrado comandante en jefe i capitán jeneral del ejército libertador del Perú.

La flota a las órdenes de Lord Cochrane, se componia de la «O'Higgins», con cincuenta cañones, del «San Martín», con sesenta, del «Lautaro», con cuarenta, de la «Independencia» con veinticuatro i de tres pequeños barcos. Los transportes eran treinta i en su mayor parte provenian de presas hechas a los españoles.

El primer boletín del ejército libertador principia por estas palabras que esplican brevemente i con energía el objeto de la expedición.

«Valparaíso, 13 de Agosto de 1820.

En el décimo año de la revolución de América del Sur i tres siglos después de la conquista del Perú, un pueblo colocado en la escala social por encima de su destino, ha emprendido la obra de romper las cadenas que Pizarro, con sus manos tintas en sangre, forjara en 1520.

«El gobierno constituido en Chile desde el aumento de su restauración concibió este gran designio: i ha querido que esta augusta misión fuese cumplida por el hombre que por dos veces prometió libertar a su país i las dos veces lo consiguió.

«Una expedición ha sido equipada a costa de los más grandes sacrificios; ella está lista ya para marchar. El ejército de Chile unido al de los Andes, es el llamado a devolver la libertad a una tierra donde por largo tiempo ha dominado la esclavitud, donde el despotismo ha concentrado sus últimos esfuerzos, a fin de traer al continente bajo su cetro—¡Bendito sea el día que vé abrirse esta brillante carrera! El

fin de esta empresa está en decidir si han llegado los tiempos en que la América Meridional debe reivindicar la influencia que le aseguran entre todas las naciones su territorio, sus riquezas i su posición.»

Tendremos a menudo la ocasion de emplear los términos de *españoles* i *patriotas*—Para evitar equivocaciones, declero que por la palabra *español* comprendo a una persona nacida en España, i por patriota aquella, que, nacida en la América meridional, se ha afiliado entre los independientes. Las personas nacidas en las colonias de padres españoles son comunmente llamados *criollos*. Evitaré esta denominacion que podria herir a los sud-americanos recordándoles la época de su opresion. cuando los americanos hablan de sí mismos, se llaman *americanos* o *patriotas*; la primera designacion podria hacerlos confundirse con los habitantes de los Estados Unidos de Norte América: no emplearé, pues, sino la palabra *patriota* hablando de los americanos del sur, aunque sean de orijen español. El término *patriota* en su acepcion verdadera da una idea mas jeneral, pero como se le ha empleado para designar la causa de la independendencia, continuaré usándolo en esta obra. Debo decir, con este motivo, que la lengua española se encuentra mas o ménos desnaturalizada por la pronunciacion i el idioma de las diferentes rejiones de un continente tan vasto donde se le habla.

La flota aparejó el 20 de agosto i el 7 de setiembre llegó a Pisco, puerto situado a cien millas al sur

de Lima. El 11 todo el ejército estaba desembarcado; las tropas españolas acantonadas en la vecindad se habian replegado sobre esta última ciudad donde el virrey resolvió reunir todas sus tropas.

El ejército espedicionario no tuvo que vencer ninguna resistencia, i aun el 26 del mismo mes de setiembre se pactó un armisticio de ocho dias que fué solicitado por el virrey don Joaquin Pezuela.

Representantes de ámbos partidos celebraron una conferencia en Miraflores, aldea situada a dos o tres leguas al sur de Lima. El virrey propuso que el gobierno, el pueblo i el ejército de Chile prestasen juramento a la Constitucion de la monarquía española i que se enviasen diputados al soberano congreso de España, a fin de que Chile gozara de los derechos i privilejios que habian sido acordados a las colonias por las Córtes. Los enviados de Chile rehusaron entrar en discusion, declarando que ellos no estaban autorizados para negociar semejantes bases i que no tratarian sino de acuerdo con principios que no estuviesen en oposicion con los que habian proclamado como regla invariable de conducta los gobiernos independientes de la América meridional. Los comisarios realistas propusieron entónces que el ejército evacuara el territorio del Perú i regresase a Chile bajo la condicion espresa de enviar a España diputados con plenos poderes para solicitar del rei que accediese a lo que pidieran. Esta última proposicion convenció a los chilenos de que el gobierno de Lima no tenia la intencion seria de entrar en arreglo. Pero como

sus representantes tenían instrucciones de no rechazar ningún medio para conocer la extensión real de los obstáculos que se oponían a la paz, convinieron en que el ejército libertador evacuara a Pisco i se retirase detrás del Desaguadero, río que está situado en el grado 18 de latitud sur i que forma la línea divisoria entre Chile i el Perú; pidieron, en compensación, que las tropas reales tomaran posiciones tras de los límites de la República de Chile, como habían sido fijados en 1810.

El estado político de Chile permanecería *in statu quo*; se enviarían comisarios con plenos poderes para tratar con su majestad católica, i durante este tiempo i hasta tres meses después del tiempo necesario para las negociaciones, se suspenderían las hostilidades en mar i tierra. El más antiguo oficial de la marina de su majestad británica i de los Estados Unidos de América del norte garantizarían el estricto cumplimiento de estas estipulaciones. El virrey rechazó los principales artículos del tratado, es decir, la evacuación de las provincias de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba i la Paz como así mismo la garantía de los comandantes en jefes de las fuerzas navales.

Después de una correspondencia prolongada i sin resultado, el armisticio quedó roto el 24 de octubre. El 26, la escuadra se dirigió al norte; el ejército bajo las órdenes de San Martín marchó sobre Ancon.

Lord Cochrane vino a anclar con una parte de su escuadra en la rada exterior del Callao. El interior del puerto estaba defendido por un vasto sistema de for-

tificaciones construidas con un arte admirable i designados con el nombre jeneral de «Castillo del Callao».

Los navíos mercantes i los buques de guerra españoles se componian de la *Esmeralda*, fragata de cuarenta cañones i de dos *sloops* protegidos por las baterías del puerto, catorce chalupas artilladas que describian un semi-círculo i una cadena formada de mastiles enlazados unos con otros defendian la entrada del puerto.

Lord Cochrane fué primero a reconocer estas defensas formidables. I adoptó el audaz proyecto de apoderarse de la fragata española durante la noche del 5 de noviembre, a pesar que no ignoraba que estaba preparada para rechazar el ataque.

Destacó catorce botes tripulados por doscientos cuarenta hombres escojidos entre los voluntarios de los diferentes barcos; los dividió en dos pelotones; uno bajo las órdenes del capitan Crosbie i el otro bajo las de el capitan Guiza, ámbos comandantes de la escuadra. A la media noche, despues de romper la cadena de mástiles, Lord Cochrane, que dirijia la operacion, remó a lo largo de la primera chalupa española, sorprendió un oficial, i aplicándole una pistola a la frente le intimó silencio bajo amenaza de muerte; éste permaneció mudo. Los otros botes continuaban su marcha silenciosamente, sin ser apercebidos. Lord Cochrane, lanzándose a bordo de la *Esmeralda*, fué el primero en dar la voz de alarma; un centinela que estaba sobre la escotilla le apuntó i disparó un tiro de fusil, pero el patron del bote lo tendió muerto

instantáneamente. Lord Cochrane, a pesar de estar herido en el muslo, saltó inmediatamente sobre el puente. El capitan Guiza, que con no ménos valor habia abordado la fragata por el lado opuesto, se unió a Lord Cochrane; el capitan Crosbie, con la espada desnuda, apareció tambien en medio de los españoles; estos se alinearon cerca del castillo de popa e hicieron una vigorosa resistencia hasta que agobiados por un nuevo destacamento que habia traído Lord Cochrane, se vieron obligados a rendir las armas. El combate se prolongó aun durante algun tiempo en el puente principal. En ménos de una hora fué tomado el buque; i, habiéndose cortado los cables, se le llevó en triunfo fuera del puerto a pesar del fuego de toda la batería del norte.

La fragata americana Macedonia i la fragata inglesa Hiperion, que estaban ancladas cerca del lugar del combate, se dieron a la vela cuando principiό el ataque; i para evitar cualesquiera equivocacion, hicieron diferentes señales. Lord Cochrane, que no habia previsto este incidente, puso las mismas señales que las fragatas inglesas i americana; dejando al enemigo en la imposibilidad de dirijir sus fuegos; la *Esmeralda* casi no sufrió nada.

Los españoles perdieron ciento veinte hombres mas o ménos, entre muertos i heridos i los chilenos tuvieron once muertos i treinta heridos.

Este revés fué un golpe terrible para el poder marítimo español en esta parte del mundo, i aunque les quedasen a los realistas todavia en el Pacífico dos

fragatas i algunos buques menores, no osaron ya reaparecer, i dejaron a Lord Cochrane enteramente dueño de la costa,

La habilidad i el valor que Lord Cochrane desplegara en el plan i la ejecucion de este brillante hecho de armas es una gloria que le pertenece exclusivamente; otras acciones que han ilustrado el principio de su carrera habian ya probado sus talentos i su energía. Creemos que no se leerán sin interes las instrucciones que habia dado para el ataque i el parte oficial.

Copia de la órden del dia de Lord Cochrane a la escuadra chilena.

«A bordo del O'Higgins, 1.º de noviembre de 1820.

Los botes avanzarán remolcando las chalupas en dos filas paralelas i separadas por la distancia de tres veces el largo de un bote.

La segunda línea estará bajo las órdenes del capitán Guiza. Cada bote estará confiado, tanto como las circunstancias lo permitan, a la vijilancia de un voluntario con autoridad de oficial, i toda la flotilla bajo las órdenes inmediatas del almirante.

Los oficiales i marineros deben ir vestidos con chaquetas, blusas o camisas blancas i tendrán por armas, pistolas, sables, navajas i picas.

Se elejirán por cada bote dos hombres encargados de custodiarlos; bajo ningun pretesto podrán abandonarlos, i velarán porque no se dispersen. Cada bote estará provisto de una o varias hachas de abordaje que llevarán los patrones a la cintura. Siendo la *Esmeralda* el objeto principal del ataque, todos los

esfuerzos deben dirigirse contra esta fragata; cuando sea capturada, no es preciso arrastrarla fuera; los patriotas la conservarán en su posición para servirse de ella capturando los otros buques.

Una vez tomada la fragata, los marineros i soldados de marina chilenos no deben lanzar el grito de los ciudadanos de Chile; a fin de engañar al enemigo i de tener tiempo para completar la empresa, gritarán: ¡Viva el rei!

De la *Esmeralda* se hará fuego sobre los dos bricks armados en guerra, de los que se apoderarán con sus lanchas los tenientes Esmond i Morgel; cuando los hayan tomado, cortarán los cables, correrán a lo largo i anclarán tan rápidamente como les sea posible. Los botes de la *Independencia* se ocuparán en cortar los cables de todos los buques mercantes españoles que están cerca de la costa; los botes de la *O'Higgins* i del *Lautaro* pondrán fuego a uno o varios de los viejos barcos mas avanzados i en todo caso, estos no deben ser traídos sino cuando no puedan desprenderse de los otros. El santo i seña, si el traje blanco no bastase para reconocerse en las tinieblas, será ¡gloria! al que se contestará ¡victoria! Firmado: Cochrane».

No se sabe a punto fijo si Lord Cochrane tenia la intencion de estender sus operaciones despues de la toma de la fragata o si deseó inspirar confianza a su jente, no presentando el objeto principal sino como un accesorio de la empresa: en uno u otro caso el resultado no podia dejar de ser feliz.

La órden del dia que acabamos de traducir dirigida principalmente a los ingleses i a los norte-americanos, fué escrita en ingles; yo no he visto sino en español el siguiente boletín:

Parte de Lord Cochrane al jeneral San Martin, jeneral en jefe del ejército libertador del Perú.

«A bordo del *O'Higgins* buque de guerra chileno delante del Callao, 14 de Noviembre de 1820.

Excelentísimo Señor:

Los esfuerzos de su Excelencia, el Director Supremo i los sacrificios de los patriotas del sur para obtener el dominio del mar Pacífico habian sido detenidos hasta ahora por las formidables baterías del Callao, las que, superiores a las fortificaciones de Arjel o de Jibraltar, hacian imposible todo ataque contra la flota enemiga, por numerosos que fuesen nuestros buques de guerra. Mis mas ardientes aspiraciones eran de hacer progresar la causa de la libertad i de la independenciam política, principal objeto de vuestra excelencia i de apresurar la conquista de la felicidad del jénero humano; deseaba desvanecer el encanto que parecia paralizar la audacia de nuestra marina. Con estas intenciones, reconocí con cuidado las baterías, los buques de guerra, las lanchas cañoneras que protegian el puerto i me formé la convicción segura que la fragata *Esmeralda* podria ser

tomada con la ayuda de algunos hombres resueltos a cumplir con su deber. Inmediatamente dí órdenes a la *Independencia* i al *Lautaro* para que preparasen sus botes; les dí a conocer que el valor de esta fragata i el de la recompensa decretada en Lima por la captura de todo buque de Chile seria el premio de aquellos que tomasen parte en este golpe de mano como voluntarios.

Al dia siguiente, un gran número de voluntarios entre los que se contaban los capitanes Forster, Guiza, Crosbie i muchos otros oficiales vinieron a ofrecer sus servicios; formaban todos una fuerza suficiente para la ejecucion de mi proyecto. Estando ya todo listo, la noche del 4, la flotilla evolucionó en la oscuridad i tambien la noche del 5 escojida para el ataque.

El capitan Crosbie mandaba la primera division compuesta de los botes del *O'Higgins*; el capitan Guiza, la segunda formada por las otras lanchas.— A las diez i media nos dirijimos en dos filas hacia el lugar donde estaban anclados los buques enemigos. A media noche fué rota la línea de cañoneras que defendian la entrada del puerto; todas nuestras fuerzas abordaron al mismo tiempo la *Esmeralda* i despues de una vigorosa resistencia el enemigo fué arrojado del puente.

Todos los oficiales que tomaron parte en esta espedicion se condujeron valientemente. Yo les debo a ellos como a la marinería grandes elojios por su celo i habilidad en el abordaje de la *Esmeralda*.

He sentido que la necesidad de dejar a lo menos un capitán para mandar la flota durante mi ausencia me haya forzado a negarme a los deseos del de la *Independencia*; el comandante ha debido quedarse con la Escuadra.

Tengo que deplorar la pérdida de algunos valientes; las bajas que ha sufrido la *Esmeralda* no pueden evaluarse a causa del número de heridos i muchos que cayeron al agua. Hemos sabido que de trescientos treinta hombres que tripulaban este navío, no quedaron vivos sino doscientos cuatro comprendidos los oficiales i los heridos. La fragata *Esmeralda* tiene cuarenta cañones; no se encuentra en mal estado, como se nos había informado i está mui bien aprovisionada i perfectamente equipada. Tiene víveres i municiones para tres meses, además de una cantidad de cordajes i otros artículos para dos años. Una chalupa cañonera ha sido abordada en la mañana siguiente.

El navío almirante *Esmeralda*, protegido por cadenas, baterías i cañoneros, colocado en una situación, reputada hasta ahora como inespugnable, ha sido tomado a la vista de la capital; la noticia de esta expedición no podrá ocultarse a nadie i producirá un efecto moral mas favorable que cualesquiera otra circunstancia.

Esperimento una viva satisfacción al enviaros el pabellón del almirante Vaccaro; i os ruego presentarlo a su Excelencia el supremo director de la República de Chile. Firmado, *Cochrane*».

La noticia de esta victoria infundió el entusiasmo entre los chilenos i éxitos no ménos brillantes obtenia el ejército de tierra.

El coronel chileno Arenales habia partido de Pisco; sus instrucciones le ordenaban avanzar al interior del pais atravesando los Andes i operar su union con el grueso del ejército. Aunque el campo estaba ocupado por los españoles, debia preocuparse especialmente de conocer las opiniones políticas en los lugares vecinos a la capital. Cumplió su mision con felicidad consiguiendo obtener éxitos brillantes que hicieron respetar léjos de la costa la causa de la independencia.

Durante su marcha, encontró un numeroso destacamento de tropas realistas que se habia enviado de Lima contra él; lo derrotó i dispersó en una batalla campal tomando prisioneros al jeneral i toda su division. Estas victorias dieron tanto brillo i popularidad a las armas patriotas, que el 3 de diciembre un rejimiento entero del ejército realista abandonó el campamento español i se presentó con el comandante a la cabeza a ofrecer sus servicios a los jenerales libertadores.

Despues de una corta estadía en Ancon San Martin, a fines de 1820, vino a establecer su cuartel jeneral en Huara, fuerte posicion en la vecindad de Huacho, a sesenta millas al norte de Lima. Allí se detuvo durante mas de seis meses sin emprender nada digno de mencionarse. Antes de tentar la suerte de las armas, juzgó conveniente preparar los

espíritus propagando los principios de libertad, esparciendo decretos i proclamas i entrando en secretas intelijencias con las provincias i aun con la capital. Insensiblemente la política del jeneral patriota obtuvo tan felices resultados, su influencia llegó a ser tal en las rejiones vecinas que terminó por dejar sin recursos a Lima. Estando estrechamente bloqueado el puerto del Callao, la capital del Perú se vió reducida a las últimas estremidades, mientras que los países vecinos gozaban de la libertad i la abundancia.



CAPITULO IV.

Lima.—Diferencias entre los viajes por mar i tierra; influencias que tienen sobre la manera de considerar las cosas.—Situacion de los paises independientes comparada con la de los realistas.—Deplorable situacion de Lima.—Entusiasmo de los habitantes a la llegada de San Martin.—Desconfianzas contra los ingleses.—Circunspeccion que debian emplear éstos.—La política a la órden del dia.—Insurreccion del pueblo i del ejército.—El virrei es depuesto.—Palacio de gobierno.—Visita al anciano virrei.

Despues de una travesia de nueve dias desde Valparaiso, anclamos en la rada del Callao, puerto de Lima, situado a seis millas de esta ciudad. A nuestra llegada, la situacion del Perú era mui difícil i complicada, ofreciendo, comparada con la de Chile, un contraste notable.

Existen entre los viajes de mar i los de tierra diferencias dignas de observarse; i lo que los distingue principalmente es la manera como un pais se nos presenta por primera vez. Cuando se viaja por tierra nuestras miradas van habituándose gradualmente a las escenas diversas i nuevas que vamos viendo. Pasamos las fronteras de un pais, i no nos apercebimos del cambio operado a nuestro alrededor, porque parece no existir transicion alguna. Al con-

trario, despues de una travesia por mar, cuando llegamos a un pais estraño, la reunion de cosas nuevas, inesperadas, nos sorprende inmediatamente; la impresion es tal que en los primeros instantes no tenemos tiempo para comparar lo que pasa ante nosotros con lo que ya hemos visto; el pasado se borra de nuestra memoria, absorviendo toda nuestra atencion el presente.

Por ejemplo, en los paises de la América meridional, el clima, mil causas locales, dan a cada rejion su fisionomia especial, un color que les es propio; i el cuadro jeneral se modifica merced a una multitud de matices que es difícil abarcar en su conjunto.

En Chile, la independendencia nacional, como lo hemos dicho, existia desde hacia varios años; i como natural consecuencia, el comercio, libre de toda traba, habia tomado gran incremento; las luces se propagaban grandemente, se fomentaba el entusiasmo político del pueblo, i la libertad en todas sus manifestaciones se desarrollaba con rapidez. En el Perú, al contrario, no fué sino entre el estampido de los cañones de San Martin cuando la palabra independendencia llegó a pronunciarse tímidamente por vez primera. En Lima las ideas liberales estaban proscribas como hijas de la traicion i del error. La bigoteria, si me es permitido espresarme asi, se aferraba desesperadamente a sus seculares costumbres, a sus viejos errores con tanta mayor enerjia cuanto mas grande era el terror ante el próximo derrumbamiento del caduco edificio colonial. Tal era la línea de

demarcacion que, por la fuerza de las cosas, se encontraba trazada entre Chile i el Perú. A nadie se ocultará, que un ingles obligado a decidirse por uno u otro de los partidos en lucha se habria inclinado hacia el de la independencia.

El contraste entre un pais en estado de guerra i otro que goza de la paz, no se habia presentado jamas a nosotros de una manera mas clara como en esta ocasion. Aparte del interes que presentaba este contraste, la escena era curiosa e instructiva; demostraba con que rapidez la revolucion habia influido sobre uno de los dos países. Cuando ámbos eran rejidos por las mismas leyes, el Perú gozaba de mayor prosperidad i prestigio exterior que Chile; despues que éste hubo obtenido su libertad, inmediatamente se pudo constatar su indiscutible superioridad.

Cuando partimos de Chile, el puerto de Valparaiso se veia lleno de buques, los muelles de la aduana estaban repletos de mercaderias que no encontraban bastante espacio en los viejos almacenes de la ciudad; una infinidad de mulas traficaba entre el puerto i la capital, doblándose bajo el peso de las manufacturas i los productos de todo jénero; los vinos, los trigos i las provisiones necesarias para los navíos, afluián del interior; considerables sumas de dinero eran esportadas diariamente en pago de las mercaderias. La actividad i el trabajo animaban a la poblacion i desarrollaban sus recursos intelectuales; se multiplicaban las escuelas, abríanse librerias i

se protegían la literatura i las artes. Se podia viajar libremente sin necesidad de pasaporte. Los modales i hasta el aspecto de cada individuo denunciaban la conciencia que tenían de su libertad. El traje habia tambien sufrido su revolucion. El vestido de las damas, ántes grotesco i casi salvaje, se habia modelado a imitacion del de las europeas; i el de los hombres era tambien de mejor gusto.

El lector encontrará talvez esta descripcion demasiado prolija; pero me la perdonará al considerar que el conjunto de la felicidad comun se compone de multitud de pequeños detalles, que sirven tambien a un pueblo para hacer la comparacion entre su estado presente i su situacion primera.

Los sentimientos que dominaban a los habitantes de Chile no habian penetrado en el Perú. La flota española permanecia relegada en el puerto del Callao i rodeada de chalupas cañoneras protegidas por los fuertes i por una larga i gruesa cadena. El edificio de la aduana estaba vacío, con sus puertas cerradas; los cajones de mercaderías no se elevaban en pirámides en los muelles; mulas doblándose al peso de la carga, no se divisaban por el camino del Callao a Lima i no se encontraba un solo viajero durante esta travesía, a no ser un correo galopando hácia la fortaleza. La sospecha i la desconfianza reinaban en Lima; el desencanto i el temor, mas crueles en proporcion de las privaciones que se sufrían, hacían de esta ciudad, rodeada ántes de todo lo que puede hacer agradable la existencia, la mas triste

morada de la tierra. He sentido vivamente no haber visitado a Lima en sus dias de gloria i prosperidad; sin embargo, es igualmente interesante observar una combinacion de circunstancias que no se presentará otra vez.

Es indudable que el espíritu de independencia que animaba a la América meridional era el responsable de este deplorable estado de cosas; pero ningun país ha conquistado su libertad sino al precio de las mismas calamidades, pruebas que purifican las naciones de sus faltas i las levantan de su antigua degradacion. Antes de este período, Lima no habia sufrido las desgracias que pesaran sobre los países vecinos. El Perú, en verdad, habia sido teatro de motines i de guerras civiles, pero la capital, permaneció siempre tranquila en medio de estas tempestades. Los habitantes habian ostentado el mismo lujo i observado igual indolencia hasta el dia en que el enemigo vino a despertarlo golpeando a las puertas de plata de la ciudad de los reyes, porque tal era el nombre que la orgullosa Lima se arrogaba en los tiempos de su prosperidad.

La expedicion de San Martin sorprendió completamente desprevenidos a los peruanos, que siempre habian mirado con desden a Chile, al que consideraban como una provincia dependiente del Perú. Sin embargo, fueron atacados por mar i tierra: San Martin, a la cabeza de sus tropas, se aproximó a la capital, estrechó sus líneas, cortó los convoyes, dispersó los refuerzos i sublevó en favor de su causa todos los

lugares vecinos. Lord Cochrane barrió el mar de buques españoles, bloqueó los puertos del Perú i bajo el fuego de las baterías inespugnables del Callao, se apoderó del mejor buque de guerra español.

Estos acontecimientos produjeron naturalmente en Lima la mas violenta irritacion. Acostumbrados desde tantos siglos a la abundancia i a las satisfacciones del lujo, los habitantes se encontraron de repente reducidos a la situacion mas deplorable. Los españoles, tan orgullosos con su nacimiento i su educacion, se vieron doblemente heridos por la vergüenza de sus reveses i por privaciones que jamas habian experimentado.

En Lima no se ignoraba que Lord Cochrane i una buena parte de la oficialidad eran ingleses i que entre los soldados de mar i tierra habia muchos individuos de esta nacion. De esto provenia que un viajero ingles debia esperar ser recibido con inquietud i desconfianza. Una persona que se encuentra así colocada entre dos partidos i que quiere guardar la neutralidad, se ve en una situacion en extremo falsa i embarazosa: su indiferencia es atribuida a motivos criminales; la mas lijera espresion que se le escape sobre uno u otro partido es mirada como un verdadero acto de hostilidad. Para un viajero cualquiera, este estado de cosas habria podido tener hasta su lado entretenido; pero para nosotros, cuya línea de conducta estaba trazada, era la fuente de una multitud de inconvenientes cuando nos veíamos obligados a entrar en comunicacion con los realistas o los pa-

riotas para tratar de negocios concernientes al comercio i demas intereses de la nacion británica. La naturaleza de nuestra mision nos obligaba a cultivar relaciones personales, i, para conservar la neutralidad, necesitábamos mucho tacto i discrecion. Respecto de los chilenos, que llevaban la ventaja, la tarea era mas fácil; comprendian que en interes de nuestro comercio nuestros votos los acompañaban por el éxito de su gloriosa empresa. En cuanto a los españoles, que llevaban la peor parte, hubiese sido necesario para satisfacerlos, darles pruebas positivas de sincera adhesion a su causa i de odio a los *insurjentes*, que así llamaban a los patriotas. Demostraban un profundo desprecio por sus enemigos i una completa indiferencia por nuestra opinion; pero al mismo tiempo espiaban nuestros menores pasos i daban a nuestras palabras i acciones mas inocentes una interpretacion falsa i a menudo ridícula; i era en vano que se hubiese pretendido escapar a la sospecha adoptando una conducta franca i desinteresada.

La sociedad no ofrecia atractivo alguno: la política, la desconfianza i la miseria de los tiempos formaban la conversacion del dia. El recuerdo de la tranquilidad i la abundancia que por tan largo tiempo se gozara, hacia mas sensibles las calamidades presentes. Antes, decian los habitantes de Lima, nuestra ciudad era el asiento del placer: la fortuna i la felicidad nos sonreian i no teníamos otra ocupacion que la de gozar de los dones del cielo, ni otro temor que el de los temblores de tierra.

Tanto el ejército realista como el pueblo, atribuyeron,—como ocurre siempre,—todas las desgracias presentes a la mala administración del poder ejecutivo, i, habiéndose decidido sumariamente que el virrey era incapaz de continuar al frente del gobierno, tuvo lugar una revolución armada; el virrey fué depuesto i, para reemplazarlo, se nombró a uno de los jenerales del ejército. Estos acontecimientos habian ocurrido pocos dias ántes de nuestra llegada, i nos encontramos en medio de una ciudad ocupada casi esclusivamente en los preparativos de las grandes fiestas que preceden a la subida al poder de un nuevo virrey. Los soldados i algunos ciudadanos esperaban los mas felices resultados de este cambio; pero muchos tambien opinaban sensatamente que estos actos de violencia, léjos de envolver una demostración de fuerza, denunciariau al enemigo la falta de union i de disciplina de los realistas.

Como no nos correspondia interponernos entre los partidos ni mezclarnos en sus actos, no vacilamos en entrar en relaciones con la persona que se encontraba a la cabeza del gobierno; i fuimos a presentarle nuestros respetos al jeneral Laserna, como algunos dias antes habríamos procedido respecto del virrey Pezuela.

Una mezcla de descuido i magnificencia daba a la casa de gobierno el aspecto del palacio de un príncipe indio. Se entraba por un vestíbulo tan sucio i miserable como un patio de servicio; de ahí se llegaba a una escalera en cuyas gradas estaban los soldados de

la Guardia vestidos con uniformes usados, fumando sus cigarros i dignándose apenas molestarse para abrir paso a los visitantes. Tuvimos que atravesar una serie de pasajes estrechos, tortuosos, de salones, sufriendo las leyes de una severa etiqueta. En la antecala del salon de audiencias, se agrupaban los militares i los sacerdotes. Nuestra entrevista fué corta; no era sino una visita de ceremonia.

En la noche fuí invitado a casa de varias familias que habian tenido que sufrir las desgracias de los tiempos que corrian. Apesar del buen tono i la cortesía que observé a mi rededor, no me fué difícil advertir que nuestra neutralidad era mirada como sospechosa. Al dia siguiente por la mañana fuimos a visitar al anciano virrey, paso dictado mas por un sentimiento de cortesía que por deber, ya que su autoridad habia desaparecido completamente. Vivía retirado en su casa de campo, cerca de Lima. El jeneral Pezuela estaba mui abatido, i nos espresó que, segun su íntima conviccion, el país no era posible que prosperase envuelto en la anarquía i la rebelion. Me imagino que en el fondo de su corazon, él se felicitaba por verse libre de la responsabilidad de los acontecimientos. Habia cumplido con su deber manteniéndose firme contra el enemigo tanto como habia podido; i era claro que pronto le habria sido necesario abandonar la capital obligado por la opinion pública, que le era adversa a causa de la evidente superioridad de San Martin.

Durante los primeros dias de nuestra estadía, nues-

tras ocupaciones nos dejaron poco tiempo para conocer la ciudad. A cada momento veíamos que nuestra situación era mas difícil i que debíamos emplear mayor circunspeccion en todos nuestros actos. Si permanecíamos a bordo, se podia creer que estábamos en intelijencia con el enemigo cuya flota estaba anclada en la rada exterior; si nos quedábamos a firme en Lima, se atribuiria nuestra prolongada residencia en la capital al deseo de espiar el estado de escasez del pais. Resolvimos pues, estar en el Callao, en Lima o a bordo segun las circunstancias lo exijiesen, esperando, que, gracias a nuestra reserva i prudencia, no nos veríamos forzados a chocar con nadie. Pero nuestras previsiones nos engañaron, como se verá despues.

CAPITULO V

Continuacion de la estadia en Lima.—Corridas de toros mas crueles que en España i otros lugares de la América meridional.—Alegría popular al aspecto de la sangre.—Sistema de los españoles sobre las corridas de toros.—Anécdota referente a un inquisidor.—Trajes i costumbres de las mujeres.—Idea jeneral sobre la situacion de Lima durante la guerra.—Arzobispo del Perú.—Miraflores.—Discordia i anarquía.—Los patriotas se aprovechan de la falta de union del partido realista.

Yo deseaba conocer por todos los medios posibles la verdadera situacion del espíritu público; i creí encontrar una ocasion asistiendo a una corrida de toros que se daba en honor del nuevo virrei.

El local donde tuvo lugar el espectáculo, es un gran anfiteatro de madera que puede contener hasta veinte mil personas.

En Valparaiso no habíamos visto sino el simulacro de una corrida de toros; deseábamos ser testigos de un espectáculo digno de la metrópoli. Aquí, en Lima, la semejanza con las fiestas españolas de esta clase pecaba por el lado opuesto: se mataba a los toros con una crueldad increíble; no fué una corrida sino una verdadera carnicería que no podia ofrecer placer alguno a personas no acostumbradas a

usos tan repugnantes. Muchos viajeros han descrito ya estos espectáculos; no necesito agregar a sus relatos sino algunos detalles.

El pobre animal fué atravesado por los espadas, herido por las banderillas i enloquecido por los disparos; la sangre se escapaba a rios de sus costados. A una señal del virrey, el espada avanzó a rematar a la víctima. Desgraciadamente el matador tenia mas buena voluntad que destreza; no alcanzó mas que a esflorar el cuello del toro. Este no tardó en tomar la revancha; cojió al desgraciado entre sus cuernos i lo lanzó lejos, en²el aire. El pobre cayó al suelo aturdido. Los espectadores aplaudieron i el torero fué sacado de la arena. El toro vencedor se lanzó inmediatamente sobre un jinete, lo desmontó, le abrió el vientre al caballo de una cornada i lo aplastó bajo sus patas. El caballo no pudo morir en paz; a fuerza de azotes i espolazos se le obligó a levantarse i a dar la vuelta al rededor de la pista; el repugnante espectáculo del animal cubierto de sangre, destrozado i moribundo, despertó el entusiasmo del público.

Para vencer al toro triunfante, se recurrió a un horrible expediente: se le lanzó a los jarretes un instrumento llamado *luna*. La fuerza de este animal era tal, que resistió largo tiempo aun arrastrando por el vasto recinto su dolorosa agonía. No fué este, sin embargo, el término de sus sufrimientos: un hombre armado de una daga corta se lanzó rápidamente sobre el lomo del bruto, i ahí permaneció varios minutos, con gran satisfaccion de los espectadores que, su-

merjidos en un dulce éxtasis, reian i aplaudian a cada puñalada; miéntras el toro, agotado por la pérdida de sangre, caia a tierra i espiraba.

Las fisonomias estaban radiantes de alegría, especialmente las de las mujeres. Una niña como de ocho años, que por tercera vez asistia a este cruel espectáculo, me describia con gran placer i vivacidad todos los detalles de las corridas a que habia asistido. Miéntras la concurrencia contemplaba embriagada estas «escenas,» que a mí me causaban horror, mi pensamiento embrutecido se absorvia en sombrías reflexiones. ¡Quién, despues de leer esta terrible i verídica descripcion, no sentirá el deseo de ver operarse en estas rejiones una revolucion que modifique las costumbres de este pueblo bárbaro i lo haga gozar de los beneficios de la civilizacion! En todos los paises de la América meridional donde ha triunfado la causa de la independenciam, se han adoptado dos medidas: una ha sido la abolicion de la trata de negros, i, tanto como ha sido posible, la de la esclavitud; la otra. la prohibicion de las corridas de toro. Asi no ha habido oposicion en lo que se refiere a la esclavitud; pero las corridas han conservado muchos partidarios.

Le he oido a un chileno, con este motivo, espresar una opinion injeniosa. Pretendia que los españoles conservaban estos espectáculos sangrientos a fin de desmoralizar i embrutecer a los habitantes de las colonias con el objeto de mantenerlos bajo el yugo. El pueblo, decia, al familiarizarse con la crueldad i la

injusticia llegaba a mirar con indiferencia los males de su pais e insensiblemente los sentimientos jenerosos que le habrian impulsado a sacrificar su vida i su fortuna por conquistar la libertad se extinguian en su corazon. Un anciano español, que vivia en Lima, desde hacia mucho tiempo, decia que existia mucha diferencia entre las corridas de toros de Lima i las de España. No habia asistido jamas a las primeras i aun no habia conseguido decidir a ningun ingles a que las viese por segunda vez. Se reía de la teoria del chileno, pero convenia, con franqueza, en que este espectáculo, tan horrible como era, era autorizado i protegido por los virreyes i demas jefes españoles.

En la noche, un jóven español tuvo la amabilidad de presentarme a un anciano jentil-hombre, al marques de Montmiré, tio del duque de San Carlos, que ha estado en Inglaterra de embajador de su Majestad Católica. Tenia ochenta años i parecia fatigado por el clima, apesar de su edad i achaques, conservaba todavia la alegria de un jóven; sus ideas i sus palabras estaban llenas de entusiasmo, i no le faltaban sino las fuerzas físicas para tomar parte en las ajitaciones del momento.

Un anciano sacerdote de aspecto cándido, que se encontraba en casa del marques, nos acosó a preguntas sobre mil cuestiones pueriles referentes a las noticias de Europa. Durante la conversacion, a mi malicioso acompañante, para embromar a su reverendo interlocutor, se le ocurrió decirme a media voz

que la inquisicion habia sido restablecida en España. El viejo sacerdote, que, segun me dijeron, habia sido inquisidor, olvidándose de la gravedad de su carácter, palmoteó entusiasmado, i con el rostro radiante, despues de gritar: ¡Bravo! dijo por fin gravemente: «Bien pensaba yo que esto habia de concluir así». Cuando vió que mi amigo sonreia, pareció ofenderse; despues, tomando un tono irónico, lo llamó pícaro. «No importa», agregó en voz baja, apretando los puños. «Si eso no ha sucedido todavia, no tardará en venir».

En Lima se encuentran a cada paso las comunidades o establecimientos eclesiásticos, i las fiestas relijiosas, puede decirse, constituyen la principal ocupacion del pueblo. Es de notarse que en esta misma ciudad exista un desprecio tan pronunciado, una tan profunda antipatia por todo lo que se refiere a la Inquisicion.

Se me refirió sobre el sacerdote de que nos hemos ocupado una anécdota que revela que no estaba tan endurecido por la naturaleza de sus primeras funciones como lo habíamos imaginado, i que todavia algunos buenos sentimientos se aliaban en su corazon a los rigores de su terrible sacerdocio. Un dia entró a una casa donde cuatro o cinco ingleses estaban sentados a la mesa. Tomó parte en la conversacion i, despues de algun tiempo, agradablemente sorprendido de la política i el buen tono de sus interlocutores, exclamó: «¡Qué desgracia que tan buena jente esté condenada sin remedio a irse a los infiernos!»

Los habitantes de Lima difieren de los de Chile

tanto en sus costumbres como en su traje. Las mujeres no van a bailes, ni conciertos, ni a ningun paseo, i se reunen mui rara vez entre ellas. En Lima no gustan del baile ni de la música; la diversion por excelencia son las corridas de toros. A los hombres se les recibe por la mañana en las casas donde hai damas. Estas se visten elegantemente desde el momento en que se levantan. Es de buen tono que a esta misma hora no se visiten unas a otras. En todas las casas donde me he presentado por la mañana no he encontrado sino a las señoras de la casa.

Las damas salen de paseo una hora i media ántes de la puesta del sol. Su traje merece una descripcion especial. Se compone de dos partes, una llamada saya i la otra manto. La primera es una pollera tan pegada al cuerpo i al mismo tiempo tan elástica que modela perfectamente la forma de las caderas. El manto es una especie de capa, pero que en lugar de caer hasta los pies, se levanta sobre la cabeza para cubrir el pecho i el rostro, no dejando a veces en descubierto mas que un ojo. Un rico pañuelo de color vivo o una larga cinta de seda ciñen el talle cayendo hacia adelante. Un gran rosario de cuentas de ébano terminado por una pequeña cruz de oro, es amenudo atado a la cintura o el cuello. El conjunto de este traje resulta mui orijinal; el gracioso modo de andar i la belleza de las limeñas le dan cierto encanto a este vestido, i compensan lo que tiene de extraño a los ojos del extranjero.

El juicio que un viajero puede formar depende de

su gusto i de la manera de considerar las cosas que encuentra en pais estraño. Hai muchos que aprueban o condenan subordinando su opinion a las costumbres de su pais; modo de comparacion que encuentro bien poco razonable. En cuanto a nosotros, que habitualmente tomamos las cosas tales como son, declaramos que la saya i el manto nos han parecido mui agradables, sobre todo cuando algunas damas, protejidas por este velo que las desfigura completamente nos han abordado en la calle haciéndonos graciosas i picantes bromas que probaban que nos conocian mui bien; i mas tarde, en sociedad, una señal al parecer imperceptible nos ha denunciado a nuestras traviesas i alegres *tapadas*, que así se las llama en Lima. Las señoras mas encopetadas se entretienen en estas pequeñas escaramuzas, disfrazándose con el traje del pueblo para entretenerse a espensas de sus amigos. Dos señoritas se burlaron admirablemente de un hermano de ellas i de mí, apesar de que conocíamos su gusto por estas locuras. Al principio yo concebí algunas sospechas; pero su astucia triunfó de mi penetracion i de la incertidumbre de su hermano. Nos engañaron tãn bien, que cuando se descubrieron, nos costaba trabajo creer que fuesen ellas.

A Lima se le ha llamado el paraiso de las mujeres, el purgatorio de los hombres i el infierno de los asnos. El refran es posible que haya sido verdadero en tiempo de paz, pero la guerra ha destruido estas ingeniosas distinciones: la desgracia, al nivelar todas las condiciones sociales, ha establecido

la igualdad de la miseria; si algun privilegio quedaba, lo tenian talvez en su favor los asnos, quienes faltos de ocupacion por la primera vez en su vida, engordaban en la ociosidad. Los hombres, sufriendo privaciones a que no podian acostumbrarse, temblando ante la pérdida de sus fortunas, se sentian, ademas, heridos en su orgullo nacional. Las mujeres de la clase elevada sufrían tambien la influencia de los acontecimientos, pero ellas no habian renunciado a sus privilegios; continuaban mostrándose en las calles bajo el incógnito del manto i sus modales i aspecto picante nada habian perdido de su encanto.

No considero oportuno espresar una opinion jeneral sobre las costumbres de una ciudad que no he habitado mas que de paso, i estando distraido, ademas, como me encontraba, por otros asuntos que llamaban mi atencion. Admitiendo que hubiése tenido el tiempo i las ocasiones necesarias para este estudio, el momento habria sido mal elejido: nada estaba en su lugar; la influencia de las circunstancias del momento se hacia sentir hasta en el interior de las familias; los parientes divididos por la opinion estaban en guerra abierta unos con otros; estos consultaban su conciencia, aquellos su interes; los de mas allá sus temores. La sinceridad, la confianza habian desaparecido en los propios momentos en que la union debia haber constituido la única salvaguardia de las familias contra su próxima ruina. Si mi situacion no me hubiese obligado a guardar la mayor circunspeccion tanto en mis actos como en mis ob

servaciones, me habria sido mui fácil recojer todos aquellos hechos característicos sobre la fisonomía singular que presentaba Lima en la época de que me ocupo.

Fuimos a presentar nuestros respetos al venerable arzobispo del Perú. Habia este manifestado siempre mucha benevolencia i simpatía hácia los ingleses. Inmediatamente que llegamos a su presencia, llevó la conversacion a las ventajas de la libertad de comercio i al ejercicio razonable de los demas derechos civiles. De ahí, fuimos a visitar a una señora, a quien encontramos, en compañía de su hijo, sumerjida en el mas profundo dolor. Su hijo se habia unido a los patriotas, i, habiendo tenido la desgracia de caer prisionero, habia sido fusilado como traidor a la causa realista.

Una señora vino a rogarme que le diera un pasaje por mar a Chile, donde su marido estaba prisionero. Me refirió que habia tropezado con muchas dificultades para conseguir permiso para salir de Lima, tan grande era la desconfianza. Esta pobre señora habia sido tratada hasta entónces con tan pocas consideraciones, que, cuando le prometí recibirla a bordo, prorrumpió en sollozos de agradecimiento. A otra dama, a quien tuve ocasion de ver, la ví llorar tambien, pero por un motivo diferente: acababa de saber que su marido se habia pasado a los patriotas. Pertenecia a una familia distinguida, que era sindicada de tener inclinacion por la causa de la independenciam. Algunos pretendian que el pesar que demostraba no era

tan grande como ella queria hacerlo creer i que su gran dolor era finjido.

Un dia fuí invitado a comer a una casa de campo en Miraflores, lugar de baños mui frecuentado, a seis millas al sur de Lima. Las casas diseminadas aquí i allá estaban vacías; el mar, tranquilo i desierto; no se oian ya los acordes de las guitarras, ni las alegres canciones en medio de la ardiente agitacion de las danzas, en los corredores desiertos. Los bancos de piedra se alineaban vacíos aquí i allá, i los largos senderos de los jardines cubiertos de arena, permanecian solitarios. La alegre muchedumbre que ántes animara esta morada encantadora, se habia ido, retirándose a la capital, único lugar en que se creia en seguridad.

Todas las clases sociales sufrían el cúmulo de males que presajiaban la caida de un estado; ni aun los pobres estaban libres de ellos. Los ricos se veían privados de lo superfluo, viéndose obligados a renunciar al lujo i a los placeres; pesadas contribuciones habian sido decretadas sobre todas las personas pudientes. Los negociantes no tenían esperanza ni probabilidad alguna de obtener beneficios en las operaciones comerciales. El mismo virrey no consideraba su poder sino como un pesado fardo; vivía en medio de una poblacion inquieta i turbulenta i de un ejército a cuya falta de disciplina debia su autoridad. Para terminar el cuadro sobre la triste situacion de Lima, bastará dejar constancia de que esta gran ciudad estaba amenazada en tierra por un jeneral pru-

dente i hábil i bloqueada por mar por un marino audaz i emprendedor.

La discordia, que habia sentado sus reales en el centro mismo de la ciudad, agregaba nuevas dificultades a las dificultades de afuera; los hombres, cuya cooperacion habria podido ser vital, perdian el tiempo en reproches i recriminaciones. Dos años ántes de esta época, cuando se abrigaban serios temores de un ataque del lado de Chile, algunos hombres previosos propusieron darle libertad de comercio a Lima. Creian con razon que el producto de las aduanas proporcionaria al tesoro público los medios de hacer frente a una guerra defensiva. Los que dieron este consejo pertenecian a la clase que hasta entónces se habia aprovechado del monopolio. Fué un ejemplo de sagacidad digna de mencionarse, el haber previsto que obtendrian mayores beneficios de la prosperidad pública, que de la parte que les correspondia en el monopolio. La medida propuesta era de fácil ejecucion i resultado seguro; desgraciadamente, estaba en contradiccion con el sistema político seguido hasta entónces; las autoridades no se atrevieron a adoptarla sin el beneplácito de España, i todas las personas que estaban al corriente de los negocios previeron el resultado que alcanzaria el recurso dirigido a la madre patria sobre la cuestion de la libertad del comercio colonial. Fué entónces cuando vino la escuadra chilena a cortar todas las discusiones, violando el célebre código español i las leyes de Indias en lo referente al comercio de Lima. El puerto fué bloqueado

i el tesoro permaneció vacío. Los reproches amargos i los murmullos tardíos aumentaron al mismo tiempo que los negocios empeoraban cada día. Estas medidas i otras de igual naturaleza eran discutidas en una época que no permitía ya, ni aun en teoría, llevarlas a la práctica, ni ménos tratarlas con esta confianza mútua i práctica que, en una crisis semejante, habria beneficiado al Estado.

Estas funestas discusiones eran fomentadas por el espíritu de independendencia que penetraba por fin en la capital. Las ideas nuevas, al principio de la campaña, se habian propagado con rapidez en el país; sin embargo, en esta época, no habian atraído tantos adeptos en Lima como en otras partes de la América meridional. Este retardo debe atribuirse a la presencia en la capital de tantos españoles ricos e influyentes. Gracias a la cooperacion de los partidarios de la causa realista, la vijilancia del gobierno habia conseguido rechazar la propaganda de los patriotas i comprimir la manifestacion de los votos que aspiraban a un nuevo órden de cosas. Pero el tiempo habia hecho su camino; los resortes de que la autoridad abusara, estaban vencidos; la verdad se abria paso, i cada instante que pasaba venia a probar al gobierno que la resistencia era inútil i a justificar la esperanza de los revolucionarios, aumentando su número.

CAPÍTULO VI.

Oficiales ingleses detenidos como espías.—Falso denunció de cinco individuos del Callao.—El virrei Laserna; dificultades en que se vé envuelto i temores que le inspira el populacho enfurecido con este motivo.—Mala acogida hecha en el Callao a Mr. Hall, quien no sufre ningun mal tratamiento.—Absolucion de los oficiales ingleses.—Se notifica a los extranjeros para que salgan del Perú.—Algunos detalles sobre la ciudad de Lima.—Los edificios, vistos de cerca, no corresponden a su apariencia.—Teatro; no es permitido durante los entreactos fumar en presencia del virrei.

En la mañana del 18 de Febrero se me avisó en Lima que dos oficiales de mi buque habian sido arrestados la víspera, en la noche, i encerrados en el castillo del Callao; que se les acusaba de haber servido como espías a la escuadra de Lord Cochrane, a pesar de que habian desembarcado en uno de mis botes. En otra época, esta equivocacion no me habria inquietado i habria sido fácil probar la inverosimilitud de tal acusacion; pero en medio de la fermentacion popular i sobre todo por tratarse de ingleses, este asunto hizo un ruido espantoso; la ciudad entera de Lima se conmovió i todos miraron como demostrado el hecho.

En el mismo instante que recibia estas noticias de mi buque, me entregaron un oficio del virrei. En él

me decia que dos individuos, que se decian oficiales del *Conway*, al desembarcar, habian sido reconocidos por cinco habitantes del Callao; i habiendo éstos declarado bajo juramento que pertenecian a la escuadra de Lord Cochrane, los dos hombres habian sido reducidos a prision para esperar su juicio. Inmediatamente fuí a ver al virrei para asegurarle que el arresto de mis oficiales no podia ser sino causado por alguna equivocacion.

Antes de dirigir al gobierno una solicitud oficial para que se pudiese en libertad a los detenidos, i a fin de evitar toda ulterior equivocacion, quise ponerme en comunicacion con ellos. Primero se opusieron a mi pedido, pero al fin obtuve el permiso solicitado.

Habiendo en el Callao este asunto causado mas conmocion que en Lima, mis amigos me aconsejaron que no me espusiera a los furioses del populacho. Era de temer que, a la menor demora que yo pudiese en visitar a mis oficiales, no aumentasen las sospechas que pesaban sobre ellos, de las que podian ser víctimas; i, ademas, que el poder ejecutivo, colocado en tan crítica situacion, no tuviese autoridad suficiente para impedir cualquier desman. La milicia compartia las opiniones sanguinarias del populacho; i no era posible contar con su disciplina tratándose de un negocio de esta índole. Por otro lado, veia con pesar que, cualesquiera que fuese el resultado de este negocio, la buena armonia existente entre España i nosotros quedaria rota para siempre.

Llegué al Callao, recorrí lentamente a caballo las calles, que estaban llenas de jente de rostro amenazador, cuyo aspecto no anunciaba nada de bueno. Oí tambien algunos murmullos a mi rededor; todo el mundo parecia admirado de mi venida.

Los españoles se preocupan mucho de los trámites; i el permiso que me habia sido acordado para ver a los detenidos, ántes de emplearlo, tuvo que pasar de mano en mano i de oficina en oficina. Una vez terminadas estas fórmulas, no fué posible verlos, porque las puertas de la prision me fueron cerradas de nuevo. Me volví a Lima para dirigir un oficio al gobierno sobre el arresto de mis oficiales, cuya identidad habia constatado.

A pesar de estas contrariedades, el recibimiento que se me hizo en el Callao fué mas pacífico del que me imaginaba. Yo atribuí mi buena suerte a un incidente bastante sencillo en sí mismo. Las comunicaciones entre Chile i el Perú estaban cortadas desde la venida de la espedicion libertadora; este estado de cosas era mui incómodo para ámbos paises, que, a causa de sus operaciones comerciales, mantenian relaciones mui frecuentes i estaban habituados a cambiar correspondencia de amistad. Los buques de guerra neutrales eran los únicos intermediarios entre Valparaíso i el Callao. He dicho ya mas arriba que, durante mi estadía en la primera de estas ciudades, visité a menudo a la clase baja para estudiar sus costumbres. Muchos de estos pobres habitantes me habian entregado cartas para sus amista-

des del Callao, pero despues de haberme obligado a leerlas en su presencia a fin de convencerme de que no contenian nada que pudiese comprometer al mensajero de ellas. Yo, personalmente, habia cumplido estas pequeñas comisiones. La recepcion de estas cartas poco numerosas, me habia valido buena acogida i se habian reunido los destinatarios para leerlas en comun i tener noticias de Valparaíso. La casualidad hizo que yo conservase entre mis notas los nombres de las personas a las que entregara los diferentes mensajes. El placer que les habia proporcionado me procuró muchos agradecimientos i protectores, i si por mi parte yo me felicitaba de haber hecho un servicio tan sencillo, mis favorecidos, por reciprocidad, creyeron de su deber serme útiles. I ahora que yo habia llegado a ser el objeto de la inquietud jeneral, cuando se trataba nada ménos que de la vida de mis oficiales, no era una pequeña ventaja el haberme conciliado la buena voluntad de un pueblo feroz i sanguinario. Hacia poco tiempo que en el tumulto de un motin, la tripulacion de un bote extranjero habia sido degollada. Este deplorable acontecimiento ocurrió algunos dias despues de la toma de la *Esmeralda* i bajo la simple sospecha de que la fragata americana *Macedonia* habia obrado en esta ocasion de acuerdo con *Lord Cochrane*.

Cuando subí a caballo para volver a Lima, la muchedumbre se agolpaba a mi rededor i, a lo que parecia, con siniestras intenciones. Me dirijí resueltamente hácia una casa próxima, precisamente don-

de habia entregado una de las cartas de Valparaíso. Detúveme a la puerta, bajo pretesto de pedir un vaso de agua. Los dueños de la casa se apresuraron a recibirme, i una mujer, con un aire entre gracioso i burlesco, me dijo: «¡Oh! señor, no puedo creer que haya permitido a esos espías desembarcar en su bote».—I yo, buena señora, le repliqué, no puedo imaginarme que deis fé a una calumnia tan absurda». —El populacho me habia seguido i escuchaba ávidamente todo lo que yo decia; reconocí a muchos de mis viejos conocidos que se aproximaron a mí para hablarme de sus amigos de Valparaíso. Estos coloquios duraron unos diez minutos. Por fin, continué mi camino, i la muchedumbre me abrió paso, sin hacer manifestacion hostil alguna.

Durante la semana siguiente, fuí diferentes veces al Callao, i todo pasó como en la primera. Los retardos de los tribunales españoles son eternos, i no es de estrañarse que esperase tanto tiempo la decision sobre el asunto de mis oficiales. Escribí oficialmente al Gobierno pidiendo que los pusiesen en libertad i declarando que los reconocia como pertenecientes a mi buque i obligándome a probar que no habian servido a la escuadra chilena. Los cinco individuos del Callao que habian afirmado bajo juramento que habian visto a los acusados a bordo del buque mandado por Lord Cochrane, se encontraban en contradiccion con mi testimonio; pero, en realidad, ninguno de los testigos habia puesto el pié a bordo de la escuadra bloqueadora. El virrei, al pro-

pio tiempo que confesaba que las declaraciones de éstos le parecían sospechosas, no podía obrar de acuerdo con esta convicción. Se veía que no estaba seguro de su autoridad, i decía injenuamente que había peligro en resistir a la opinión popular. La poca confianza del Poder Ejecutivo en su propia fuerza, fué para mí la fuente de los mas grandes temores, i mis alarmas aumentaron mas todavía cuando supé que mis oficiales iban a ser llevados ante un consejo de guerra. En tiempos de agitacion pública, un tribunal de esta naturaleza es un mal presajio.

El virrei me anunció que había recibido la noticia de que diez o doce desertores de la escudra chilena estaban en la ciudad i que había dado órden de llamarlos a declarar en el asunto de mis oficiales, suponiendo, agregaba, que no estarían de acuerdo con los primeros acusadores i que, en este caso, estos últimos se harían sospechosos de haber inventado un denunció falso. Esta medida era mui razonable; desgraciadamente, el medio de que se valieron para ponerla en ejecucion no correspondió a las buenas intenciones del virrei.

Los desertores fueron enviados al Callao, i, en vez de separarlos de los primeros testigos, se les encerró a todos juntos durante una noche entera en la misma pieza.

Al dia siguiente por la mañana se tomó declaracion a los testigos: quince individuos juraron sobre la cruz que los dos ingleses,—i los indicaban con el

dedo, — habian servido bajo las órdenes de lord Cochrane. Los denunciantes eran, a la verdad, jente sin importancia i conocidos como tales en el Callao; pero el pueblo no tomaba en cuenta esta circunstancia i persistia en su indignacion. Es tan fácil exaltar la imaginacion de individuos cegados por el odio i las preocupaciones del momento! El asunto de que nos ocupamos habria terminado mui mal sin la jenerosa abnegacion de tres españoles de distincion, quienes, a pesar de los clamores i de las amenazas, se atrevieron a presentarse a atestiguar que ninguno de los dos oficiales presos habia estado a bordo del buque de lord Cochrane ni de ninguna otra nave de la flota de los patriotas en las que ellos habían estado prisioneros en la época indicada por los testigos.

La comision militar encargada de examinar las declaraciones i de pesar los testimonios, despues de una acalorada discusion en la cual se propuso mui seriamente el hacer ahorcar a mis oficiales como espías, reconoció por una débil mayoría su inocencia i me envió un oficio anunciándome el resultado de la deliberacion.

Esta comision se aprovechó de estas circunstancias para recomendar al Gobierno que no permitiera, durante la guerra, desembarcar en adelante a ningun extranjero en la rada del Callao. En consecuencia, el 23 de Febrero, nos apresuramos a darnos a la vela, i, sin ningun sentimiento, como se comprende, nos despedimos de la ciudad de Lima; nuestra visita no nos habia valido mas que desagradados.

Lord Cochrane, que desde hacia tiempo era dueño del mar, acababa en esa misma época de reunir su escuadra. El 24 de Marzo tuve una entrevista con él a bordo del *San Martin*. El 25, el buque del rei, *La Andrómaca*, ancló en la rada del Callao, i el 28 aparejamos para Chile; nuestro buque estaba lleno de pasajeros.

La ciudad de Lima ha sido descrita muchas veces; los relatos de los viajeros que me han precedido me dispensan de entrar en muchos detalles sobre todo lo que le concierne. Del Callao a Lima hai seis millas; el camino es recto i tan bien cuidado el piso, tan insensible la inclinacion, que resulta mui suave, a pesar de que Lima está a seiscientos pies sobre el nivel del mar; vista del Callao o aun de mas léjos, ninguna ciudad tiene una apariencia mas brillante. Sus cúpulas i sus numerosos campanarios le dan un aspecto verdaderamente maravilloso, pero, a medida que uno se aproxima, cada cosa revela su antiguo esplendor i su miseria actual.

Al fin del camino se entra por una avenida de una milla de longitud bordeada por frondosos árboles; a los lados hai otras avenidas guarnecidas de sofaes de piedra que están en mal estado, cubiertos de malezas. La entrada principal de Lima está en la estremidad de esta gran avenida; allá se eleva un gran arco de triunfo de ostentosa arquitectura, i que actualmente no es sino una ruina en cuya cima se ve la corona real de España ya medio borrada por el tiempo.

Se dice, que es de regla que un viajero, cuando visita una gran ciudad, encuentra, siempre materia para la crítica. La capital del Perú no formará una escepcion de esta costumbre. Las iglesias que, a lo léjos, se divisan brillantes i majestuosas, vistas de cerca, no resultan ser sino monumentos mezquinos i sin gusto. El aspecto grandioso de los edificios se ve afeado por la pequeñez i la afectacion de los detalles. La parte inferior es de piedra; los campanarios i las cúpulas son de madera revocada con yeso, lo que perjudica a la belleza del conjunto. Esta manera de construir no causa el efecto de la economía sino el de una sábia prevision aconsejada por el recuerdo de las numerosas catástrofes causadas por los grandes i numerosos temblores de tierra que ha habido en el Perú.

Lima, cómo todas las ciudades españolas de estas rejiones, está dividida por calles paralelas que se cruzan en ángulos rectos, lo que la divide en islotes de 360 pies de lonjitud por cada lado. Por todas partes se ve elevarse un número prodijioso de conventos i de iglesias.

En el medio de las calles corre un arroyo, donde deben arrojarse los desperdicios de las casas; pero los habitantes no se conforman con esta costumbre, de lo que resulta un desaseo insoportable. El pavimento de las calles i de las aceras está completamente descuidado, i no se preocupan de mejorarlo a causa de la escasez de coches de cuatro ruedas. Las

mulas i los asnos son los medios de transporte i locomocion que se acostumbran.

El teatro estuvo abierto durante las fiestas que se celebraron en honor del nuevo virrei. Este edificio tiene una arquitectura mui orijinal i forma un óvalo bastante alargado. El proscenio ocupa la mayor parte de uno de sus dos lados, lo que hace que los palcos queden mui cerca de los actores. A la platea no van sino los hombres; las galerías están reservadas para las señoras, costumbre importada, a lo que parece, de Madrid. El espacio intermedio está ocupado por varias filas de palcos particulares. En los entrefectos el virrei se retira al fondo de su palco; esta es una señal que indica que debe considerársele como ausente. Inmediatamente los espectadores de platea sacan del bolsillo la petaca, encienden su cigarro i se apresuran a lanzar torrentes de humo para aprovechar el tiempo, porque, apénas reaparece el virrei se deja de fumar. Las chispas que se escapan a la vez de tantas piedras, hacen el efecto de millares de moscas de fuego; el humo del tabaco que inunda la sala no tiene nada de agradable para el extranjero. Debo agregar que las personas de los palcos siguen el ejemplo de los de platea; yo he observado a mas de una eñora que, detras del abanico, se entregaba a los placeres del cigarro. La presencia del virrei no molesta en nada a los espectadores de las galerías superiores, donde toda la noche las ninfas no dejaban de fumar a mas i mejor.

CAPÍTULO VII.

Regreso a Valparaíso i a Santiago.—Escursion al interior.—
Puente de correas de cuero.—Ilusiones nocturnas.—Hospitalidad.—Placeres del campo.—Descripcion de una comida.—Sopa de pescado.—Voto estraño i característico.—Olla podrida.—Garbanzos.—Sala de comer.

Valparaíso, 19 de marzo de 1821.—Nuestra travesía de Lima a Valparaíso no fué sino de dieciocho dias, que es considerada como mui rápida. Los buques de guerra demoran a veces tres semanas en este viaje.

Desembarqué en la misma noche de mi llegada. Me habia hecho cargo de diferentes comisiones en respuesta a las cartas que llevara desde Valparaíso, de las que he hablado a propósito de nuestros asuntos del Callao. Muchos no querian creer que hubiéramos ido al Perú, ignorando la manera tan espedita como este viaje se hace actualmente. Nuestra ausencia no habia durado sino siete semanas; ántes habrian sido necesarios otros tantos meses para hacer igual travesía.

En la primera casa donde me presenté, fuí acogido con un aire glacial; pero esta lijera nube se disipó luego cuando se hubo leído la respuesta de que era

portador i que entregué. La noticia de nuestra llegada se esparció con la rapidez del rayo, i en ménos de diez minutos me ví rodeado por una cantidad de personas que deseaban hablarme.

Se critica a los habitantes de este pais la frialdad e indiferencia que demuestran en sus relaciones domésticas. La afectuosa solicitud que manifiestan hácia sus amigos ausentes, es la mejor respuesta que se puede dar a esta inculpacion. Las señoras me confundian a preguntas sobre el aspecto, los usos, los modales i demas cualidades de mujeres que ellas no conocian, pero que en el Perú se habian enlazado con personas de sus familias. Era para mí una tarea algo difícil la de responder a tanta curiosa; hice lo que pude, i lo poco de que me acordaba, fué escuchado con agradecimiento. Las mismas que hasta entónces se habian demostrado mas reservadas conmigo se me aproximaron i me tendieron afectuosamente la mano con una franqueza i abandono que contrastaba con su reserva habitual, pero que, como lo observé despues, no era ménos sincero.

Cuando me preparaba para regresar a bordo, dos jóvenes se me acercaron a pedirme noticias de su hermana, jóven viuda de la que no habian tenido noticias desde hacia mas de un año, Ocurrió que casualmente se hallaba entre el número de los pasajeros que habia traído del Callao. A pesar de que era ya cerca de media noche, estos dos jóvenes i sus mujeres se empeñaron en acompañarme a bordo. Su alegría, como la de su hermana, al volverse a ver de

una manera tan inesperada, despues de tanto tiempo, fué inmensa.

Sabiendo que el comandante en jefe estaba en la capital, me dirijí allá el 23 para ponerlo al corriente de todo lo ocurrido desde que no nos habíamos visto.

El 28 salí de Santiago acompañado de un ingles que reside allí i de uno de mis oficiales. Nos proponíamos visitar a un chileno que vivia a dieciocho leguas de distancia, en su hacienda.

El dia estaba bastante avanzado cuando partimos; atravesamos rápidamente la gran llanura de Santiago. A alguna distancia, al mirar hácia atras, observamos que nos habíamos elevado insensiblemente a varios cientos de piés por encima de las mas altas iglesias de la capital, lo que nos sorprendió mucho porque el terreno nos habia parecido sin declive.

Cuando se recorre por vez primera un pais desconocido, es mui fácil engañarse respecto de las ideas que uno se forma sobre los objetos de que se está rodeado. Esta observacion se aplica mui especialmente a los Andes; la escala de cada cosa es tan grande, que solo la esperiencia puede enseñar a conocer las alturas i las distancias. A primera vista, no es posible reconocer los errores; se necesita largo tiempo para que nuestros sentidos se habitúen a estimar exactamente lo que aperciben ante sí.

Atravesamos el Maipo por un puente de cuerdas de cuero, no léjos del lugar donde San Martin habia

ibrado una batalla el 5 de Abril de 1818. Este puente es notable por la sencillez de su construccion i por su semejanza con los puentes de hierro colgantes que se usan en Inglaterra.

Consiste en una estrecha via formada por planchas de madera puestas paralelamente, i cuyas estremidades descansan sobre cuerdas trasversales tendidas de una a otra ribera del rio. Los cables son seis, tres para cada lado del puente i describen curvas unas encima de otras; las cuerdas verticales que soportan al puente están dispuestas en forma que el peso quede igualmente distribuido. Los cables de suspension están fuertemente amarrados a los ángulos de las rocas de uno de los lados a una altura de treinta piés sobre el rio. Como el lado opuesto es mas bajo, ha sido necesario ponerlo a nivel, i se ha construido un armazon para suspender las cuerdas que están atadas a los árboles i a postes plantados sobre la ribera.

La distancia de una ribera a la otra es de 123 piés. Como son mui elásticos los materiales de construccion de este puente, vacila a cada pisada, vibrando de una manera espantosa. Siguiendo el consejo de nuestros guias, echamos pié a tierra e hicimos marchar adelante nuestras cabalgaduras, una despues de otra. Debo confesar que miéntras pasábamos ni los animales ni nosotros estábamos mui tranquilos.

Despues de atravesar el Maipo, llegamos luego ante la cadena inferior de los Andes, al pié de la

cual el camino da la vuelta entre enormes masas de rocas desprendidas de la cima i pasa de cuando en cuando bajo tupidos bosques que se elevan hasta el borde de las montañas.

Llegó la noche i nos vimos envueltos en las tinieblas. Si durante el dia, en medio de la admiracion que nos causaba la novedad de la escena, no nos habia sido posible estimar exactamente las distancias i las proporciones, nuestra confusion era ahora mucho mas grande. En parajes desconocidos, las imágenes confusas que en tales momentos parecen multiplicarse a cada paso, producen una viva impresion en el espíritu del viajero. Cree, por ejemplo, divisar una escarpada roca, que, segun la esperiencia adquirida durante el dia, parece elevarse a muchas leguas de distancia; pero, con gran admiracion, va a chocar contra las ramas de un olivo, que habia tomado por uno de los picos mas lejanos de los Andes. Teme estraviarse i como se imagina apercebir una cabaña a poca distancia del camino, apresura la marcha, para preguntar la direccion. Luego, con gran sorpresa, lo que sus miradas habian tomado por un techo hospitalario, resulta no ser otra cosa que un pico lejano de la cordillera. En fin, cada paso que se da produce una nueva perplejidad.

El dia habia sido tranquilo i sofocante; a la llegada de la noche, una lijera brisa, que venia del seno de las montañas, vino a refrescarnos. Soplabá dulcemente como las brisas de tierra en las costas de los paises cálidos, i sin duda era debida a la misma cau-

sa, es decir, a la diferencia de temperatura entre el llano i las montañas.

Innumerables estrellas resplandecian sobre nuestras cabezas; la misma incertidumbre en que nos encontrábamos sobre los objetos que nos rodeaban no carecia de encanto. En esos instantes i bajo la influencia del grandioso espectáculo que se ofrecia a nuestras miradas, la imaginacion se perdia en vagos ensueños i recordábamos con embriaguez tantas bellísimas descripciones de los Andes. El largo silencio que habíamos guardado, fué interrumpido, por fin, por un hombre de nuestra tropa, quien nos advirtió que habíamos llegado a un lugar donde debian proporcionarnos otro guia.

Se nos introdujo a una pieza alumbrada débilmente por una candela negra i solitaria; el piso estaba muy sucio i el techo groseramente construido. Esta primera ojeada no nos presajaba nada de bueno; pero no tardamos en ser agradablemente desengañados. El dueño de casa, apénas supo quiénes éramos, nos invitó políticamente a pasar a otra pieza que no se parecia en nada a la primera. Doce bujías la alumbraban; el suelo estaba cubierto de una rica alfombra; el techo, las cornisas, los espejos i los cuadros que decoraban las murallas demostraban el buen gusto de nuestro huésped. Un gran piano de Broadwood se veia en uno de los ángulos de la habitacion i cerca de éste una mesa de té cubierta de dulces i galletas, al lado de la cual estaban sentadas la dueña de casa i sus hijas. Estas damas nos reci-

bieron con esquisita cortesía. Luego se estableció la mayor confianza. Una de las señoritas salió para ir a traernos flores; la otra se sentó al piano i tocó bastante regularmente diferentes trozos. Habia en esta recepcion yo no sé qué de inesperado i romancesco; nuestros huéspedes tuvieron para con nosotros tantas amabilidades, que necesitamos hacer un gran esfuerzo para no aceptar la invitacion que se nos hizo de pasar en esta encantadora mesa el resto de la noche.

Bien a pesar nuestro, nos fué necesario volver a subir en nuestros pobres caballos i reanudar la marcha interrumpida. Todo habia cambiado; los atractivos de la escena nocturna habian desaparecido; las bellezas de una naturaleza vírjen con las que nuestra imaginacion se complacia una hora ántes en revestir el paisaje, estaban desvanecidos. Una triste i lúgubre realidad nos rodeaba. El camino aparecia bordeado de precipicios. Los viajeros parecian aburrirse de sí mismos i de los demas; la jornada se hacia interminable.

Por fin, ya estábamos cerca de la fundicion de «Las Chácras», a donde nos dirijíamos, cuando dos jinetes nos abordaron: uno de ellos, que era el dueño de casa, nos acogió de la manera mas amistosa; nos dijo que las señoras de su familia i ellos regresaban de una fiesta campestre i que iban a llegar luego. Redoblamos el paso para ofrecerles la mano cuando descendieron del coche.

Al dia siguiente, cuando nos reunimos, todos se

sentian felices viéndose libres del tumulto i la ajitación de la capital; nuestras ideas tomaban un tinte risueño en medio de aquellos inmensos viñedos, olivares, arbustos i flores de mil variados matices. En todos los países del mundo el campo tiene un encanto todo poderoso; ahí la fría etiqueta i el disimulo quedan desterrados; el carácter recobra todos sus derechos i mil cualidades amables, desconocidas hasta entónces, parecen nacer en nosotros de improviso.

Tuvimos que echar de ménos los placeres del almuerzo en sociedad, porque en estas rejiones, la familia no se reúne nunca, sino ántes de la comida, es decir, a las dos de la tarde. Por fortuna, habia muchas cosas dignas de ocuparnos afuera durante la mañana hasta la hora en que el calor nos obligó a entrar a la casa, ántes de que nuestra curiosidad quedase satisfecha.

A la hora de la comida, el dueño de casa insistió en que me colocase a la cabecera de la mesa, costumbre de la que, dijo, no podia dispensarse. Se nos sirvió como primer plato una sopa de pan de un gusto agradable hecha ademas con pescado o carne, lo que nos parecia mui indiferente.

De repente, uno de los convidados, exclamó con el ademán de una persona que se siente envenenada. ¡Oh Dios! hai pescado en la sopa! Ante esta exclamacion nos quedamos estupefactos; i el alarmista corrió hácia la cocina, donde recojió la prueba del hecho. Volvió, se sentó a la mesa, i con el rostro

trastornado se tomó su plato de sopa. Se hubiese dicho que era el último que debía comer en la vida. Un sentimiento de educación me impidió preguntar la explicación de este incidente i, a la verdad, que no eran los deseos lo que nos faltaban; la concurrencia continuó la comida como si nada hubiese sucedido. El personaje en cuestión no probó otro bocado. Era un viernes i nos encontrábamos en cuaresma; el pescado, pues, era de regla. Si se hubiese tratado de carne, yo habría concebido el escrúpulo de nuestro convidado.

Lo que me admiraba mas es que este individuo era mui despierto, i hasta entónces no habia demostrado ninguna manía. Se nos explicó al fin que por un motivo particular, se habia impuesto no comer carne i pescado, aunque, por una bula especial que se puede comprar con dinero sonante, se permite a los americanos del sur faltar en este punto a las reglas de la iglesia. Sucedió que este observante escrupuloso habia arrojado ese dia en un plato de carne que estaba cerca de él una parte de la sopa sin pensar en que habia pescado en ella, de modo que cuando hubo comido este plato, su comida terminó. Es preciso hacerle la justicia de decir que observó su voto con todo el escrúpulo de un verdadero anacoreta.

Después de la sopa se sirvió un *puchero*, plato mui afamado en todos los lugares donde se habla la lengua española. Se compone de carne de buei cocida, rodeada de legumbres de toda clase i cubier-

ta de garbanzos. La carne i los garbanzos son inseparables para los gastrónomos de estas rejiones como el tocino i el repollo para los de Inglaterra.

El último plato fué un asado de buei que no se parecia en nada a nuestro roast-beeff. Era un largo i delgado pedazo de carne mui reseco, sin hueso, i al que se habia juntado la grasa. A los postres vimos aparecer higos, uvas excelentes i una enorme sandía color de púrpura, principal alimento de la clase baja. La comida fué rociada con un agradable vinillo que, se me dijo, habia sido fabricado por la esposa de nuestro huésped, que estaba ausente.

No estará demas decir que la mesa se encontraba colocada entre dos puertas i varias ventanas abiertas; el aire circulaba libremente entre los higos secos i las hojas de parra tendidos en el suelo trayéndonos agradables perfumes. Magníficos nogales nos defendian de los ardientes resplandores del sol.

De un lado, nuestra vista dominaba la base de los Andes, distante unas sesenta millas de nosotros; no la divisábamos sino confusamente a causa de las ondulaciones de las brumas causadas por los rayos del sol al herir las áridas llanuras. Ni un animal, ni un ave se divisaban a la distancia; el cielo estaba puro i sin nubes, i el sol en toda su fuerza lo bañaba todo con sus rayos. Reinaba una calma solemne que invitaba al espíritu a la meditacion, sin quitarle la alegría. Luego nos quedamos casi solos para poder gozar a nuestras anchas de este espectáculo; los convidados se fueron retirando uno despues de otro a dor-

mir la siesta. El dueño de casa se quedó a nuestro lado; era una atencion de su parte, i para no privarlo de su reposo habitual, nos aprovechamos de la primera ocasion que se presentó para volver a nuestra habitacion.

Nuestro huésped era de oríjen español i habia nacido en Chile; poseia una hacienda mui estensa, a cuya esplotacion consagraba la mayor parte de su tiempo. Era mui entendido en agricultura, lo que le daba una gran consideracion. La jenerosidad i nobleza con que ejercia la hospitalidad, atraia a los extranjeros a su casa, i los consejos que daba a los vecinos le habian conquistado la estimacion jeneral. Su esposa estaba en Santiago esperando su desembarazo, i en el fundo quedaban su padre i dos hermanas.

Entre cuatro i cinco de la tarde, una vez que la siesta hubo terminado, nuestros amigos se frotaron los ojos i fueron llegando unos despues de otros.

Las señoras hicieron disponer la carreta, carro cubierto i guarnecido de paja i telas; se disponian a hacer, lo que ellas llamaban, *una visita* campestre, que no es otra cosa que un paseo a casa de los vecinos mas cercanos. Los hombres subieron a caballo i tomaron otra direccion; querian asistir a la eleccion de los animales vacunos que debian ser muertos al dia siguiente.

Una nube de polvo nos guió hácia el lugar donde estaba reunido el rebaño. El dueño de casa, acompañado de su mayordomo, como él a caballo, se

paseó en medio de los animales, i despues de indicar los mas gordos, escojió quince, los que a la fuerza fueron separados del resto del rebaño. Una docena de hombres a caballo los rodeó i fueron conducidos al corral, donde debian esperar su suerte hasta el dia siguiente.



CAPITULO VIII

Continuacion de la estadía en el campo.—Medios empleados para apoderarse de los animales.—El lazo.—Destreza de los jinetes.—Detalles de la lucha.—Precaucion del caballo contra la violencia de la caida del animal.—Caballo chúcaro domado.—Danzas del país.—Una señorita rehusa bailar; causa orijinal de su negativa.

Al volver a la casa, nuestro huésped ordenó a sus servidores que me enseñaran el modo como los chilenos cojen los animales.

El instrumento empleado es sencillamente un nudo corredizo o lazo. Consiste en una cuerda hecha de tiras de cuero sin curtir, del grueso del dedo meñique; su lonjitud es de cuarenta i cinco a sesenta pies. En una de sus estremidades está el nudo corredizo, la otra se amarra a un fuerte cinturon de cuero que se ata al rededor del caballo.

La exactitud con que el jinete lanza su lazo, es verdaderamente increíble; un extranjero que por la primera vez asiste a este ejercicio, se imagina asistir a algo de majia. No es fácil lanzar el lazo cuando se está inmóvil; júzguese la dificultad que habrá para

hacerlo al galope del caballo, sobre todo cuando el jinete recorre un terreno desigual i cuando en su carrera tiene que salvar fosos u otros obstáculos. Tal es la destreza de los huasos o campesinos, que están seguros no solamente de cojer al animal que huye ante ellos, sino que, espresándose en su lenguaje, pondrán el lazo en la parte que les agrada, el cuello, los cuernos, en una o las cuatro patas a la vez. Todo esto se ejecuta con una rapidez de la que no es posible formarse idea sin ser testigo de ello: la destreza de los indios en el manejo de sus arcos de sus flechas puede sólo comparársele. Este es uno de los principales entretenimientos del pueblo; mas de una vez he visto a niños pequeños que ponian el lazo a gatos o a las patas de los perros que pasaban a su alcance. Despues se ejercitan a caballo i principian a adquirir esta maravillosa habilidad; ningun animal que sea ménos lijero que un caballo puede escapárseles.

Supongamos que se trata de cojer un toro bravío i que dos jinetes o *huasos*, como se les llama en Chile, i *gauchos* en Buenos Aires, están encargados de matarlo. Apénas lo divisan, sacan el lazo, i, tomándolo con la mano izquierda, preparan el nudo corredizo con la derecha, lo hacen dar vuelta por encima de la cabeza i se lanzan al galope. El primero que llega a tiro, pone el lazo en los cuernos del toro, i cuando ve que ha dado en el blanco, detiene su caballo i lo hace dar una rápida media vuelta. El toro continúa su carrera hasta que el lazo se tiende

en toda su longitud; entre tanto, el caballo que, a consecuencia del hábito, presiente lo que va a suceder, se inclina cuanto puede del lado opuesto al toro esperando la sacudida que va a sufrir; en efecto, esta es tan terrible que arrastraría necesariamente al caballo si no afirmase mucho las patas. El golpe resulta a veces tan fuerte, que el toro es no solo botado, sino que rueda hasta que el lazo se acaba, arrastrando con él al caballo un corto trecho. Antes de que el toro haya tenido tiempo de reponerse, el otro jinete le coloca el lazo en los cuernos. Permanece el animal algún tiempo inmóvil, aturdido por la caída, hasta que los *huasos* lo hacen levantarse tirándolo ámbos con los lazos. Cuando está de pié, se parece a un navío amarrado por dos cables, i apesar de sus esfuerzos i resistencia, es obligado a seguir a sus captores.

A veces la caza no tiene mas objeto que procurarse la piel i la grasa del animal; en estos casos, uno de los huasos baja del caballo, desjarreta a la res con un largo cuchillo, que lleva siempre a la cintura, i lo hiere despues en el cuello.

Lo que hai talvez de mas curioso, es la atencion con que el caballo, inmediatamente que el jinete pone el pie en tierra, se afirma para mantener tendido en toda su longitud el lazo, lo que no ofreceria dificultad si el toro permaneciese tranquilo; pero sucede siempre que corre léjos lleno de furor i que sacude violentamente la cuerda para libertarse. El caballo sigue todos sus movimientos, i cambia de sitio con una maravillosa sagacidad; se encabrita

como si conociese los medios necesarios para impedir la fuga impetuosa del animal.

Cuando se trata de cojer un caballo salvaje, se le lanza el lazo a las patas traseras i como el huaso se coloca un poco de lado, la sacudida tira lateralmente de las piernas. El animal cae de costado, i no hai que temer que sufran con la caida sus rodillas o su cabeza. Antes de que el caballo pueda reponeerse de la caida, el jinete echa pié a tierra, se quita la manta i envuelve con ella la cabeza del animal; le pone en seguida la silla en el lomo, se lanza sobre él i le quita la manta. Admirado el caballo, se levanta, se debate largo tiempo, pero al fin se ve obligado a ceder.

Los huasos, durante las últimas guerras de que este país ha sido teatro, demostraron ser excelentes soldados; se servian a veces del lazo con su habitual destreza, i se cuenta a este respecto una anécdota curiosa. Diez huasos que no habian visto jamas una pieza de artillería, sufrieron el fuego de un cañon por la primera vez en la calle de Buenos Aires; a pesar del peligro que los amenazaba, avanzaron intrépidamente al galope, enlazaron el cañon, i con sus esfuerzos combinados consiguieron desmontarlo.

Se me ha referido otra anécdota, que entra en la categoría de lo posible, pero cuya autenticidad no garantizo. Se habian enviado botes armados para efectuar un desembarco en un punto de la costa cuyo resguardo estaba confiado a un pequeño grupo de huasos. Los hombres que componian la tripula-

cion de los botes, no se preocuparon de enemigos que no tenian armas de fuego, i vagaban con toda tranquilidad a lo largo de la ribera. De repente, los huasos, que habian espiado el momento propicio, se lanzaron al agua, i cuando los botes estuvieron próximos, arrojan sus lazos al cuello de los oficiales i los sacan así de su embarcaciones.

Durante la noche, fuimos a visitar a una señora anciana de la vecindad, cuyo mayor placer era recibir a sus relaciones. Varias otras familias de los alrededores se habian reunido allí. Habia un buen piano en el salon, i se habló naturalmente de baile. Fué para nosotros un paseo mui agradable.

Si me ha sido difícil dar una idea exacta de la caza con lazo, la descripción del baile del país me causa mayor embarazo. Esta danza no tiene analogía alguna con las de Inglaterra. Se compone de una cantidad de figuras de lo mas complicadas i da ocasion a las damas para que desplieguen todas sus gracias, haciendo admirar la belleza de su cuerpo o los encantos de su fisonomía. No es como nuestras contradanzas, en las cuales no hai sino una o dos parejas que figuran juntas; aquí todas las personas que toman parte en el baile, se ajitan a la vez de uno a otro extremo del salon. No habia visto hasta entonces nada tan gracioso i seductor. Hai que confesar, sin embargo, que, aun cuando esta danza ofrece tantos encantos a los habitantes de estas ardientes rejiones, no conviene ni a las costumbres ni al clima de Inglaterra.

Aquí la danza i el arte de andar, sobre todo este último, son miradas como indispensables para la educacion. Hai profesores que educan sus alumnos con todo el cuidado posible; no recuerdo haber conocido una sola señora que hubiese olvidado el adquirir este doble talento. Las damas tienen tambien mucho gusto por la música, i todas tocan mas o ménos bien el piano; i es raro en un baile no encontrar alguna que ejecute mui bien este instrumento. En la fiesta de que nos ocupamos, una señorita, que tenia la fama de ser una de las mejores bailarinas de Chile, fué a sentarse al piano. Esta determinacion me contrarió mucho; las demas personas protestaron i se le pidió que ocupase su puesto; pero su resolucion era irrevocable i declaró que no bailaria. Era fácil ver que esto encerraba un misterio, i me aproveché de la ocasion para preguntarle la causa que habia podido obligar a una señorita tan amable i apasionada por el baile a tomar una resolucion tan estraña. Ella se sonrió por mi pregunta i por el interes que demostraba, i me confesó que en efecto se privaba de un gran placer, pero agregó que se habia comprometido a no bailar en todo el año. Me tomé la libertad de pedirle una esplicacion sobre una resolucion tan singular, i me refirió entónces que durante una grave enfermedad de su hermana, la esposa de nuestro huesped, cuando se desesperaba de salvarla, su madre habia hecho el voto, en caso de mejoría, de no dejar bailar a ninguna de sus hijas solteras durante un año.

La mas joven de las hermanas se habia sustraído a esta fatal obligacion por medio de un argumento digno de un casuista. El voto habia sido hecho en la capital; i la maliciosilla, pretendia que no se habia tenido la intencion de estenderle a las diversiones del campo. La señora, su madre, que probablemente estaba arrepentida del compromiso que pesaba por entero sobre sus hijas, no habia insistido en que se cumpliera estrictamente, i no se le habia hecho escrúpulo de conciencia; de modo que cerró los ojos miéntras duró el baile, i la hermosa Rosalía bailó con una animacion que no tardó en comunicarse a toda la concurrencia. Jamas habia asistido a una fiesta mas animada.



CAPITULO IX.

Continuacion del capítulo anterior.—Manera de matar los animales vacunos.—Espanto de éstos a la vista de los lazos.—Peligros de este ejercicio.—Otro medio no ménos terrible.—Instrumento llamado luna.—Accidente que termina bien.—Ajilidad i limpieza.

El 30 de Marzo, ántes del desayuno, fuimos testigos de los medios que se emplean para matar al ganado vacuno. A primera vista este asunto no parece ofrecer mucho atractivo; creó, sin embargo, que sus detalles puedan tener algun interes.

Como lo he dicho ya, a los animales se les encierra en el corral, de donde se les saca, uno a uno, para que sufran la fatal sentencia. En Inglaterra, los carniceros llevan las reses a una casa i ahí se les hiere en la frente con un hacha. Aquí la operacion tiene lugar al aire libre, i se asemeja mas bien a una gran caceria por el aparato de que la rodean.

Cinco huasos a caballo, con sus lazos listos, se colocan en fila a la puerta del corral; al frente de ellos algunos hombres a pie, armados de la misma mane-

ra, forman una especie de muralla, a algunos pies de la puerta del encierro. Cuando todos estan en su puesto, el jefe de los huasos, alza las barreras que cierran el corral, entra a él, separa un animal del rebaño i lo agujijonea, para hacerlo salir por la abertura. El pobre animal se resiste a vecés a dejar su encierro i sus compañeros; pero, al fin, obligado a salir, se lanza impetuosamente hacia afuera.

Se me ha asegurado que los animales mas bravíos se espantan por instinto a la vista del lazo; en cuanto a los animales mansos, demuestran tambien a su aspecto el mismo temor. Apénas ha atravesado la puerta, se lanza al campo como poseido de un súbito terror; pero, por ajil que sea, no puede escapar a la suerte que le espera.

Es un cuadro a la vez pintoresco i animado; i un artista encontraria seguramente un asunto digno de sus pinceles en la lucha que acaba de empeñarse. Imajínese un enorme animal enfurecido, que pasa corriendo ante los lazos cuyo sólo aspecto le llena de terror; saíta impetuosamente; sus ojos lanzan relámpagos, sus narices husmean el suelo, i sus resoplidos levantan una nube de polvo; libre, lleno de vida i de fuerza, parece desafiar al mundo entero en su carrera; un instante trascurre, i ya el soberbio bruto está cubierto de lazos. Sus cuernos, su cuello, sus patas aparecen envueltas en cuerdas que, pendientes en largos festones primero, despues, cuando los huasos galopan en direcciones opuestas, se tienden como barras de hierro. Cae sin sufrimiento; un hombre de a pie, que

espera este instante para matarlo, lo hiere con un largo cuchillo. Despues de libertar el cuerpo de sus ligaduras, lo arrastran a alguna distancia. Otro animal aparece i se repite con él la misma operacion.

Pregunté porque se arrojaban tantos lazos a la vez, i se me respondió que un número menor no bastaría para soportar la sacudida del animal furioso. Poco despues, nos convencimos de que la precaucion no era inútil.

Algunos jinetes trataban de apoderarse de una vaca; el primer lazo le cayó sobre la cabeza i la hizo retroceder con tanta fuerza, que los cuernos le tocaban al lomo; pero la cuerda se rompió. Se lanzó un segundo lazo, cayendo al rededor de la parte superior del cuerpo; se rompió igualmente i el animal continuó su carrera. Huyó a traves de los campos siempre perseguida por nuevos jinetes; éstos, erguidos sobre los estribos i llevando en las manos los lazos que ajitaban en el aire, miéntras que sus ponchos de colores flotaban tras ellos, formaban un cuadro lleno de animacion i colorido. La vaca corria tan rápidamente como los caballos, que al principio no ganaban terreno.

El suelo estaba cubierto de arbustos i cortado por fosos que era menester saltar; la vaca perdía terreno; los caballos llegaron sobre ella, i el huaso mas próximo, viéndola a tiro, lanzó su lazo en toda su lonjitud i con tal exactitud que la tomó por el cuello. El segundo jinete pasó de largo cerca de la vaca, i, en vez de arrojar su lazo al cuello, la tomó

de los cuernos. Una vez terminada la captura, los huasos hicieron dar media vuelta a sus caballos i arrastraron con ellos a la desgraciada vaca; la carrera no habia durado mas de cinco o seis minutos.

Se valen de otro medio que exige aun mas destreza i sangre fria. Un jinete se coloca a la entrada del corral, armado de un instrumento llamado *luna*, que no es otra cosa que una hoja de acero en forma de media luna de un pie de lonjitud mas o ménos, afilada en la parte interior i unida por el borde opuesto a un mango de doce pies de largo. Cuando esta hoja se pone horizontal, los puntos del creciente se presentan hacia adelante; el jinete la toma con la mano derecha, tendida como una lanza. Cuando sale el animal, el jinete lo persigue al galope i con este instrumento lo hiere en las patas traseras i le corta lós jarretes.

Asistimos a un ejercicio de esta clase en la hacienda de nuestro huésped. El suelo estaba seco a causa del excesivo calor; el animal fujitivo levantaba una nube de espeso polvo; una bruma sombría se prolongaba a lo lejos molestando la vista. El jinete consiguió sin embargo cortarle los dos jarretes, pero el caballo se enredó i se dió vuelta al lado del toro. Se oyó un grito de espanto; temíamos que el hombre fuese dividido por su propia arma o destrozado por los cuernos del animal. Pero el huaso, en el peligro habia conservado toda su sangre fria; mantuvo en alto su instrumento i se levantó con su caballo, saliendo sano i salvo del torbellino de polvo,

sin haber abandonado un instante el arzon de la silla.

Durante esta encarnizada batalla, un grupo de chicuelos desaparrados se habia subido sobre un monton de leña no lejos del corral, i la mayor parte, con sus pequeños cordeles trataban de cojer tambien a los animales prófugos: raro era que les escapasen, pero las débiles cuerdas se rompián con la misma facilidad que los hilos de una tela de araña. Uno de los chicos, mas valiente que los otros, se subió a un caballo que casualmente estaba ahí i tomando el lazo que pendia de la silla, se colocó de modo que nadie lo viera, i con intrépida mano lo arrojó sobre la primera res que pasó a su alcance. Apenas se tendió la cuerda, el caballo arrancó con el muchacho, quien, poseido de espanto, fué arrojado a tierra.

Cuando se ha muerto un número suficiente de animales, se les ata por la cabeza alrededor de una carreta; sus cuerpos quedan colgando i van barriendo el suelo.

El corral es un espacio cercado, como de ciento ochenta pies cuadrados; la mitad, que está léjos de la puerta, queda al aire libre, i la otra está sombreada por un techo fabricado groseramente con ramas de árboles i grandes hojas. La construccion es suficiente para impedir que penetren los rayos del sol, pero no así las lluvias. En estas rejiones los calores i las lluvias vienen en épocas invariables, de modo que es mas fácil que en Europa distribuir las tareas agrícolas con relacion a las estaciones.

Al entrar al corral, observamos un ancho pasaje que conducia a la parte descubierta; a la derecha se veia una doble fila de postes unidos por maderas cruzadas i a la izquierda cinco cabañas separadas, construidas con tablones de seis a ocho pies de ancho por doce a catorce de largo; barras trasversales dividian en compartimentos de diversos tamaños el resto del terreno cubierto. Mas allá de las barreras, corria un arroyo de aguas cristalinas bajo la sombra de los nogales, cuyas ramas tocaban al suelo, confundiendo sus hojas con las altas yerbas i una multitud de flores naturales del pais. El calor se habia hecho insoportable en el lugar donde habíamos presenciado las peripecias de la caza con lazo; i fué para nosotros una suérte encontrar la frescura i la tranquilidad a la sombra, donde nos colocamos.

Hacia algunos minutos que descansábamos cuando trajeron arrastrando i colocaron, por órden, delante de las celdas cinco bueyes de los que se habian muerto ese dia. Cada uno fué beneficiado por tres hombres que le sacaron la piel con gran destreza; i en un instante los cueros fueron trasladados a la parte descubierta del corral, para esperar allí que fuesen estendidos i estacados para secarlos al sol. El primer huaso los examinó todos con atencion, cortándole a cada uno de ellos una correa cuya resistencia ensayó. Si la correa se rompía con facilidad no se ocupaba mas de ella; si resistia daba órden de reservar el cuero del animal para hacer lazos, porque éste es el pensamiento constante de un huaso.

Despues que se ha descuerado el animal, se saca con cuidado la grasa i el sebo; en seguida se desprenden los músculos de las articulaciones, i en esta tarea estos hombres demuestran tener bastantes conocimientos anatómicos. Aunque se sirviesen de su cuchillo con una asombrosa rapidez, jamas cortaron una fibra; desprendieron los músculos en un instante: sólo una larga práctica puede darles esta gran habilidad. Cada parte que sacaban de la res era llevada inmediatamente a una de las celdas vecinas i colocada en un lado del departamento que se destina a este objeto. Todas las partes del animal eran colocadas con mucho orden. La cabeza, las patas i el estómago eran puestos al otro lado del pasaje, sobre un lecho de ramas verdes, al borde del arroyo, cuyas aguas, ántes tan cristalinas, estaban ahora enrojecidas por la sangre. Los huesos son divididos en muchos fragmentos, i esta operacion se hace sin ruido ni esfuerzos aparentes. La idea de una carnicería presenta a la imajinacion un espectáculo sucio i repugnante; pero aquí nada molestaba la vista. No se emplean hachas, ni se golpea, ni se asierra: es la punta del cuchillo la que divide cada juntura, i, a la verdad, como lo he dicho, con una destreza mágica. La grasa, los desperdicios, de los que no queda el mas ligero vestijio unido a la carne, todo tiene su lugar determinado.

Cuando se terminó la operacion i despues de haberse limpiado el suelo, el jefe de cada ramada vino a ver a su departamento si cada pieza estaba en ór-

den. El número de estas es siempre el mismo; si faltase una sola, el hombre que hace la inspeccion lo advertiria inmediatamente.

La cabeza, el espinazo i las patas fueron en seguida divididos en pequeños pedazos i arrojados en fondos calientes a fin de no perder la menor partícula de grasa.

Los tres individuos que habian despostado el toro, principiaron una nueva operacion que, me parece, no se acostumbra sino entre los americanos del sur i que aquí se llama la preparacion del charqui de buei. Se colocaron en los diferentes departamentos sobre pequeños taburetes i dividieron de una a otra estremidad cada parte del animal en largas tiras uniformes; algunas tenian variòs pies de largo i dos pulgadas solamente de ancho. Se necesita una larga práctica para no cortar sino pedazos iguales; nosotros tratamos de imitar lo que veíamos, pero todo nos salió mal.

Estas lonjas de carne permanecen suspendidas bajo un techo durante algun tiempo, lo que las hace tomar un color negro; i el calor i la sequedad del aire hacen luego desaparecer su humedad. Se las pone en seguida al sol hasta que están secas; despues se juntan muchas de estas lonjas i se atan fuertemente con una especie de red de cuerdas: he aquí lo que se llama charqui.



CAPÍTULO X

Lago de Aculeo.—Lugares pintorescos.—Futuros destinos del país.—Aves.—Papagallos.—Flamencos.—Las señoras en los bailes i en visitas.—Partida a Santiago.—Jardin singular.—Efectos de luz.—Jóven insensible ante las descripciones del viajero.

Despues de almorzar se acordó ir a visitar la laguna de Aculeo. Para llegar allá hubo que atravesar las montañas inferiores de los Andes, porque la laguna está situada a gran altura., lo que da a este lago tanta gracia i majestad. La tranquilidad i la limpidez de las aguas, la dulce soledad, forman un hermoso contraste con los soberbios paisajes de una naturaleza vírjen i salvaje. Los lagos de Italia, cuyos bordes están cubiertos de quintas i casas de recreo, nos han parecido de un aspecto ménos encantador que la laguna de Aculeo.

Los alrededores de esta laguna no ofrecen el aspecto de una completa soledad; se divisan aquí i allí algunas cabañas entre los pintorescos bosquecillos de que sus riberas están cubiertas. Esas pobres ha

bitaciones diseminadas aquí i allá hacian resaltar mas aun las bellezas del paisaje que nos rodeaba; i las miradas se esparcian con mas placer contemplando las nevadas crestas de las montañas i la infinidad de aves acuáticas que pasaban volando sobre la superficie de las aguas, que sobre esos escasos vestijios de civilizacion. Miéntras tanto uno de nuestros compañeros, dotado de viva i ardiente imaginacion, nos pintaba con brillante colorido los felices dias que el porvenir preparaba a su pais, si su prosperidad no era entorpecida por una catástrofe inesperada. A su voz, las aldeas se multiplicaban en las riberas del lago; los caminos se cruzaban en las laderas de las montañas, i las aguas solitarias cubríanse de embarcaciones; en una palabra, el tranquilo cuadro que ante nosotros teníamos era reemplazado por la vida ajitada del comercio i de la industria.

Entre tanto que nuestro ingenioso compañero gozaba de antemano con los beneficios que su imaginacion le prometia, otro de nuestros amigos, insensible a tan halagueñas esperanzas, se lamentaba porque no habíamos traído nuestras escopetas. Las aves no se asustaban con nuestra presencia i dejaban que nos aproximásemos a poca distancia: divisamos patos silvestres, cisnes, flamencos, i muchos otros pájaros completamente desconocidos para mí. De repente, escuchamos una gran griteria sobre nuestras cabezas: era una inmensa bandada de loros. Sus gritos nada tenían de agradables, pero, en cambio, su plumaje de los mas variados matices, brillaba a los rayos del sol.

Entre estas aves me llamó la atención el flamenco, de alas color de rosa.

Un viajero encuentra, a veces, especial interés en circunstancias que, insignificantes en sí mismas, espican sin embargo las sensaciones que un extranjero experimenta ante una tierra desconocida. La vista de un ave hizo en mí mas impresión que el grandioso espectáculo de los Andes. La cima de una montaña cubierta de nieve es comparativamente un objeto familiar, que se asocia a los recuerdos de Europa; el flamenco, esta ave tan extraña, me recordó que me encontraba en un país extranjero i lejano.

En la noche, la mayor parte de las damas que habíamos conocido en el baile vinieron a hacernos una visita. La alegría parecía haberse desvanecido con los acordes de la música; sus rostros estaban inmóviles i en sus modales había una mezcla de embarazo i afectación. A su llegada se colocaron en fila en el salón al lado de la muralla, permaneciendo allí como en un campo atrincherado. Habría sido necesario emplear las mas ingeniosas maniobras i toda la habilidad de un táctico consumado para romper esa línea. Felizmente un pequeño movimiento debilitó sus posiciones, abriendo una brecha de la que nos aprovechamos inmediatamente. Estas señoras se manifestaron encantadas de nuestra audacia i parecieron esforzarse en demostrarnos que no necesitaban del socorro de la música para hacerse agradables.

31.—Con gran sentimiento nuestro, el tiempo que podíamos consagrar a los placeres del campo había

trascurrido i era menester pensar en el regreso a la ciudad. Nuestro huesped, su hijo mayor, uno de mis amigos, aquel que habia hecho voto de no comer pescado, mi jóven oficial i yo, formamos una pequeña caravana i nos pusimos en camino.

El calor habia disminuido notablemente, de modo que nuestro viaje fué mas agradable que el anterior. Ahora, por lo ménos, podíamos, marchando de dia, formarnos ideas de las cosas que la primera vez sólo habíamos entrevisto en medio de las sombras de la noche. Fué un verdadero placer para nosotros el poder rectificar los errores en que ántes habíamos incurrido.

El camino parecia huir bajo las patas de nuestros caballos, gracias a la agradable sociedad que nos rodeaba. Creíamos estar todavia a la mitad del camino, cuando ya nos encontramos en la propiedad de la persona que, a nuestro paso, nos habia hecho una tan amable acogida. La dueña de casa entónces nos habia demostrado su contrariedad por no poder-nos, a causa de la noche, mostrar su jardin, que constituia toda su entretencion; i ahora se sentia feliz con volvernos a ver, i con aire risueño nos condujo a ese lugar, que ella llamaba su paraiso.

En estos climas, donde la naturaleza prodiga sus tesoros, el menor trabajo del hombre aumenta la magnificencia de la tierra hasta un grado tal que en nuestras frias rejiones, no es posible imaginarse. Pero, desgraciadamente, en el caso actual, nuestro huesped se habia preocupado de corregir la obra de la

naturaleza, embelleciéndola a su manera. Había plantado de flores los linderos i las avenidas en forma de cuadrúpedos, pájaros i pescados, i no contenta con representar de relieve la figura de estos seres animados, había aplicado a cada objeto, por medio de la distribución de las plantas, el color que le era propio. A la verdad que en vez de un jardín parecía aquello mas bien la mulera de una *menagerie*.

Llegamos al puente del Maipo a medio día; habíamos traído algunas provisiones para almorzar, i se resolvió dejar pasar las horas de mas calor i detenerse en el relevo de posta que se encuentra en la otra ribera. La comida, aunque sin pretensiones, no dejaba de tener su encanto i cada cual hacia honor alegremente a su excelente olla, cuando un nuevo comensal apareció de repente: era un personaje bastante grotesco, de aire desenvuelto i que hablaba en voz alta a troche i moche. Se sentó sin ceremonia a nuestra mesa; abrió su bolsa, sacó un gran pedazo de charqui i un enorme trozo de queso; en seguida mandó a un huaso que le machacara el charqui entre dos piedras del camino. Después cortó el queso i nos invitó a que lo probáramos con el aplomo de una persona que está sentado a la cabecera de su propia mesa. La candida impavidez de este individuo me divirtió mucho; pero escandalizó extraordinariamente a mis compañeros i en especial a la señorita que nos acompañaba; todos parecían confundidos por un olvido tal de las conveniencias sociales. Cada país tiene sus costumbres, i aquí, por ejemplo, aunque vuestra

mesa os pertenezca, un viajero cualquiera tiene el derecho de asociarse, i esto sin distincion de edad ni de clases.

Terminada la comida i retirada la mesa, se tendieron algunas esteras en tierra para dormir la siesta. Como no hubiese esteras suficientes para todos i la casa no se compusiese sino de una pieza, hubo un instante de vacilacion; la señorita nos sacó de apuros poniéndose junto a la muralla i su padre se colocó a su lado. El recién venido, notando un espacio vacío, puso bajo su cabeza la silla i los cueros de la montura i se durmió al instante. No estábamos ya sino a una o dos leguas de la ciudad; el sol habia bajado mucho i sus rayos, al atravesar grandes masas de espesas brumas, doraban los campanarios i las cúpulas de las iglesias; tras de nosotros, las cimas de las montañas, cuyos picos mas altos estaban blancos de nieve, reflejaban las últimas claridades del dia. En pocos instantes la luz se hizo menos viva; el tinte de las diferentes cadenas de montañas se oscureció poco a poco; las bases fueron las primeras que palidieron, apareciendo a las miradas un color gris sombrío, mate, de mil variados matices.

Traté en vano de hacer compartir mi admiracion ante este magnífico espectáculo, a mi hermosa compañera de viaje; i a pesar de todo el ingenio i la gracia de que estaba dotada, no se conmovió absolutamente con los reproches que le atrajo su falta de entusiasmo ante las bellezas de su tierra. «Hago mal, talvez, al no entusiasmarme con lo que veo, me dijo,

pero yo no he salido jamas de este valle, de modo que no he podido comparar este espectáculo con el que se observa en otros lugares. No sé, pues, si es superior a los que se ven en otras partes.»



CAPITULO XI.

Regreso a Santiago.—Paseo inútil.—Adios.—Se niega la ab-
solucion a una jóven a quien su padre ha hecho enseñar
frances; medida del Gobierno con este motivo.—Regreso
a Valparaiso.—Observaciones astronómicas.—Péndulo.—
Reflexiones jenerales sobre Chile.—Ventajas de la libertad
de comercio.—Union necesaria a los nuevos estados inde-
pendientes.

Una mañana salí a caballo de la ciudad acompa-
ñado de varios compatriotas; deseábamos visitar
una cascada de la que se nos habia hecho un gran
elojio. Santiago está situado en una llanura; para
llegar al fin de nuestro viaje, nos fué necesario repe-
char un escarpado sendero.

Habíamos llegado a una altura de cuatrocientos
pies i creíamos que la plazoleta que teníamos ante
nosotros fuese la cima de la montaña. Resultó que
era una vasta llanura que parecia estar al mismo ni-
vel que aquella que habíamos dejado atras, apesar de
que estábamos a tanta altura. Esta ilusion de óptica,
era causada talvez por la extrema regularidad de la
pendiente desde el punto donde nos encontrábamos

hasta la llanura de que habíamos partido. Las enormes dimensiones de los objetos que nos rodeaban i a los cuales nuestra vista no estaba acostumbrada, nos impedía apreciar exactamente las alturas, las distancias i los niveles.

La cascada de que tanto nos habian hablado no tenia nada de particular, i no nos detuvimos a examinarla. Uno de mis compañeros de paseo, como compensacion al chasco sufrido, nos invitó a entrar a la casa de uno de sus amigos, que se divisaba a corta distancia. El dueño de casa, un anciano español, nos recibió amablemente i nos mostró con toda política sus viñas i olivares.

Los viñedos cargados de racimos, estaban plantados como los del cabo de Buena Esperanza, en filas, i sostenidos con rodrigones, solamente cuando era necesario. Nuestro huesped nos llevó a visitar sus prensas i sus inmensas bodegas, en las que se alineaban enormes toneles.

Este español habia sido ántes capitán de buque, i fatigado con la vida de mar habia comprado esas tierras, se habia casado, abandonando toda idea de gloria i de ambicion, a tal punto que ignoraba lo que ocurría mas allá de los límites de sus pequeños dominios. Toda su atencion i sus cuidados estaban consagrados a instruirse en los medios de perfeccionar el cultivo de sus olivos, sus viñas i los mejores procedimientos para fabricar su vino, en todo lo cual habia adquirido conocimientos bastante estensos.

Durante la noche del mismo dia fuimos a despe-

dirnos de nuestros conocidos. Nuestra intencion era regresar inmediatamente a Valparaíso.

En la primera casa donde nos presentamos, la familia recibió con vivo sentimiento la noticia de nuestra partida. En la segunda donde llegamos, la sociedad era tan numerosa que no conseguimos sin trabajo llegar hasta las señoras. Experimentábamos siempre mucho embarazo en conversar con ellas; porque, no hablando sino mui imperfectamente el español, habia en nuestra manera de espresarnos dificultades i tropiezos que aumentaban a medida que el número de interlocutores era mayor. Sin embargo, en esta casa, como en todas aquellas que habíamos frecuentado, fuimos tratados con las consideraciones que la jente distinguida acuerda a los extranjeros; nadie se reía a nuestras espensas i todos se apresuraban a rectificar las faltas de lenguaje en que incurriamos.

En ese tiempo se referia en la ciudad una anécdota que no está demas insertar aquí: a ella concurriré con otros datos que habíamos tomado durante nuestra estadía en Santiago, para dejar establecido que la influencia del clero decae de dia en dia i que ha sido reemplazada por un espíritu mas liberal, sobre todo en lo que a educacion se refiere.

Un caballero chileno habia creido conveniente hacer enseñar el frances a su hija. Esta jóven, que no veía en este aprendizaje nada de criminal o pecaminoso, habló de ello con su confesor. El clérigo, despues de demostrar su horror profundo por lo que

acababa de oír, llamó todos los castigos del cielo sobre la cabeza de su penitente i la de su padre, le rehusó la absolucion, i despidió a la pobre niña bañada en lágrimas i en una situacion verdaderamente deplorable. El padre no tardó en saber la causa del pesar de su hija. Despues de una esplicacion con el confesor, que persistió en su cruel anatema, fué a verse con el jefe del Estado. El sacerdote fué llamado e interrogado: se le acusó de haber atentado contra la constitucion que permite los diversos sistemas de educacion. Este, inflexible, respondió con dureza al Director Supremo i le reprochó el que se mezclase en cosas que estaban fuera de su autoridad. El negocio se consideró bastante grave para provocar una reunion del Consejo de Estado. Al dia siguiente el público se impuso que el sacerdote habia sido espulsado del pais i que una escolta militar lo habia conducido hasta la frontera. El diario del gobierno publicó los detalles anteriores i recordó a los ciudadanos que todos podian dar a sus hijos la educacion que juzgaran conveniente, respetando siempre la moral i la relijion.

Permanecemos en Valparaíso desde el 5 de Abril hasta el 26 de Mayo. Durante este intervalo de tiempo no nos ocurrió nada de interesante. Tuve, sin embargo, oportunidad de hacer algunas observaciones astronómicas sobre un cometa que tuvimos a la vista desde el 1.º de Abril hasta el 8 de Junio. Tambien hice diferentes esperiencias con el péndulo del capitán Kater, cuyo objeto era servir para determi-

nar la forma de la tierra. Las observaciones sobre el cometa tuvieron éxito dándonos una fórmula para medir su órbita; esta tarea fué hecha por el profesor Brinkeley, de Dublin. Nuestros resultados han sido publicados con las observaciones orijinales en las Transacciones Filosóficas de 1822.

Las esperiencias con el péndulo eran de una naturaleza mas delicada i mas compleja; exijian un cuidado particular i una atencion esclusiva. Las ocupaciones me privaban del tiempo necesario para meditar tranquilamente en la solucion de un problema tan difícil i que nos interesaba tanto. Sólo las personas que se hayan ocupado de un trabajo de esta clase, pueden formarse idea de la contrariedad que se experimenta ante una noche nebulosa i ante la menor interrupcion en medio de las observaciones. Nos ocurría a menudo que después, de haber empleado el dia entero en nuestros preparativos, veíamos desvanecerse nuestras esperanzas. La falta de algunas horas de luz nos obligaba a principiar de nuevo. Entónces, para consolarnos de nuestro contra-tiempo, íbamos a visitar a nuestros vecinos del observatorio, a algunos ingleses avecindados en el pais o a otras personas mui instruidas. Estas amistades nos proporcionaron la oportunidad de estudiar el espíritu público de Valparaíso, donde las relaciones con los extranjeros son mui frecuentes, i tambien de establecer una comparacion entre esta ciudad i la de Santiago, que nosotros conocíamos bastante bien. De las diferentes observaciones reunidas, podíamos

sacar consecuencias exactas i apreciar los verdaderos efectos causados por la revolucion en la opinion pública del país.

En un puerto de mar como Valparaíso, a causa de la constante llegada de buques de guerra o mercantes, se toman datos mas exactos que en Santiago sobre las noticias esterores; pero en esta última ciudad, se apreciaba mejor el aspecto jeneral de las cosas. Los chilenos están bastante bien informados de lo que ocurre en otros países de la América meridional i no ignoran tampoco, como era de suponerlo, los acontecimientos europeos. Principian a adquirir el sentimiento de su dignidad nacional; piensan que ocupan un lugar entre los otros países, i reconocen que es indispensable estar al corriente de las causas que influyen en la suerte de otros pueblos. Un sentimiento profundo, invariable, les anima, el de su independencia.

No puedo asegurar que los chilenos tengan ideas muy claras i exactas sobre la libertad civil; definen mejor la libertad nacional: en todas las clases sociales he encontrado la firme i unánime determinacion de no someterse jamas a ningun yugo extranjero. He podido observar que el partido realista, que aun alimenta la secreta esperanza de su triunfo, está en gran minoría i no goza de prestigio alguno. La opinion liberal cada dia atrae mas prosélitos i forma un dique contra el cual es forzoso que vayan a estrellarse los proyectos de reconquista. La libertad de comercio, sobre todo, mantiene i aumenta estos

sentimientos. Chile, encadenado por el monopolio español, permaneció privado durante siglos de mil objetos útiles o de lujo, cuyo precio era excesivo i a los que sólo los ricos podían aspirar. Hoi, establecida la competencia con la llegada de los buques extranjeros importadores de toda clase de manufacturas, las diferentes «clases» sociales han entrado a aprovecharse de lo que pertenece al dominio público, i bien dicen que la feliz rejeneracion les permite, por fin, gozar de las comodidades de la vida.

La revolucion comercial de la América meridional ejercerá una prodijiosa influencia sobre el porvenir de este continente; i, entónces podremos dirijir una mirada de satisfaccion sobre nuestro pais. Se reprocha a nuestros comerciantes que no se preocupan sino de sus intereses i de la prosperidad financiera de Inglaterra; se puede contestar a esto que ellos contribuyen a la felicidad de un gran pueblo i a la del jénero humano. Hacen nacer gustos mas refinados i nuevas necesidades. Un jeneroso impulso despierta e impulsa a todas las naciones; las industrias luchan con las industrias. Si faltara este poderoso estímulo, el mundo continuaria sumerjido en la indolencia. Estas verdades elementales son ahora debidamente apreciadas en Chile; ya que no es posible arrancar del corazon del hombre sentimientos e inclinaciones que están profundamente gravados en él i que, por decirlo así, forman parte de su propia naturaleza.

No pretendo que en la administracion de los ne-

gocios de Chile todo sea perfecto i que no existan vicios e irregularidades graves; ha habido, es verdad, faltas de lealtad, arbitrariedades, serios tropiezos i cambios políticos parciales, desgracias i reacciones; pero estos inconvenientes no tienen mayor importancia, en una tan vasta cuestion.

Estas naciones han franqueado los obstáculos que durante tanto tiempo habian impedido la manifestacion de los derechos i la libre accion del jénero humano; nada de lo que venga despues podrá detener al torrente en su curso. Cada dia que pasa trae una nueva esperiencia; los hombres se instruyen, reconociendo el punto donde está el mal i toman un interés mas real en el buen órden de la cosa pública. Una contra revolucion seria indudablemente fecunda en desórdenes i en miserias i podria comprimir momentáneamente los progresos de la moral i de la política; pero la reaccion seria inevitable i el pais oprimido se levantaria luego de su caída con mas enerjía i mas deseos de reconquistar los bienes que no habia hecho sino entrever.

Es el comercio exterior i la esperiencia de los negocios lo que dará a conocer en toda su fuerza a los habitantes de estas rejiones. Ellos aprenderán así a respetarse a sí mismos i a hacer respetar el gobierno de su eleccion. En vez de denigrar a sus jefes constitucionales, de contrariar sus medidas con una oposicion intempestiva, se unirán a ellos secundándolos con todo el esfuerzo del patriotismo, siempre que éstos no traspasen los límites de sus atribuciones.

Pero aun, en las actuales circunstancias, si el extranjero amenazase su independencia, no habria sino un sólo grito, una sola aspiracion: la de defender la patria



CAPITULO XII

Arica.—Sangrientos vestijios de las operaciones militares.—
Gobernador reducido a un estado miserable.—Desolador
espectáculo.—Cadena de los Andes.—Aridez del suelo.—
Habitantes del valle-Casas; agradable situacion de éstas
—Minas, i errores a este respecto.—Partida de Arica.

El 26 de Mayo nos dimos a la vela i navegamos en direccion a Lima; tuvimos tierra a la vista durante la mayor parte del viaje, pudiendo así divisar amenudo los Andes i otros puntos interesantes del pais. Algunas veces una bruma espesa nos impedia ver el cielo, i estendiéndose mui léjos en el mar se detenia en las colinas que bordan la ribera; entónces los Andes i todo el pais, a escepcion de la costa inmediata, desaparecian a nuestras miradas. En ciertas partes, esta cadena de altas colinas se veía rodeada por barrancos profundos llamados *quebradas*, que llegaban a los valles, prolongándose hasta mui adentro, al interior.

Las rejiones que divisábamos por estas aberturas, mas allá de los límites de las brumas, se ostenta-

ban resplandecientes de sol, formando un brillante contraste con la oscuridad i las tinieblas que nos rodeaban.

Miéntras nuestro navío volaba sobre las olas, dirijíamos nuestras miradas hácia esas brechas misteriosas i nos parecia contemplar un mundo nuevo i fantástico: si la oscuridad hubiese sido mas espesa, esa luz lejana habria sido tan resplandeciente como la de la luna llena, a cuyo brillo comparábamos esta claridad inesperada i de un efecto admirable. Los rayos del sol no se reflejaban en una superficie nevada i brillante, sino en una arena de una blancura deslumbradora. Podíamos, por analogía, resolver las dudas relativas a la naturaleza negruzca del suelo que se atribuye a la luna.

El 7 de Junio, a las 12 del dia, anclábamos en Arica.

Esta ciudad estaba casi desierta, i se advertian a cada paso vestijios de las recientes operaciones militares. Las casas estaban destrozadas, las puertas yacían aquí i allá, en el suelo, los muebles hechos pedazos, los almacenes i despachos divisábanse vacíos desiertos.

La primera casa donde nos presentamos fué la de una persona que llamaban el Gobernador. Estaba acostado en tierra sobre un jergon, no teniendo a su alrededor ni lecho ni rastros de mûebles de ninguna especie; el infortunado temblaba aquejado de una violentísima fiebre. Su mujer i su hija estaban en una pieza vecina, rodeadas de algunos amigos, re co

jidas por ellos. Parecian estar todos poseídos de una profunda aficcion.

Cuando los patriotas atacaron la ciudad, la mayor parte de la poblacion se retiró al interior del pais. Las casas i las calles quedaron desiertas; el silencio que reinaba a lo léjos, aumentaba el horror de esta escena de desolacion. Algunos habitantes, que por enfermedad u otro motivo no habian podido huir, estaban reducidos a la mas espantosa miseria; en algunas casas no habia una silla en que sentarse. La esposa del gobernador nos confesó que no tenia sino el traje que llevaba puesto. Era un penoso espectáculo el que presentaba su jóven i hermosa hija, cubriéndose el seno con un pañuelo hecho jirones: era su único adorno. El pueblo estaba mudo; una angustia terrible se pintaba en todos los semblantes. Esta clase de dolor que estalla en invectivas i jemidos es estraña a los españoles i sus descendientes; yo he observado siempre en ellos una calma completa en medio de su desesperacion.

Recorrí las calles con uno de mis compatriotas que tenia que entregar una carta a un comerciante español. Cuando llegamos a su casa, se nos dijo que se habia retirado al interior. Nos costó gran trabajo encontrar caballos para dirijirnos donde aquél se encontraba; por fin nos pusimos en camino.

El valle de Arica, que nos fue necesario atravesar, es un verdadero desierto; está cubierto de arena i no presenta el mas leve indicio de vejetacion. El terreno es bastante accidentado; aquí se ven colinas inmen-

sas, mas allá, grandes i áridas praderas; i, a lo léjos, se divisa la cadena inferior de los Andes; pero todo es triste, monótono, arenoso. El color del suelo es a veces negro, mui a menudo oscuro i blanco en varias partes. No es posible imaginarse nada mas estéril, triste e inhospitalario; i es preciso haber contemplado el paisaje, para formarse una idea de su espantoso aspecto de desolacion: la realidad sobrepujó a la pintura que de estos lugares se nos habia hecho.

Un delgado arroyuelo atraviesa el valle i divide el desierto. Una angosta pradera lo acompaña en su curso, donde reposa la vista fatigada. Se ha tenido la buena idea de trazar el camino en medio de los árboles i al borde del arroyo. La vejetacion es riquísima; las grandes hojas de los plátanos i de los algodones nos impedian divisar las montañas vecinas.

Entramos a la primera casa que vimos; era la de un anciano comerciante de Arica, a quien los últimos acontecimientos de la guerra habian arruinado completamente. Nos describió las batallas i nos refirió sus infortunios. Lo que parecia apesadumbrarle mas era la pérdida de una gran cantidad de mercaderías que habia recibido a consignacion. Su familia lo acompañaba i compartia su inmenso dolor.

No referiré todo lo que estos desgraciados habian sufrido; la relacion seria demasiado triste. Hai en la descripcion poética de calamidades imaginarias una especie de interes romancesco; mil pequeños detalles dan fuerza i verdad a estos cuadros de la fantasía, haciendo nacer de ellos un encanto penetrante. Pero,

estos mismos detalles, por ejemplo, el espectáculo de una profunda desesperacion, las imágenes de la ruina, de la destruccion, del silencio, provocan al instante una tierna compasion hácia los que sufren; i sin embargo este relato no es oportuno en esta relacion.

Despues de una larga marcha, llegamos por fin a casa del español que buscaba mi compatriota. Era un hombre de cierta edad que reia i bromeaba alegremente sobre los desastres de la guerra. Esta manía nos pareció al principio mui estraña, pero luego comprendimos fácilmente que era la alegría feroz de la desesperacion i una especie de delirio lo que le dominaba: el pobre hombre estaba tan arruinado como sus otros compatriotas. Su fisonomía perdió luego su espresion irónica i un sombrío abatimiento se pintó sobre su frente. Miétras mi compatriota i este desgraciado hablaban de sus negocios, entablé conversacion con una bonita i simpática morena que ahí estaba; ésta no habia sufrido mucho con las desgracias de la guerra, parecia mui contenta i de todo sonreia. Era educada i mantenia mui bien la conversacion; pero se negó obstinadamente i por todos los medios a darnos a conocer cuales eran sus relaciones con el dueño de casa; no pudimos saber si era esposa, querida, sirviente o hija de éste. Nos invitó políticamente a visitar los jardines; este paseo fué una distraccion agradable que nos hizo olvidar los tristes pensamientos que nos dominaban desde el prin-

cipio del dia ante las calamidades que pesaban sobre el pais.

A nuestro regreso a la ciudad, fuimos a presentar nuestros respetos al cura del pueblo; nos mostró la iglesia que habia sido profanada por manos sacrílegas. La miseria i la confusion que se advertian en los lugares sagrados, completaban el lúgubre cuadro que teniamos ante nosotros. Nos apresuramos a volver a bordo; allá, por lo ménos, reinaban la paz i el contento.

El 8 de junio, bajamos nuevamente a tierra i nos internamos mas que la víspera. Los habitantes nos recibieron en todas partes con benevolencia i cordialidad. A medida que nos alejábamos de la ciudad, donde la resistencia habia sido mas viva, los rastros de la guerra se borraban; se nos obsequió con frutas deliciosas, vino del pais, aceitunas frescas o saladas, pero maduras i llenas de aceite, que se comen con pan i pequeñas cebollas. En otra casa nos sirvieron una excelente sandía, acompañada con queso i ciruelas agrias, que son su obligado cortejo.

Las mesas se colocan bajo el corredor, abierto a los lados i con ventiladores en el techo. Las casas se edifican con ladrillos secados al sol, o adobes, se revocan con cal, i el techo lo cubren con hojas de palmera. La apariencia es mezquina i pobre, pero su situacion hace de ellas moradas deliciosas. Casi todas están situadas a la sombra de grandes árboles, rodeadas de bananos, higueras i otras plantas tropicales. Un arroyo corre bajo su sombra, esparciendo la frescura i la fecundidad. En diez minutos recorri-

mos a ámbos lados los límites del desierto, condenados por la falta de agua a una eterna esterilidad.

Las lluvias son desconocidas en las costas del Perú; solo el rocío i las neblinas refrescan la tierra. La parte desierta del país se estiende a mas de seiscientas millas sobre las riberas bañadas por el mar Pacífico. Esta rejion vasta i estéril está encerrada entre la gran cadena de los Andes i el mar, fluctuando su anchura entre treinta i cien millas. Tiene mui pocos rios, i ninguno de importancia. En los lugares donde corren arroyos, hácia el lado de las montañas, el terreno es mui bueno para el cultivo i solo ahí crecen árboles. La parte de este desierto continuo, es mui abundante en minerales, de donde nace esa falsa creencia de los habitantes de que cuando una tierra es árida i seca, en compensacion, encierra tesoros en su seno, i que, recíprocamente, un terreno susceptible de cultivo está privado de otras riquezas. Aunque está absurda opinion haya sido desmentida por la esperiencia, el pueblo se ha aferrado a este error i funda en él razonamientos con la misma seguridad que si sacase sus inducciones de una verdad.

El 5 de Junio partimos de Arica i nos dirijimos hácia el nor oeste, a lo largo de la costa. En la noche divisamos la cima mas elevada de la cordillera, a distancia de mas de 80 a 100 millas. Sólo cuando el buque estaba a una distancia considerable de la costa, pudimos ver las mas altas montañas de los Andes; cuando estábamos cerca, las cadenas inferio-

res nos quitaban la vista. Pero cuando avanzamos unas treinta o cuarenta millas mar adentro, las montañas intermedias se borraban ante los picos majestuosos coronados de nieve que se elevaban dentro de ellas. Tal es el efecto de la curvatura de la tierra: esas mismas montañas inferiores que a una débil distancia cubrían la cordillera, parecían sumergirse bajo el horizonte cuando las cimas lejanas quedaban distintamente a la vista.

A veces, nos quedábamos sorprendidos, porque cuando ménos esperábamos divisar la cordillera, ésta aparecía repentinamente a nuestras miradas, elevando sus cimas nevadas mas allá de las nubes; i nos parecía tan próxima que necesitábamos hacer un gran esfuerzo de experiencia para apreciar su distancia real. En los primeros momentos nos sorprendía que estas montañas fuesen ménos elevadas de lo que habíamos imaginado; este error provenia de nuestras falsas ideas sobre las distancias, i a este sentimiento sucedió luego una admiracion estrema, cuando nuestros cálculos i reflexiones nos permitieron apreciar la distancia verdadera que nos separaba de ellas. El placer que nos causaba este espectáculo constante de los Andes era indescriptible, i todas las mañanas no pensábamos sino en espiar con ávida mirada la salida de la auro-ra para gozar del paisaje; estos placeres eran a menudo mui cortos, pero a veces duraban todo el dia. Una mañana, no estando sino a cien millas de tierra, nos contrarió mucho no divisar montañas del lado del levante. La tierra habia desaparecido. Cuando

salió el sol, cuánta fué nuestra alegría al descubrir sobre su disco los contornos de una cima de la cordillera perfectamente diseñada, pero a una distancia de tal modo lejana que no era visible sino cuando se interponía entre el sol i nosotros, interceptando una parte de la luz. Estuvo a la vista algunos segundos i desapareció de nuevo.

La multiplicidad de nuestras ocupaciones i el fin comercial de nuestra mision en estas costas, alejaban nuestros pensamientos de cuestiones ménos serias i que no podian sino satisfacer nuestro gusto o nuestra curiosidad. Como carezco de la libertad necesaria para entrar en detalles circunstanciados referentes al cumplimiento de mis deberes, no haré mencion alguna de todo lo que a ellos se refiere, ocupándome de asuntos ménos importantes talvez, pero mas propios para dar a conocer el carácter moral de estas rejiones en la época de nuestro viaje.

CAPÍTULO XIII

Ilo.—Alcalde cubierto de andrajos.—Agradable sorpresa.—Observacion de las costas.—Balsa o piragua del pais.—Mollendo.—Carácter de los hombres.—Timidez de las mujeres.—Aridez del suelo.

El 12 de Junio de 1821 fondeamos en Ilo, ciudad de la que, al par de Arica, se habla frecuentemente en los viajes de Danpier i de los antiguos filibusteros. Desembarcamos en una pequeña playa arenosa, que grandes rocas defienden de las olas. La resaca, al romperse sobre estos peñascos, cubre de una ancha franja de espuma la mitad de la bahía.

A nuestra llegada vinieron a saludarnos dos hombres i una mujer, quienes, por su color i aspecto, parecian ser naturales del pais. Uno de estos individuos era jóven i despierto; el otro, de mas edad, ofrecia todo el aspecto de un mendigo. Yo rogué al primero me hiciera el servicio de indicarme la morada del alcalde. «Hélo aquí», me contestó él, indicándome a su compañero. Puedo asegurar, que de todos los individuos, entre las autoridades constituidas, con los que me habia encontrado en las costas

del Pacífico, éste habria sido el último que habria tomado por un alcalde. Esto nos enseñó que no se deben apreciar las cosas sino en relacion con las circunstancias que las rodean; i bajo este punto de vista, en un pueblo donde no habíamos encontrado sino tres seres animados, un soldado de aspecto feroz i a medio vestir con el uniforme de los patriotas, un indio de las montañas que dormia en medio de las calles, i una flaquísima burra casi muerta de hambre; este alcalde cubierto de andrajos se armonizaba perfectamente con el medio ambiente. Casi todas las casas carecian de puertas; i cada sopro de la brisa de mar, que acababa de levantarse, las llenaba de arena.

Despues de una marcha de varios minutos, entramos a un bosque de olivos debajo de los cuales un hermoso tapiz de verdura se estendia a nuestros piés. Despues de habernos paseado algunos instantes, encontramos un arroyo sombreado por árboles cuyas ramas estaban entrelazadas i unidas por plantas trepadoras, lo que formaba una bóveda cargada de hojas i flores absolutamente impenetrables a los rayos del sol. Un sendero nos condujo hácia un puente natural compuesto de dos árboles volcados; lo atravesamos sin apereibir casas ni alma viviente. Apénas habíamos llegado al borde opuesto, cantó un gallo. Nos encontramos en frente de una cabaña medio oculta entre el espeso follaje; una anciana i hermosa señora de mui buen aspecto avanzó hácia nosotros; un poco sorprendida con una visita tan intempestiva,

nos recibió con esa gracia i esa política peculiares a todos los habitantes de la América del Sur. Tendió algunas esteras sobre la yerba, i para refrescarnos de nuestro paseo, envió a uno de sus hijos en busca de *guayabas*, i nos trajo ella misma una pequeña botella de aguardiente. Estas delicadas atenciones fueron acompañadas de tan sinceras demostraciones de benevolencia, que no hallábamos como demostrar debidamente nuestro agradecimiento.

A nuestra llegada a la ciudad, el alcalde nos esplicó la causa de la desgraciada situacion a que Ilo estaba reducido; los términos de que se sirvió para pintarnos los males que la guerra habia causado, probaban que era digno de ocupar un puesto mas elevado. Le invitamos a visitar el Conway, pero, a pesar de nuestras instancias, rehusó acompañarnos.

En la noche aparejamos i bordeamos la costa a favor de una pequeña brisa que inflaba nuestras velas fuertemente impregnadas con la humedad esparcida en el aire por una densa neblina.

El 13 de Junio, al amanecer, anclamos en la rada de Mollendo, que está abierta, porque no hai puerto en la costa; circunstancia que es poco importante, porque no siendo fuertes los vientos, los buques no corren jamás peligro alguno. El agua es ordinariamente profunda, i es preciso que las embarcaciones se aproximen a un cuarto de milla de la ribera para encontrar fondeadero. Como nada impide la fuerte marea que viene a lo largo contra una costa llena de

rocas, resulta una resaca violenta i terrible que va a herir con un ruido espantoso la base de las colinas, de modo que a pesar de la conviccion de la ausencia de peligros que se tiene, no es posible librarse de algunos temores. El desembarco es difícil i aun presenta ciertos riesgos, sobre todo en las épocas de luna llena; entónces la marea es mas fuerte, observacion que puede aplicarse a toda la costa. Me habian advertido que los botes ordinarios conseguian rara vez atravesar la resaca i que era necesario servirse de una balsa o de la piragua del pais; i, sin embargo, yo hice el ensayo en mi bote, no experimentando otra incomodidad que la de humedecerme la ropa.

Las balsas las construyen con dos pieles de foca infladas i unidas por medio de trozos de madera atados trasversalmente con fuertes correas; encima colocan un lecho de cañas, lo que forma un puente de cuatro pies de largo por ocho de ancho. El individuo que gobierna esta embarcacion se arrodilla en uno de sus extremos i golpea el agua a cada lado con una pagaya de doble remo, que coje por el medio; la marcha es mui rápida. Los pasajeros i las mercaderías van sobre el puente, detras del piloto; en esta forma se desembarcan todas las mercaderías destinadas al interior.

El poco calado de estas balsas, les permite atravesar la resaca con seguridad i sin que se mojen los pasajeros. Los gruesos lingotes de plata i el dinero que se esporta en cambio de las mercaderías, se

transportan en estas débiles embarcaciones, no habiendo sufrido nunca accidente alguno.

El alcalde o gobernador de Mollendo era un personaje mas distinguido que el de Ilo; tenia bajo sus órdenes una guardia de seis soldados i el número de sus subordinados alcanzaba a mas de cien personas. Nos hizo una amable acogida, i para no quedarnos atras en política, lo invitamos a él i a sus amigos a comer a bordo. El espectáculo de una tan grotesca sociedad, puso de buen humor a la tripulacion i el capitan i sus huépedes fueron recibidos con mas de una irónica sonrisa.

Mollendo es el puerto de mar de la gran ciudad de Arequipa, situada sesenta millas al interior; se compone de cuarenta o cincuenta ranchos techados con cañas. Cada uno de éstos tiene su corredor cuyo techo plano tambien es de cañas. No hai ventanas ni chimeneas; i las puertas las construyen con varillas entrelazadas. El piso es la tierra pura sin arreglo alguno.

Los habitantes son de un carácter mui fácil i de maneras agradables. Las mujeres son de pequeña estatura, pero graciosas i bien formadas; tienen hermosos ojos negros i el tinte cobrizo. Se asemejan mucho a las limeñas i demuestran una extrema vivacidad llena de alegría cuando no están dominadas por el temor. Su timidez era tal, a veces, que no nos atrevíamos a dirigirles la palabra temiendo que tomaran la fuga como verdaderas cabritillas.

Al dia siguiente, pensábamos recorrer el pais i al-

canzar, si era posible, hasta la cima de una montaña vecina; pero el suelo estaba cubierto de un polvo blanquecino que heria la vista de una manera tan desagradable, que nos vimos obligados a renunciar a nuestro proyecto. Medio ciegos i casi ahogados volvimos apresuradamente sobre nuestros pasos. Se nos refirió que este polvo, que cubre el pais en una estension considerable, habia sido producido muchos años ántes por una erupcion del gran volcan Arequipa.

Partimos de Mollendo el 20 de Junio i navegamos a toda vela hasta el 24. Por fin anclamos en la rada del Callao, despues de una travesía de veintinueve dias, desde nuestra salida de Valparaíso.

CAPITULO XIV

Continuacion de las operaciones militares en el Perú.—Nuevas negociaciones.— Concesiones de los realistas.—Las ideas nuevas se propagan en el Perú i llegan hasta Lima.—Táctica de San Martin.—Algunos detalles sobre éste.—Entrevista que acuerda a Mr. Hall.—Su retrato.

Durante nuestra ausencia, el ejército expedicionario habia hecho progresos considerables en el Perú. El virrei asediado por la escasez i amenazado por el enemigo, cuyo número aumentaba de dia en dia, solicitó un armisticio. San Martin no rechazó esta proposicion. Los enviados de ambos partidos entraron de nuevo en deliberaciones sobre diversos puntos, sin llegar a ningun resultado satisfactorio.

Los españoles querian que las colonias hiciesen una presentacion directa a la metrópoli i que se pactase una tregua miéntras las cortes se pronunciaban sobre sus peticiones. San Martin, al contrario, pedia ante todo, la independendia del pais como condicion, *sine qua non*, la que debia preceder a todo arreglo.

La expedicion que le habia sido confiada, tenia por objeto especial, decia él, asegurar la indepen

dencia del Perú i no podia consentir en renunciar a este fin de su mision ni ménos aceptar modificarla en forma alguna. Si los españoles accedian a esta cláusula, declaraba que se avendria a entrar en arreglos; i prometia ir personalmente a España a tratar con las cortes.—El virrei, por su parte, para dar una prueba de su deseo de llegar a uu arreglo, propuso entregar el castillo del Callao como garantía de su buena fé; en caso de aceptacion de lo propuesto, debia seguirse una tregua. Estas diversas proposiciones no condujeron, sin embargo, a nada de positivo; a nuestra llegada, acababa de anunciarse la ruptura del armisticio...

La primera noticia que supimos fué que los realistas tenian la intencion de evacuar la capital i de retirarse al interior del pais, donde podrian esperar algun auxilio. La verdad de las cosas era que los principios liberales propagados por San Martin habian fructificado i echado tan hondas raices en Lima i los alrededores que el virrei no se encontraba seguro; pensaba ahora ensayar un nuevo sistema de guerra despues de haber tratado en vano de oponer un dique a las ideas nuevas. No ignoraba la atraccion que San Martin ejercia sobre las personas con que se ponia en comunicacion, i a las cuales casi siempre inducia a pronunciarse en favor de su causa. La política de los realistas exijia, pues, algunas modificaciones de acuerdo con estos datos; se habia llegado a reconocer la necesidad de ceder momentáneamente a la tempestad. Sin embargo, poco importa que

éstos fuesen los motivos que indujeron a obrar al virrei.

Ahora tenia yo mas frecuentes ocasiones de conocer los proyectos de San Martin; de modo que puedo asegurar la efectividad de todo lo que tengo que referir a su respecto. Seria temerario asegurar que las declaraciones del jeneral patriota fuesen sinceras, i aun en este caso no seria tarea fácil pronunciarse acerca de la eficacia de sus combinaciones. Muchos las encontraban mui prudentes porque siempre hasta ahora habian sido seguidas del éxito. En lo que a mí se refiere, sin ceder a la influencia de lo que ha hecho despues, debo confesar, con toda sinceridad, que las medidas que tomó en las circunstancias de que yo fuí testigo demostraron mucha habilidad, circunspeccion i prudencia.

Mi único objeto es referir lo que he visto, agregando solamente a esta narracion aquellas reflexiones que puedan dar alguna luz sobre los negocios de estas rejiones; porque no escribo para denigrar o adular a ningun partido, i si me hubiese sido posible recojer informaciones positivas sobre los acontecimientos que se verificaban entónces, habria sido obligado a dejar mi tarea incompleta abandonando el pais.

El 25 de Junio fuí recibido por primera vez por el jeneral San Martin, a bordo de una pequeña goleta que estaba anclada en la bahía del Callao, a fin de facilitar las comunicaciones de lós representantes de ámbos partidos. Estos, durante el armisticio, cele-

braban sus conferencias a bordo de un navío que se encontraba fondeado. A primera vista, este célebre patriota no ofrecía ningún rasgo capaz de atraer la atención, pero cuando se erguía i tomaba la palabra se reconocía inmediatamente en él al hombre superior. Nos recibió sin ninguna ceremonia sobre el puente de su nave.

Su traje se componía de una larga levita i una gorra de pieles. Estaba sentado cerca de una mesa hecha con varias tablas puestas sobre toneles vacíos. San Martín es un individuo de hermosa figura i de una estatura alta i proporcionada. Su nariz es aguileña, su cabeza está cubierta de negros i espesos cabellos; las patillas se extienden bajo la barba de una a otra oreja. Los ojos son rasgados, salientes, espirituales, i el color del rostro aceitunado. Tiene todo el aspecto de un soldado. Hai en él esa sencillez de modales de toda persona bien educada; es afable, atento, i toda su exterioridad denuncia un carácter dulce i gracioso; puedo asegurar que talvez no he conocido a nadie cuya acojida fuese mas atrayente. En la conversacion iba derecho siempre a los puntos capitales, desdeñando, por decirlo así, ocuparse de detalles insignificantes. Escuchaba con atención i contestaba reposadamente con lucidez i concisión. En la discusión desplegaba extraordinarios recursos i una fecundidad de argumentos verdaderamente prodijiosa, demostrando tambien a sus interlocutores que se habia penetrado perfectamente de su pensamiento. Nada habia de brillante ni de rebuscado

en sus palabras; se espresaba con calma i gravedad, dominando siempre la materia.

A veces se animaba insensiblemente; entónces sus ojos brillaban; sus palabras vivas i enérgicas imponian la atencion jeneral no dejando medio para luchar contra sus argumentos; esta metamórfosis se operaba en él sobre todo cuando hablaba de política. Me felicito de haberlo escuchado discutir cuestiones de esta naturaleza; i cuando hablaba con sangre fria no era ménos imponente que cuando se espresaba con calor. Lo considero hombre de un temple poco comun. Sabia igualmente ser ceremonioso i familiar segun las circunstancias lo exijian. En definitiva, cualesquiera que sea la influencia que el ejercicio de una gran autoridad política, haya hecho sobre él, estoi convencido de que las cualidades de su alma son siempre dulces i benévolas. El mismo dia que visité a San Martin, vinieron de Lima varias personas a hablarle de negocios de estado; i él dejó penetrar sus intenciones i los sentimientos que le animaban, no observando yo nada en él que pudiese arrojar la mas leve sospecha sobre su lealtad. La guerra del Perú no se presta para pintar un cuadro descriptivo: no era una lucha de conquista ni de gloria; no se trataba sino de un conflicto de opiniones. Era la guerra de los principios liberales modernos, contra los prejuicios, la rutina i la tiranía. «Se me pregunta porque no marché inmediatamente contra Lima, me dijo. Yo no vacilaria un instante si esto conviniese a mis fines; no ambiciono gloria militar ni busco

la fama de conquistador del Perú; mi sola intencion es libertar a este país de la tiranía española. ¿Qué haria yo en Lima si los habitantes de esta ciudad me fuesen hostiles? ¿Qué ventaja alcanzaria la causa de la independendencia con que yo ocupase militarmente Lima i aun todo el país? Mi plan es diferente: deseo que todos los hombres que piensan se conviertan a mis ideas, i no quiero dar un paso mas allá del límite que me fije la marcha gradual de la opinion pública. Cuando la capital esté madura para manifestar sus sentimientos, yo le proporcionaré la oportunidad de dar este paso con toda seguridad. Esperando este momento, he retardado deliberadamente mi marcha; i aquellos que conocen todo el alcance i la importancia de los medios de que me he valido para llegar a este objeto, comprenderán la causa de todas mis dilaciones. He ganado de dia en dia adeptos en los corazones de las masas. En cuanto a mi fuerza militar, he conseguido aumentarla, mutilando al mismo tiempo la de los españoles, ayudado tambien de la miseria i las deserciones. Es al país a quien corresponde decidir respecto de sus verdaderos intereses; es justo que los habitantes den a conocer lo que piensan. La opinion pública es un resorte nuevo introducido en los negocios de estas rejiones; los españoles, incapaces de dirijirla, han comprimido su libre manifestacion; ya ha llegado el dia en que va a manifestar su fuerza i su importancia».

En otra ocasion, San Martín hablaba sobre la necesidad especial de obrar con prudencia i aun con

lentitud en la revolucion del Perú. «La posicion jeográfica de este pais, decia, ha tenido capital influencia sobre el estado de ignorancia en que lo habia mantenido la falsa política de los españoles, largo tiempo despues del despertar de las otras rejiones de la América meridional. Buenos Aires, por su proximidad al Cabo de Buena Esperanza i por las facilidades de sus comunicaciones con Europa, habia adquirido, hacia largo tiempo, los medios de procurarse una cultura que no habia alcanzado al Perú. Chile se habia el primero aprovechado de la civilizadora i benéfica influencia de Buenos Aires i despues sus relaciones directas con Inglaterra i América del Norte contribuyeron a formar la opinion pública. Colombia, a pesar de que habia sido teatro de guerras sangrientas, tenia la ventaja de estar vecina a las Antillas i a la América del Norte; Méjico estaba en comunicacion con estos mismos paises i con los de Europa.

Todos estos paises habian tenido, unòs mas que otros, la ocasion de adquirir conocimientos útiles, a pesar de que los tiempos casi no les permitian aprovecharlos: era una semilla que debia jerminalar despues.

Pero al Perú, privado desgraciadamente por la naturaleza de comunicaciones directas con las naciones cultas de la tierra, no habian llegado sino mas tarde i en último término los primeros rayos de la instruccion que rompieron la densa nube del error, la rutina i la supersticion. El pueblo ignoraba aun sus derechos, pero era necesario tiempo i una pru-

dente direccion para enseñarle a practicar estos principios con cordura i discrecion. El apoderarse de la capital por medio de un golpe de mano no produciria el resultado apetecido; era posible que el pueblo se irritase armándose contra los patriotas, cuyas verdaderas intenciones serian mal interpretadas.

Los progresos graduales de la intelijencia humana en los otros estados de la América meridional, agregaba San Martin, habian preparado insensiblemente los espíritus para el advenimiento del nuevo orden de cosas. En Chile, como en otras partes, la mina se habia cargado en silencio; habia bastado prenderle fuego. En el Perú, donde nada estaba preparado, una esplosion prematura, talvez habria sido inútil».



CAPITULO XV

Regreso a Lima.—Aspecto de esta ciudad ante la proximidad de los patriotas.—El virrei anuncia su partida.—Espanto jeneral.—Una parte de la poblacion se retira al Callao.—Partida del virrei.—Nuevo Gobernador.—Reunion de notables.—La etiqueta respetada i el cigarro.—Invitacion hecha a San Martin para que entre a la ciudad.—Respuesta i conducta jenerosas del jeneral patriota.—El órden se restablece.—Reaparecen los emigrados.

Al dia siguiente me dirijí a Lima. Esta ciudad atravesaba por un período de gran agitacion; para nadie era un misterio que las tropas realistas tenian la intencion de abandonarla a su destino. I era seguro que una terrible revolucion se estaba preparando. Todos sufrían la crisis de la angustia jeneral; los ménos animosos no ocultaban sus temores; los valientes no sabían en que emplear su valor, i los irresolutos estaban en una situacion deplorable. Los extranjeros que no querían indisponerse con nadie, afectaban prudentemente una gran tranquilidad ante los acontecimientos. Las mujeres, en jeneral, se portaban mejor que los hombres, demostrando mas valor i ménos espanto, no confundiendo a las personas que las rodeaban con lamentos o siniestros augurios.

Los dias que siguieron, la situacion de los negocios empeoró, i, hácia el fin de la semana, el terror del pueblo tomó los caractéres de una inmensa desesperacion. Inútil habria sido el haber tratado de persuadirles de cuán necesarias eran la tranquilidad i la paciencia en un trance tan crítico.

El 5 de Julio, el virrei anunció, por medio de una proclama, su intencion de abandonar la ciudad, eligiendo el Callao como un asilo mas seguro. Esta fué la señal del desbande jeneral. La multitud se precipitó al lado de las fortalezas; si se hubiese buscado la razon de esta retirada, se habria encontrado en que era el miedo. La mayor parte de la poblacion estaba poseída de un terror pánico verdaderamente extraordinario.

Por la mañana volví a bordo de mi buque; pero, temiendo que las tropas realistas abandonasen la capital al dia siguiente i deseando estar cerca de los comerciantes ingleses, a los que yo habia aconsejado que permaneciesen en Lima pasara lo que pasara, bajé a tierra i tomé el camino de Lima. No sin trabajo pude continuar mi viaje en medio de la muchedumbre de fujitivos. Hombres, niños, mulas cargadas de objetos, esclavos encorvados bajo el peso de los bultos, todo mezclado en medio del desórden i la confusion mas espantosa, era lo que veia a mi alrededor. En Lima la consternacion era terrible. Los hombres marchaban sin rumbo determinado; las mujeres se refugiaban en los conventos. El desórden mas completo duró toda la noche.

Al dia siguiente, el virrei abandonó la ciudad, no dejando sino una centinela en la casa de pólvora. Los incrédulos, que hasta ese instante no habian querido admitir la posibilidad de estos acontecimientos, se entregaron a la desesperacion i tomaron la fuga. Una o dos horas despues de la partida del virrei, las calles estaban llenas de fujitivos; a medio dia no se veia un alma en ellas. Yo acompañé a un comerciante ingles en su viaje durante mas de una milla por la parte mas poblada de Lima, i no encontré un sólo habitante. Las puertas i ventanas estaban herméticamente cerradas. Me parecia recorrer una ciudad de muertos. La yaga perspectiva de alguna catástrofe terrible era la causa de este terror pánico; i habia ademas un motivo mui real de alarma: se temia que los esclavos se aprovechasen de la partida del ejército para degollar a todos los blancos. Este rumor me pareció completamente infundado, porque los esclavos no habian tenido tiempo de concertarse para la ejecucion de esta medida i ademas sus costumbres eran estrañas a estos complots, que exigen acuerdo jeneral i enerjía; todos los esclavos eran sirvientes domésticos; se encontraban esparcidos en una ciudad inmensa, no teniendo casi nunca la oportunidad de reunirse ni de hablarse en confianza. Sin embargo, si el terror hubiese sido ménos jeneral, habria habido motivos para temer un levantamiento del populacho, quien podia haber atacado las casas de las personas que odiaba; pero todos espermentaban los efectos del miedo i no habia un malvado

que estuviese en estado de aprovecharse de la situación.

El virrei, al dejar a Lima, nombró gobernador de la plaza al marqués de Montemiré. Esta eleccion fué prudente; Montemiré era un anciano nacido en el país i jeneralmente estimado. Su influencia debia producir felices resultados en aquellos dificiles momentos. Durante el dia convocó a los principales habitantes que habían permanecido en la ciudad a fin de deliberar sobre las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública. Siendo esta cuestion de un gran interés para los comerciantes ingleses, juzgué oportuno asistir a la asamblea, que estaba compuesta de una manera orijinal. La mayor parte de los notables pidieron noticias, otros espusieron sus planes, todos hablaron i fumaron sus cigarros sin llegar a acuerdo alguno.

Los que estaban ocultos reaparecieron; muchos que habían gozado de gran influencia antes, andaban con la cabeza baja; los unos demostraban las mas vivas alarmas, otros un violento pesar, i algunos se felicitaban por el venturoso cumplimiento de sus esperanzas políticas. Mi antiguo conocido, el ex-inquisidor, se encontraba allí; se le trataba con el desprecio que inspiraban sus antiguas funciones. Me llamó la atencion un hombrecillo mui orijinal: vestia una sucia capa a la española; un sombrero amarillo de anchas alas caia de medio lado sobre su cabeza i daba sombra a su rostro; la punta de su nariz estaba embadurnada de tabaco, que en medio de su vi-

va agitacion tomaba a manos llenas. A pesar de su aspecto bastante desagradable, se advertia en el fuego que brotaba de sus ojos, en el tono picante de sus espresiones que no era un individuo ordinario. Me lo habian indicado como un republicano decidido, a quien sus amigos obligaban a no manifestarse demasiado pronto; se me agregó, que sus intrigas habian contribuido en mucho a la revolucion que se habia operado en la opinion de los habitantes de Lima.

Los españoles no toman nunca una resolucion sino despues de haber discutido largamente, lo que contribuye siempre a eludir el punto mas importante de la cuestion. Las desgracias que los rodeaban volvian sin cesar sobre el tapete; pero el objeto esencial, el medio de salir de las dificultades actuales i la resolucion que debia adaptarse, quedaban siempre olvidados. No se estuvo de acuerdo sino sobre los mil reproches que habian merecido aquellos que gobernarán antes a la ciudad. Se espresaron de ellos en términos injuriosos, llegando hasta a acusárseles de haber traicionado a su pais. En medio de esta confusion jeneral no se olvidaron en lo mas mínimo de las reglas de la mas estricta etiqueta. El nuevo gobernador fué obligado a dar audiencia en forma al cabildo o municipalidad de la ciudad, al consulado o consejo de comercio, como asimismo a todas las corporaciones públicas que aun permanecian en Lima. Se perdió mucho tiempo en estas ceremonias pueriles; i el dia terminaba, cuando la necesidad de

tomar una decision rápida se presentó vivamente a todos los espíritus, situacion que era verdaderamente crítica para hombres que, en ninguna ocasion de su vida habian hecho nada con prontitud. Por fin, a instigacion del republicano de que he hablado, quien no habia disimulado su indignacion por tantas lentitudes i necesidades, se redactó una carta para San Martin. Se le invitó a entrar a la ciudad suplicándole la pusiese al abrigo de las tentativas criminales con que la amenazaban los esclavos i el populacho. I estos no eran los únicos peligros que habia que temer: una multitud de indios armados mandados por oficiales de San Martin rodeaba a Lima; i era mui difícil que esta horda salvaje se sujetase a la disciplina. Se temia que una vez evacuado Lima por los españoles, entrase inmediatamente a la plaza. Estas tropas auxiliares estaban tan próximas que se les divisaba en las alturas desde las calles de la ciudad. El resto del ejército patriota formaba un semicírculo del lado norte i estaba listo para marchar.

Durante la noche el mas profundo silencio reinó en la capital del Perú. Al dia siguiente por la mañana, los notables se reunieron nuevamente para escuchar la lectura de la respuesta de San Martin. Era corta, pero admirablemente concebida; decia en sustancia que no entraria a la ciudad con su ejército sino bajo la condicion de que los habitantes manifestaran de una manera auténtica su deseo de proclamar la independendencia. Su intencion, decia, no era llegar a Lima como conquistador, i que no avanzaria

un paso si no era invitado por el pueblo. Al mismo tiempo, para prevenir posibles disturbios i dar a los habitantes tiempo para deliberar con tranquilidad sobre la medida que proponia, San Martin agregaba que habia dado órden a las tropas de obedecer implícitamente al gobernador, quien podria, sin recurrir al jeneral en jefe, disponer de todas sus fuerzas o de una parte de ellas, segun lo exigiesen las necesidades del servicio.

Esta conducta de San Martin estaba dictada por la prudencia; i es raro que en medio del prestigio de la victoria los hombres se acuerden de máximas tan evidentes en otro tiempo i que vienen a colocarse de repente entre ellos i las tentaciones del poder. Los habitantes de Lima no podian persuadirse de que fuesen tratados con tanta jenerosidad por un hombre que siempre habian mirado como enemigo, i juzgaron su respuesta mui caballeresca. Despues de discutirla, surjieron algunas dudas sobre la lealtad de San Martin, i no faltó quien manifestara el temor de que todo no fuese, en último término, mas que una burla para insultar su desgracia, i asegurase que el vencedor entraria a la ciudad a la cabeza de sus tropas para entregarse al saqueo. El viejecillo republicano, que la víspera demostrara tanta enerjía, propuso, como un medio de poner a prueba las intenciones verdaderas de San Martin, que el gobernador enviase una órden cualesquiera a las tropas que rodeaban la ciudad. El resultado de esta órden demostraria qué fé se podia tener en las promesas

del libertador. En consecuencia, el gobernador envió orden escrita al oficial que mandaba un rejimiento de caballería acampado como a una milla de las puertas de la ciudad, «para que tomara posiciones a una legua mas léjos de ésta». Despues de la partida del mensajero, todos esperaron con la ansiedad mas viva el resultado de la orden; i grande fué su sorpresa, cuando supieron que el oficial, despues de imponerse de la orden, se habia puesto en movimiento con su tropa retirándose a la distancia designada.

La noticia de la nueva autoridad que acababa de confiarse en manos del gobernador i la de la obediencia de las tropas, se esparcieron rápidamente por toda la ciudad, poniendo término a las ideas de insurreccion que habrian podido arrastrar a los esclavos i al populacho a la revuelta i haciendo renacer repentinamente en todos los habitantes la confianza i la tranquilidad, lo que les dispuso en favor de San Martin. Comprendian fácilmente que el poder de que disponia el gobernador no era ilimitado; sin embargo, se veian obligados a confesar que habia en esta prueba de confianza que San Martin daba a un pueblo que ántes era su enemigo i cuya suerte estaba en sus manos, un noble impulso de heroismo i de jenerosidad. Absteniéndose de entrar a Lima a la cabeza de sus tropas daba otra muestra de su prudencia i de su delicadeza; libraba a los habitantes de pasar por la humillacion de su derrota, i en los momentos en que la disciplina no encuentra freno, sus soldados se veian privados de

toda tentacion. No se permitia a las tropas aproximarse a la ciudad i que entraran en comunicacion con ella sino cuando el órden estuviese completamente restablecido, por medio de la organizacion de una buena policia i el concurso de muchos destacamentos mandados por oficiales de confianza.

En menos de dos dias los negocios volvieron a tomar su curso acostumbrado; las tiendas se abrieron, las mujeres salieron de los conventos, los hombres se mostraron en los paseos i plazas fumando sus cigarrillos tan tranquilamente como ántes; las calles se veian llenas de jentes que regresaban a sus hogares, de mulas cargadas de cofres, de bultos i de toda clase de utensilios domésticos. Las campanas tocaban de nuevo a misa; los vendedores gritaban como ántes; la ciudad entera volvió por fin a su habitual estado de ruido i movimiento.

La emigracion era menos considerable en realidad de lo que me habria imaginado en una ciudad tan estensa i poblada. La mayor parte de los habitantes, apesar de la muchedumbre que habia afluido hácia el Callao, estaba en la ciudad; i era difícil concebir que tantas personas hubiesen podido permanecer encerradas sin ceder a la tentacion de salir, sobre todo cuando el peligro no era ni inminente ni seguro.

Los esclavos me pareció que demostraban mas alegría que de ordinario; era tal vez un error que provenia del contraste entre su alegría independiente de los acontecimientos, i la tristeza i la incerti-

dumbre que habian perturbado el espíritu de los demas habitantes. Uno de los primeros actos de San Martin, fué declarar libre a todo el que naciera despues del 15 de Julio, dia de la proclamacion de la independenciam de Lima. Todo esclavo que entrara voluntariamente al ejército patriota quedaba, por ese solo hecho, completamente libre. Esta medida fué un golpe mortal para la esclavitud.



CAPÍTULO XVI

Nueva entrevista con San Martín.—Opiniones de este general sobre los negocios de Lima.—Diputación.—Rasgos de carácter.—Bandidos.—El Marqués de Montemiré.—Comida i convidado singular.—Patrullas.—Carroza destinada al sacerdote que lleva la estremauncion.—Amores de un virrei.—La Pericola.—Estraña fantasía.—Ofrenda a la iglesia de las prendas del Amor.

Cuando el orden estuvo enteramente restablecido en la capital, yo regresé al Callao. Supe que San Martín estaba en el puerto i fuí a visitarlo a bordo de su goleta. Habia sido bieu informado de todo lo ocurrido; i no demostraba apresuramiento alguno por entrar a la ciudad. El pensamiento que le dominaba era el de no proceder como conquistador. «Durante los últimos diez años, decia, he combatido sin descanso a los españoles, o mas bien dicho, en favor de este pais, porque yo no he levantado armas sino contra todo el que ha hostilizado la causa de la independenciam. Mi único deseo es que este pais sea gobernado por sus propias leyes i nada mas que por sus propias leyes.

En cuanto al sistema político que adoptará despues, yo no tengo el derecho de intervenir en tal cuestion. Mi objeto es únicamente dar al pueblo los medios de proclamar su independendencia i de constituir el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré cumplida mi mision, i me retiraré».

Al dia siguiente, 8 de Julio, San Martin recibió una diputacion compuesta de los principales personajes de Lima, quienes venian a invitarlo para que entrase a la ciudad, pues tal era el deseo de los habitantes de Lima manifestado despues de madura deliberacion i conforme a las condiciones que él mismo habia prescrito. Él accedió a lo solicitado, fijando su entrada para el 17 del corriente Julio.

Se dice comunmente que no es tarea fácil la de conocer el verdadero carácter de un grande hombre. Yo observaba en San Martin todos aquellos rasgos al parecer insignificantes que pudiesen darme luz sobre sus cualidades naturales, i debo reconocer que el resultado a que llegué, le fué favorable. Me llamaron particularmente la atencion sus modales afables i amistosos con los oficiales de su estado mayor i con todas las personas que sus ocupaciones le obligaban a frecuentar. Un dia el jeneral estaba sentado a la mesa despues de comer; parecia sumerjido en vagas meditaciones; de repente tomó su cigarrera de la que sacó un cigarrillo i examinó el mejor, contemplándolo con fruicion. De repente, alguien le dijo desde el centro de la mesa: «Mi jeneral». San Martin, sacado de su meditacion, levantó la cabeza i

preguntó que quien le llamaba. «Soi yo, mi jeneral», le contestó un oficial; «no queria sino pedirle un cigarro».—Ah! dijo él sonriendo con bondad, al mismo tiempo que lanzaba el cigarro de su eleccion al oficial i aparecia sobre su rostro un aire de reproche. San Martin demostraba una afabilidad i una política iguales, exenta siempre de toda afectacion, hácia todos los que le frecuentaban. Jamas descubrí en él el menor indicio de disimulo, sino el sentimiento verdadero del momento. Una mañana tuve oportunidad de visitarle abordo de su goleta. Hacia poco tiempo que nos paseábamos juntos, cuando los marineros principiaron a lavar el puente. «¡Qué incomodidad, exclamó San Martin, qué a estos individuos se les antoje lavar el puente así!» «Mi amigo, dijo, dirijiéndose a uno de ellos, no arrojes agua para este lado; anda a otra parte». El marinero, empeñado en concluir su tarea i conociendo las maneras del jeneral, no pareció fijar mucho la atencion en la órden i continuó salpicándonos. «Temo, dijo San Martin, que nos vamos a ver obligados a bajar; i mi camarote es un verdadero hoyo. No es posible persuadir a estos diablos».

Estas anécdotas talvez parecerán pueriles; sin embargo, yo las creo a propósito para dar a conocer al personaje mejor que una larga serie de actos oficiales. Desgraciadamente las virtudes públicas son tan escasas, que se está siempre inclinado a interpretar desfavorablemente los actos de un hombre su-

perior, actos que talvez, en la vida privada le atraerian la estimacion i la confianza.

Al regresar a Lima nos vimos amenazados por un asalto de una banda de salteadores que, a favor de los últimos acontecimientos, habian sido puestos en libertad. Nosotros éramos cuatro jinetes i estábamos armados de pistolas. Cuando llegamos cerca de la ciudad, vimos a tres personas que los ladrones acababan de desmontar i de despojar de sus vestidos. Al aproximarnos nosotros, se colocaron a traves del camino impidiéndonos la pasada en línea cerrada, blandiendo sus garrotes con aire amenazador. Nosotros marchamos sin vacilar contra ellos con nuestras pistolas amartilladas en la mano; i nuestra actitud resuelta produjo el efecto que esperábamos; se hicieron a un lado para dejarnos pasar, i viendo frustrado el golpe, se transformaron inmediatamente, como por obra de encantamiento, en entusiastas patriotas i se pusieron a gritar: «¡Viva la patria!—¡Viva San Martín!»

El 10 de Julio comí en casa del marques de Montemiré. Miétras estábamos a la mesa, un militar entró con una carta que entregó al anciano gobernador. Era un individuo de pequeña estatura, de cara redonda i aire impávido; vestia una chaqueta azul i anchos pantalones; llevaba encasquetada en la cabeza una gorra de paño tambien azul, rodeada de un galon de plata; de su cintura pendia un enorme sable. Los rudos modales del recién venido no tenian, sin embargo, nada de comun u ordinario; en sus la-

bios i en sus ojos se advertia una espresion que, merced a un poco de confianza i a algunas copas de vino, se habria cambiado talvez en impertinente. El anciano marques, que, a causa de los acontecimientos del dia, estaba de mui buen humor, pareció alegrarse mucho con la llegada del nuevo comensal; se levantó de la mesa i abrazó al sorprendido militar, quien se mantenía respetuosamente detras de la silla del gobernador.

Yo estaba sentado cerca de un amigo que, aunque de orijen español, era patriota de corazon. Hacia muchos años que vivia en Lima i conocia a todos sus principales habitantes mas o ménos distinguidos. Observé que cuando el marques abrazó al mensajero de la carta, mi amigo se echó hácia atras en su silla reprimiendo con esfuerzo un violento acceso de risa. Me refirió que nuestro nuevo conocido era uno de los bandidos mas famosos del pais. Poco tiempo ántes, este individuo habia sido condenado a la horca, i despues indultado, conmutándosele la pena en varios cientos de azotes aplicados públicamente en las calles de Lima. San Martin, habiendo oido hablar de este personaje como de un hombre astuto i esforzado, le confió el mando de una partida de guerrillas compuesta en su mayor parte de indios. Este relato me interesó mucho. Nuestro nuevo huesped, cediendo a las instancias del marques terminó por sentarse a la mesa con tanta confianza i tranquilidad como si se hubiese encontrado en su casa. Las revoluciones siempre son favorables a esta clase de indi-

viduos; este nos pareció mui intelijente i apropósito para el papel que se le habia confiado. Le preguntaron si habia venido solo o acompañado de algunas de sus jentes para que le ayudasen a resguardar la ciudad en tan críticos momentos. «Me he abstenido de hacer tal cosa, contestó. Mis hombres es lo mejorcito entre todos los bandidos del Perú; si se les dejase entrar a la ciudad serian capaces de asesinar la mitad de los habitantes ántes que salga el sol.»

Patrullas de diez o doce jinetes recorrían constantemente de noche las calles de la ciudad; no se permitia a nadie, salvo especial permiso, estar fuera de su casa despues de las ocho. Una prudente prevision habia aconsejado estas medidas, pues habia habido varias reuniones de populacho. Los gritos de ¡Viva la patria! ¡viva la independendencia! se escuchaban por doquiera a cada instante; i este tumulto se aumentaba con el ruido continuo producido por las campanas de toda la ciudad echadas a vuelo. Algunos malhechores habian formado desórdenes a favor de las circunstancias. Varias tiendas fueron asaltadas i abiertas a la fuerza, pereciendo dos individuos en estas contiendas. Por fin, se consiguió que se suspendieran los repiques de campanas. En medio de esta confusion, se hizo sentir un violento temblor de tierra. No tuve ocasion de observarlo porque esa noche habia vuelto a bordo de mi buque.

11 de Julio. La noche última, las patrullas hicieron tan bien su servicio que despues de las oraciones no se veia un alma en las calles, ni una puerta estaba

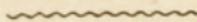
abierta, escepto la de las tabernas donde era permitido entrar. La alegría aislada i silenciosa que se observaba aquí i allá, demostraba la tranquilidad de la ciudad. Recorrí con un conocido mio una gran parte de Lima, no encontrando sino patrullas.

Cuando pasábamos por la plaza principal, el sonido de la campana de la Catedral interrumpió de repente el silencio profundo de la noche. Un lujoso coche de antigua forma salió del palacio que ocupa uno de los costados de la plaza i se dirigió hácia la portada de la iglesia; allí subió un sacerdote llevando al Santísimo. La carroza se encaminó lentamente hácia la casa de un agonizante. Desde muchos años ha que se lleva en esta forma la estremauncion en Lima. He aquí lo que me ha referido a este respecto una persona mui inclinada a ridiculizar los antiguos tiempos coloniales.

«Hace algunos años, un virrei se enamoró furiosamente de una célebre actriz llamada la Pericola; i como los vice-monarcas como los monarcas no suspiran jamas en vano, la Pericola llegó, mui luego, a ser la dueña i señora del palacio del gobernador. Principió por derrochar sumas considerables del tesoro público, consiguiendo así hacer a su amante mas despreciable todavía de lo que ántes era. Éste se esforzaba en adivinar los deseos de su amada; todo lo que ella le pedia le era inmediatamente acordado; pero una vez, sin embargo, uno de sus caprichos, aunque se trataba de una bagatela, encontró alguna resistencia, la que naturalmente enardecíó

en la actriz el deseo de satisfacerlo; queria simplemente pasearse por las calles de Lima en una carroza de su propiedad. Una fantasía de esta clase, que nos parece tan insignificante ahora, no lo era en la capital del Perú. Se permitia a todos traficar en caleche, tiburí o cabriolet; pero nadie tuvo, escepto las personas del rango mas elevado, la temeridad de aspirar a pasearse en carroza. El virrei hizo cuanto pudo por traer a la razon a la Pericola; su elocuencia i sus súplicas fueron vanas; nadie ni nada pudo quitarle de la cabeza esta locura; i fué necesario resignarse a arrostrar la opinion. A pesar del temor de una revuelta, ordenó se trajese una carroza para esta mujer cuya estravagancia los condenaba a ámbos a caer en ridículo. La dificultad principal estaba en poder evitar las pifias i los insultos al atravesar las calles. Al virrei no se le disimuló que si la artista salia sola, no dejaria de sucederle alguna desgracia. Por otra parte, no podia él acompañarla; habria sido una abominacion cuyo solo pensamiento lo hacia estremecer; felizmente la caprichosa dama no pidió tanto; no tenia sino un deseo: ir sola i en su propia carroza. Por fin, se convino en que el virrei marcharia adelante en su carroza, que la Pericola lo seguiria i que los otros coches del séquito vendrian despues, rodeando al cortejo la escolta ordinaria. Se refiere que el virrei habia hecho abrir una ventanilla en la parte trasera de su coche, por la cual podria contemplar a sus anchas i cada instante a su tierna amiga. El populacho se divirtió mucho con esta especie de

mascarada i durante todo el trayecto se dejaban oír a cada instante grandes aclamaciones de alegría. Al regresar a palacio, la Pericola se detuvo ante la Catedral, i declaró que su ambicion estaba satisfecha i que ya no deseaba subir mas en carroza; en seguida bajó del coche, i en medio de su reconocimiento hácia el cielo, consagró el noble presente del virrei al servicio de la iglesia, haciendo el voto de que en el porvenir la carroza se destinase a llevar el viático i el sacerdote, cuando se fuese a administrar el sacramento de la estremauncion.



CAPITULO XVII.

Nuevos detalles sobre la revolucion del Perú.—Modestia de San Martin.—Su entrada a Lima.—Episodios interesantes.—Una mujer ofrece sus tres hijos a la patria.—Entusiasmo del bello sexo.—Monje subyugado por el prestigio de San Martin.—Sala de audiencia.

12 de Julio de 1821. Este dia es memorable en los anales del Perú, por haberse verificado en él la entrada de San Martin a Lima. Cualesquiera que sean los cambios que la fortuna reserve a estas regiones para el porvenir, su libertad ya ha sido proclamada, i no se debe olvidar jamas que es al jenio de San Martin a quien se debe este magno beneficio. Este grande hombre fué quien dió el primer impulso a la obra, propuso el plan de la empresa, la puso en ejecucion i enseñó a los peruanos a pensar i obrar por si mismos.

San Martin desdeñó la vanidad de un numeroso cortejo i entró a la ciudad de noche, acompañado de un solo ayudante de campo. I no tenía aun la intencion de entrar ese dia; sentíase fatigado, i de-

seaba descansar en una cabaña situada a media legua de la ciudad, pensando presentarse a las puertas de Lima al dia siguiente, al rayar la aurora. Se desmontó de su caballo en un lugar apartado i se ocultó, bendiciendo su estrella i a la Providencia por haber llevado a buen término su grande empresa.

Sin embargo, dos frailes descubrieron su retiro, i fué preciso darles audiencia. Cada uno de ellos le dirijió un discurso de bienvenida, que el jeneral escuchó con su habitual benevolencia; uno de los oradores lo comparó a Julio Cesar i el otro a Lucillus. «Dios mio, exclamó San Martin, una vez que los padres se retiraron, ¡qué vamos a hacer! esto no va a acabar nunca!—Oh! mi jeneral! le contestó el ayudante de campo, allí afuera hai muchos todavía por el mismo estilo.»—«Entónces, replicó el jeneral, haced que ensillen los caballos i huyamos».

San Martin no se dirijió directamente al palacio; se detuvo ántes en casa del marques de Montemiré. En un instante la noticia de su llegada se esparció por todas partes, i la casa, el patio i las calles se llenaron de una muchedumbre de curiosos. Yo me encontraba en la casa vecina, i llegué a la sala de audiencia ántes que la multitud fuese bastante numerosa para impedirme el paso. Estaba impaciente por ver como se portaria San Martin en una situación tan delicada i debo confesar que salió admirablemente del paso. Se le colmó como era natural, de las mas rebuscadas espresiones de aplauso, en medio de un delirante entusiasmo; i para un hombre

tan modesto como San Martin, no era tarea fácil recibir tantas alabanzas sin traicionar su impaciencia.

Cuando yo llegaba a la sala, una mujer de alguna edad, hermosa todavía, avanzó hacia el jeneral. San Martin se inclinó para saludarla, pero ella no le dió tiempo, i precipitándose a sus piés se abrazó a sus rodillas i levantando sus ojos hacia él le dijo que tenia tres hijos que ofrecia al servicio de la patria. «Espero, agregó ella, que lleguen a ser miembros útiles a su país en vez de esclavos como eran ántes». San Martin, con gran discrecion, no trató de levantarla; esperó tranquilo que terminase su peroracion en la posicion en que estaba, que creia adecuada a dar mas fuerzas a sus palabras; se inclinó para escuchar, i cuando ella se hubo calmado algo, la levantó dulcemente. Ella se colgó de su cuello terminando sn discurso en esta posicion. Él le contestó lo conveniente con su gravedad acostumbrada; la pobre mujer sofocada por los sentimientos de gratitud que la agitaban por tantas atenciones i afabilidad, no sabia que decir.

Cinco señoras mas se presentaron i quisieron a la vez abrazarse de las rodillas del jeneral; pero estrechadas por la muchedumbre, dos se colgaron de su cuello; todas se pusieron a hablar con tanta volubilidad i en voz tan alta para cautivar su atencion, oprimieron tanto a San Martin que tuvo gran trabajo para no perder el equilibrio. Encontró medio para despedirlas contentas con buenas i afectuosas palabras. Entónces apareció una niñita como de diez o

doce años que no se habia atrevido a aproximarse; la levantó en sus brazos, la abrazó i la dejó en tierra; la pequeñuela, en el exceso de su felicidad, no sabia donde se encontraba. Despues avanzó un fraile i la escena cambió. Era un jóven de elevada estatura poderosamente constituido, de tinte amarillento i sombríos ojos azules; el pesar i la contrariedad se pintaban en su semblante. San Martin tomó inmediatamente un aire serio e imponente. El monje principió por felicitarlo por su entrada pacífica i cristiana a la gran ciudad: ... «era un feliz presajio de la bondad de su futura administracion», concluyó. La respuesta del jeneral guardó perfecta analogía con el discurso que acababa de escuchar, pero fué pronunciada en un tono mas elevado. I fué curioso observar como la frialdad del fraile desaparecia insensiblemente durante el discurso de San Martin. Su rostro se animó; el prestigio de la elocuencia del jeneral patriota produjo tanto efecto sobre él, que, olvidándose de su gravedad sacerdotal, el jóven aplaudió entusiasmado, exclamando: «¡Viva, viva nuestro jeneral!» — «No, no, replicó San Martin; no digais así, repetid conmigo: ¡Viva la independendencia del Perú!»

El cabildo o consejo municipal, reunido apresuradamente, llegó despues; la mayor parte de sus miembros eran de Lima i profesaban las ideas revolucionarias. Al ver al libertador por primera vez, les fué difícil disimular sus sentimientos i conservar el aire de dignidad que correspondia a lo elevado de

sus funciones. Ancianos, mujeres de todas edades se oprimian alrededor de San Martin, quien encontró medios para decir a cada cual algunas palabras agradables; todos parecian escucharle embriagados de placer i de emocion.

Miéntras esto pasaba a su rededor, yo estaba bastante cerca del jeneral para poder observarle a mis anchas. No noté en sus palabras i modales ni el mas leve rastro de afectacion, no demostrando tampoco ni vanidad ni orgullo. Parecia no ocuparse de sí propio, i no se escuchaba hablar con complacencia. Se espresaba con un calor i entusiasmo naturales que denunciaban su íntima satisfaccion por el placer que veia que su presencia inspiraba a todos.

El jeneral me descubrió donde me encontraba; me hizo avanzar i me abrazó a la española. Yo me aproveché de mi situacion para dejar aproximarse a una jóven que con gran trabajo se habia abierto paso entre la muchedumbre. Ella se arrojó en los brazos del jeneral sin poder pronunciar otras palabras que estas: ¡Mi jeneral, mi jeneral! En seguida quiso retirarse, pero San Martin, conmovido por su entusiasmo i su belleza, la retuvo benévola i respetuosamente, e inclinándose un poco de lado dijo sonriéndose, «que debia serle permitido darle un beso en prueba de su agradecimiento.» La jóven, en el colmo de la emocion, enrojació hasta la raiz de los cabellos; i cuando se retiraba del brazo de un oficial éste le preguntó si estaba contenta. «¡Contenta, exclamó, oh! señor!»

Debo advertir que durante todas estas escenas no hubo una sola nota discordante que se prestase al ridículo. Es evidente que San Martín deseaba a toda costa evitar estas expansiones i si su voluntad se hubiese cumplido no habrían tenido lugar, porque su deseo era no entrar, como lo hemos dicho, sino mui de mañana. A su regreso a Buenos Aires despues de la conquista de Chile, en 1817, habia demostrado la misma antipatía por todo lo que es pompas i ostentaciones, i a este respecto su plan le salió mejor que en Lima: los habitantes de Buenos Aires habian hecho grandes preparativos para recibirle, pero él burló su vijilancia, entrando de incógnito a la ciudad.

Al dia siguiente me dirijí a caballo, acompañado de dos amigos, al cuartel jeneral de San Martín, situado en los estramuros de la ciudad. En vez de instalarse en palacio, el jeneral habia llegado allí la víspera en la tarde; temia que en palacio se repitiesen las escenas del dia anterior. Aunque estaba agobiado de quehaceres, le agradaba ocuparse de todo personalmente. Es de notar que todos los que se dirijian a él se iban contentos, aunque no se hubiese accedido a lo que pedian. Al presentarnos a él, reconoció en uno de mis compañeros a un excelente dibujante que habia conocido hacia quince dias a bordo de su goleta. Le referimos que las desconfianzas de los españoles habian impedido a este artista entregarse a sus trabajos. Le dijo que ahora estaba libre para dibujar lo que quisiera; i que le facilitaria

una escolta a fin de que visitase el pais en provecho de su arte.

Un anciano con una niña en brazos se aproximó a nosotros: deseaba que el jeneral abrazase a su nieta, a lo que éste accedió bondadosamente. El pobre viejo se retiró contento i agradecido. La persona que sucedió a ésta, entregó misteriosamente una carta a San Martín; supimos mas tarde que era un espía que regresaba del campo enemigo. Despues llegó una diputacion de la ciudad, encargada de pedir el alojamiento de un hospital militar situado en una aldea a tiro de cañon del Callao.

San Martín pasaba, en Lima, de un asunto a otro con una extraordinaria rapidez i siempre con método, sin olvidar la política i las consideraciones debidas al rango de las personas que se le acercaban. En los primeros momentos esta conducta era oportuna; pero luego tuvo que reconocer que dentro de su carácter de jefe supremo no podia ocuparse de una multitud de pequeños detalles que podian arrebatarle todo su tiempo. Esta fué la razon por la cual en el curso del dia, el jeneral resolvió establecerse en palacio, o sea la antigua residencia de los vireyes españoles. En la tarde dió allá su primera audiencia.

La gran galería de audiencias recibe luz de varias ventanas abiertas sobre un comedor o pasaje que desemboca en un jardin, parte tambien central del palacio. Durante la recepcion, las ventanas estaban llenas de señores deseosos de conocer a San Martín; de uno de los grupos se me rogó al pasar que atra-

jese, si era posible al jeneral a ese lado. Yo comuniqué a uno de los ayudantes de campo la pequeña negociacion que me habian encomendado: nos concertamos para hacer recaer la conversacion sobre las comunicaciones que yo iba a enviar i para atraerlo hácia la ventana a medida que conversáramos. Estábamos a punto de llegar al lugar requerido, cuando hizo ademan de retroceder, lo que nos obligó a revelarle el negocio. Entónces sonrió, i aproximándose inmediatamente a los demas, conversó con ellos un instante, dejándolos encantados con su amabilidad.

No teniendo en esa época ningun asunto importante que me retuviese en Lima, regresé a bordo i dirijí al «Conway» de la rada del Callao al puerto de Ancon, que está a unas veinte millas al norte. Esto obedecia a mis deseos de aproximarme a los buques mercantes ingleses, que se habian retirado recientemente del Callao.

Los españoles, al evacuar a Lima, habian conservado en su poder el Callao que estaba al abrigo de todo ataque; limitándose los patriotas a bloquearlo por mar i tierra. No se dejaba entrar víveres, ni recursos de ninguna especie a la plaza i se esperaba que terminaria por rendirse. En este estado de los negocios, no podia existir comunicacion alguna con ese puerto; i los buques mercantes se dirijieron a Ancon a fin de desembarcar su carga. El *Conway* ancló en este puerto el 17 de Julio; permanecí allí dos dias, i me ví obligado a volver por tierra a Li-

ma donde tenia que ocuparme de negociar un asunto referente a dos naves inglesas que habian sido apresadas por la escuadra de Chile.

Me dirigí a la capital en compañía de varios peruanos; i no recuerdo haber hecho un viaje mas fatigoso, aunque la distancia no fuese sino de ocho leguas. Se atraviesa primero un corto i arenoso desierto semejante al de Arica. Nada mas penoso i aburridor que recorrer estas rejiones. Se concebirá el placer con que llegamos por fin a terreno firme, despues de haber corrido ocho o diez millas sobre unos arenales profundos.



CAPITULO XVIII

Valle de Lima.—Avanzadas de los patriotas.—Montañeses independientes.—Regreso a Lima.—Fermentacion.—Embarazos de los realistas.—Medidas de rigor.—Reclamacion de la independenciam.—Actos diversos.—Juramento.—Entusiasmo.—Baile.

A medida que nos acercábamos al gran valle de Lima, el paisaje tomaba gradualmente un aspecto mas agradable: primero divisamos, a largos intervalos, algunas manchas de verdura i de follaje i mas léjos, pequeñas praderas diseminadas aquí i allá, despues arbustos, árboles, aves; pero lo que mas nos agradó fué un arroyo que serpenteaba en la llanura acompañado en todo su curso por una lijera cintura de verdes i frondosos matorrales. Cuando llegamos al valle, la escena cambió de improviso; nuestras miradas se paseaban por todos lados sobre inmensos campos plantados de cañas de azúcar, de maiz, de arroz i de diferentes cereales. Despues continuamos nuestro viaje por senderos abiertos en terreno firme i bordeados de árboles espesos. Este camino nos condujo a una pequeña cadena de montañas mui

quebradas; de lo alto de estas gargantas nuestra vista pudo contemplar el valle i el rio Rimac, que divide a Lima en dos partes i fertiliza la llanura que lo rodea.

Como a una milla i media de la ciudad, pasamos ante una de las avanzadas de los patriotas; eran montañeses que custodiaban una partida de caballos i mulas. Su aspecto era atrevido i feroz; de pequeña talla, pero vigorosamente constituidos, aparentaban ser sufridos i firmes para la fatiga; reposaban aquí i allá sobre la yerba formando pequeños grupos. Los centinelas que al lado del camino bordeaban las murallas se dibujaban pintorescamente sobre el horizonte. Uno de ellos llamó particularmente mi atencion.

Llevaba en la cabeza un bonete cónico de piel de carnero; una larga manta blanca de algodón le caia a grandes pliegues sobre las espaldas i llegaba hasta las rodillas. Su largo sable colgado al costado barria el suelo; sus piés estaban envueltos en pedazos de cuero de caballo en lugar de botas. En esta traza, se paseaba gravemente a lo largo del parapeto con el mosquete al brazo, ofreciendo así un hermoso espécimen de guerrillero. Oyó el paso de nuestros caballos, se volvió i, reconociendo que éramos oficiales, nos hizo los honores con toda soltura i el respeto de un veterano i, al mismo tiempo, con el orgullo de un libre hijo de las montañas. Los otros soldados parecian una horda de escitas; nos contemplaron con igual admiracion que la que ellos nos inspiraban.

Nuestro viaje no ofreció otro incidente digno de mencionarse. Al llegar a los puertos de Lima, vimos un cadáver tendido a uno de los lados del camino. Sobre el pecho le habian puesto una cruz de madera. Se me dijo que este cuerpo era el de un desconocido, i que permanecería allí espuesto hasta que la caridad pública hiciese los gastos del entierro.

La viva fermentacion causada por los últimos acontecimientos, agitaba aun a la capital; los habitantes estaban inquietos i descontentos; los españoles principalmente parecian dominados por una gran ansiedad, como que constituian la clase alta i se encontraban en una situacion difícil en extremo. Si rehusaban abrazar la causa de San Martin, corrian el peligro de ver confiscados sus bienes, i, por otro lado, si ingresaban en las filas patriotas, debian temer la venganza del antiguo gobierno, que podia recuperar el poder i castigar a los que le hubiesen abandonado. Los naturales del país, aunque confiaran en la bondad de su causa, no dejaban por eso de alarmarse por las consecuencias que podria acarrearles su conducta; muchos dudaban de la sinceridad de San Martin suponiendo que no tendria los medios suficientes para dar cumplimiento a sus promesas. En una palabra, estas circunstancias eran nuevas para la mayor parte de los habitantes de Lima; el temor i la incertidumbre estaban en todos los corazones.

Con esta conflagracion de ideas i de intereses, el mas confundido de todos era talvez aquel que se

encontraba a la cabeza de los negocios i de quien todos, sin distincion de partidos, esperaban proteccion i seguridad. Su posicion i la importancia de sus deberes, exijan una gran habilidad. Para dar una idea de este estado de cosas, trascibiré un extracto de la proclama que San Martin dirijió a los habitantes en esta ocasion. Estoy seguro que será leída con interes porque no está redactada en esa enfática jerga revolucionaria tan comun a los españoles i a sus descendientes de América:

«La obra verdaderamente difícil, que es necesario emprender con valor, firmeza i circunspeccion, es la de corregir las ideas inexactas que ha dejado el gobierno antiguo impresas en la actual jeneracion. No se crea que la dificultad consiste tanto en la ignorancia de los medios adecuados para conseguir aquel fin, cuanto en la peligrosa precipitacion con que de ordinario intentan los nuevos gobiernos reformar los abusos que descubren. Empezando por la libertad, que es nuestro mas ardiente anhelo, ella debe concederse con sobriedad para que no sean inútiles los sacrificios que se han hecho por alcanzarla. Todo pueblo civilizado está en aptitud de ser libre; mas el grado de libertad que goce, debe exactamente ser proporcionado a su civilizacion. Si aquella excede a ésta, no hai poder que evite la anarquía: i si es inferior a lo que exigen sus luces, es consiguiente la opresion. Si toda la Europa gozase la libertad del pueblo ingles, la mayor parte de ella presentaria un caos de anarquía: i el pueblo ingles a su turno se

creería en la servidumbre, si en vez de su actual constitucion, fuese rejido por la carta de Luis XVIII. Es justo que los gobiernos de América sean libres; pero es necesario que lo sean en aquella proporcion; el mayor triunfo para nuestros enemigos seria el que saliésemos de ella.

«En todos los ramos de prosperidad pública i aun en los que solo dicen respecto a la comodidad doméstica, hai grandes reformas que hacer. En jeneral puede decirse sin riesgo de error, aunque con apariencia de preocupacion, que es preciso despojar nuestras instituciones i costumbres de todo lo que sea español, e infundir a nuestra constitucion política una nueva salud, para que resista sus enfermedades, segun la espresion que usó en otra oportunidad el memorable Lord Chatham. Pero como el hacer todas las reformas *ex abrupto* i sin discrecion, es tambien un defecto español, en que actualmente están incurriendo las Cortes, precipitando las variaciones religiosas i políticas que exijia la península,—debemos precavernos de incurrir en él, i preparar gradualmente las mejoras a que está dispuesto el país, i de que es tan susceptible por la docilidad i tendencia que tiene al adelantamiento de su carácter social».

San Martin adoptó una primera medida que consideró de capital importancia para asentar definitivamente el sentimiento de la independendia por medio de un acto público que atraeria los habitantes a su causa. En consecuencia, el 28 de julio tuvo lugar la ceremonia de la proclamacion de la independen-

cia del Perú i de prestarle juramento. Las tropas se alinearon en la plaza principal. San Martín, rodeado del Gobernador i de los principales habitantes, sobre un estrado que ocupaba el centro, desplegó por primera vez el estandarte del Perú independiente i gritó con voz potente: «Desde hoy el Perú es libre e independiente por el voto jeneral del pueblo i la justicia de su causa, que Dios defiende». Después, agitando la bandera, agregó: «¡Viva la patria! viva la libertad! viva la independencia!» Este grito fué repetido por toda la multitud que cubria las plazas i las calles vecinas. El repique de las campanas i las salvas de artillería se mezclaron a las aclamaciones de una alegría sin ejemplo en los anales del país.

El nuevo estandarte del Perú representa al sol apareciendo sobre los Andes detras de la ciudad i al Rimac bañando la base de las montañas. Este emblema, dibujado sobre un escudo circundado de laurel, ocupa el centro de la bandera, que está dividida diagonalmente en cuatro triángulos, dos rojos i dos blancos. De lo alto del estrado donde estaba San Martín i desde las ventanas de palacio, se distribuyeron medallas conmemorativas al pueblo. Uno de los lados de estas medallas decia: «Lima libre juró su independencia en 28 de Julio de 1821»; i en el reverso: «Bajo la proteccion del ejército libertador mandado por San Martín.»

Las mismas ceremonias se repitieron en las principales plazas, donde, como dijo una proclama oficial, se anunciaba ántes al pueblo que estaba siem-

pre destinado a llevar las cadenas de la opresion i la esclavitud.

La proclamacion de la independencia fué imponente: el continente de San Martin era digno i natural. Se veia, sin embargo, que no asistia sino con disgusto a esta escena de aparato. Las facciones de su rostro traicionaban a veces lijeros movimientos de impaciencia; se hubiese dicho que no se perdonaba a sí mismo tales escenas. Este embarazo, si fué real, pasó rápido como un relámpago; no tardó en volver a su afabilidad acostumbrada.

Despues de haber recorrido Lima, el jeneral, acompañado de su séquito, volvió a palacio a recibir a Lord Cochrane que llegaba del Callao.

Al dia siguiente se cantó un Te Deum. Despues de la misa de funcion celebrada en la catedral por el arzobispo, un monje franciscano pronunció un sermón adecuado a las circunstancias. Terminada la ceremonia relijiosa, los mas altos empleados civiles se dirijieron a palacio a prestar un juramento concebido en estos términos: «Juro a Dios i a la patria mantener i defender con mi persona i mis bienes la independencia » Este mismo juramento fué prestado por todos los notables de Lima. En pocos dias las firmas se elevaron a cuatro mil; la lista se publicó en una gaceta extraordinaria i fué esparcida profusamente por todo el pais. Esta medida tuvo por objeto dar a conocer el verdadero estado de la capital i comprometer, en interes del nuevo réjimen, a los individuos tímidos i vacilantes.

En la noche San Martín dió un baile en palacio i tomó parte en la alegría jeneral; se mezcló a los grupos de danzantes i habló con todo el mundo alegremente como si se encontrara libre de toda clase de preocupaciones i negocios.

En los bailes públicos o particulares de este país reina una costumbre bien extraordinaria.—Mujeres de todas las clases sociales, que no han sido invitadas, se disfrazan i se colocan en las ventanas, los pasadizos i aun en la propia sala del baile. Se las denomina *tapadas* porque llevan el rostro cubierto i su fin principal consiste en espiar a sus conocidos, a quienes confunden con sus bromas i sus burlas cuando pueden hacerse oír. En el baile de que me ocupó, no fueron tan numerosas como de costumbre. En el baile del Cabildo, que fué dado primero, las *tapadas* ocupaban una de las estremidades de la sala, desde donde dirijian un fuego graneado de dichos chistosos sobre los hombres que, bailando, pasaban por ese lado.

CAPÍTULO XIX

Huacho.—Huaura.—Riberas del río de este nombre.—Casas.—Ornamentos de mimbre.—Irrigaciones.—Chorrillos, lugar de baños, convertido en puerto militar.

El 31 de Julio me vi obligado a salir de Lima, cuando los acontecimientos atravesaban por un período mui interesante. Me dirigí a Huacho, pequeño puerto situado al norte, a fin de completar la provisión de agua necesaria para que el Conway pudiese hacer el viaje a Valparaiso. Durante el sitio del Callao, no era posible procurarse una sola gota de agua sino yendo a buscarla a lo largo de la costa a una distancia de sesenta millas.

El 2 de Agosto, a favor de los vientos del sur que soplan constantemente en estas costas haciendo mui fácil la navegacion hácia el norte, llegamos en pocas horas a Huacho. Mientras el buque tomaba agua i provisiones frescas, que me habia sido imposible encontrar en Lima durante la guerra, hice, acompañado de uno de los oficiales, un viaje a Huaura, ciudad situada en las riberas del río del mismo nombre.

Esta ciudad ofrecia un interes especial, pues

durante seis meses habia sido el cuartel jeneral de San Martin. El país que le rodea es mui bien cultivado i su aspecto pintoresco formaba un hermoso contraste con las áridas colinas i los tristes desiertos que fatigaban nuestra vista desde hacia tanto tiempo. El suelo debe su fertilidad a las aguas del Huaura, que riegan la mayor parte de esta rejion. El calor constante del clima i la abundancia de agua provocan una vejetacion de una magnificencia sorprendente. Los caminos que seguíamos estaban sombreados por las ramas de los árboles que se cruzaban sobre nuestras cabezas, siendo tan espeso el follaje que a veces no podíamos divisar las casas sino cuando estábamos mui cerca de ellas.

Las habitaciones tienen cierta semejanza, aunque grosera, con los antiguos templos de la Grecia: son oblongas, su techo es plano i las fachadas están adornadas con una fila de pequeñas columnas. Los muros tienen doce piés de alto i se les construye con gruesas cañas entrelazadas. Las columnas son postes rodeados de varillas, semejjando así columnas góticas; algunas veces estas columnas son huecas, esto es, formadas solamente con varillas. El diámetro de estas columnas es mayor en la base que el de los árboles; i es la naturaleza, en éste, como en muchos detalles arquitectónicos, lo que ha sugerido talvez a los habitantes tal idea. Los muros tienen en la fachada antepecho i cornisa tallados a cuchillo. Adornos de mimbre de forma gótica se ven a lo

largo de los techos de las habitaciones i casi siempre en lo alto de las puertas.

Este gusto por los adornos de arquitectura de mimbre es comun en otros países lejanos poco civilizados i que tienen escasas comunicaciones entre sí.

En Java, Manila, Ceilan i probablemente en otros lugares del oriente, los naturales elevan arcos de triunfo que presentan una agradable variedad de adornos de elegante forma, i que tienen el estilo gótico. En Ceilan se construyen a veces estensos edificios hechos enteramente con cañas i mimbre, ofreciendo los mas hermosos detalles de la arquitectura. Se emplea ordinariamente en estas construcciones el bambú i el palo de palma; el sauce i toda madera flexible i elástica toman igualmente contornos variados i graciosos bajos los hábiles dedos de estos industriosos isleños. En Java, donde estos monumentos se encuentran a cada paso, no se vé jamas un dibujo igual a otro, presidiendo, sin embargo, un estilo uniforme en estas construcciones. Seria interesante hacer en estos lejanos países las mismas investigaciones que en Europa, es decir, buscar las analogías que pueden esplicar el oríjen i las relaciones de principios que han servido de base a los dos mas antiguos estilos arquitectónicos, el griego i el gótico. La teoría de Vitrubio queda confirmada con las modestas habitaciones de Huaura; la de Mr. James Hall relativa a la arquitectura gótica, lo es igualmente por los adornos de mimbre que he citado. Estos ejemplos toman mayor importancia conside-

rando la enorme distancia que separa estos países incultos i la escasez de sus comunicaciones con otros pueblos mas civilizados que se han distinguido en la arquitectura; sirven tambien de argumento para sostener la teoría de que existe una belleza natural e intrínseca en ciertas formas, de la que despues la mano del hombre dotado de cierto gusto ha sacado los sistemas de arquitectura actualmente conocidos.

A nuestro regreso a Huaura, nos perdimos entre una cantidad de innumerables senderos que cortan el país en todas direcciones; seguimos uno que nos condujo a los límites del desierto, i nos vimos una vez mas al frente de un mar de arenas, i mas léjos en una quebrada que cubria hasta la altura de dos piés un pequeño torrente. Una observacion mas detenida nos hizo ver que lo que habíamos tomado por caminos no eran sino canales de regadío, i como cada propiedad tiene el suyo, de ahí proviene su gran número. Las encinas parecen haber sido plantadas para sostener las tierras i su sombra produce el saludable efecto de prevenir la evaporacion de las aguas. Cuando se descubre una vertiente, por pequeña que sea, los habitantes se apresuran a aprovecharla, i nada puede compararse a la fertilidad de los terrenos regados de esta rejion. Es una gran desgracia para esta parte occidental de la América el que no haya rios a lo largo de la costa i que esté privada en absoluto de lluvias.

En Huacho, encontramos al gobernador Guincudo en compañía de dos amigos. Era de la raza aboríjen

del país i hablaba un poco el español; debía tener talento i discrecion cuando San Martín lo habia dejado en su puesto. La comida era servida en una mesa colocada en medio de la habitacion i los convidados comian en el mismo plato. Un incidente me recordó la influencia de los últimos acontecimientos políticos. Un rollo de tela inglesa estaba colocado sobre un cajon de vino frances; los cuchillos i los tenedores tenian la marca de Sheffield, i el tabique que dividia la habitacion era de tocuyo de Glasgow.

El 4 de Agosto nos dimos de nuevo a la vela para el Callao. En la noche del 7 llegamos a Chorrillos, puerto situado a diez millas de Lima. En tiempo de paz, Chorrillos es el lugar de cita durante el verano para las personas acomodadas de Lima, que vienen ahí a tomar baños.

Cuando nosotros lo visitamos, estaba convertido en un puesto militar de las avanzadas patriotas. Centinelas guardaban las alturas i algunos destacamentos ocupaban la costa.

Las pintorescas casas particulares i las elegantes quintas se habian metamorfoseado en cuarteles i ballerizas. La belleza i los encantos de este sitio de placer habian desaparecido. Era necesario tener un pasaporte para poder continuar el viaje; i me ví obligado a esperar el regreso de un propio que envié a Lima, perdiendo así todo el día 8.

CAPÍTULO XX.

Lima.—San Martín toma el título de Protector del Perú.—Manifiesto que publica en esta ocasión.—Nuevas medidas contra los españoles.—Reflexiones jenerales.—Disidencia de opiniones.—Tentativas realistas.—Difícil situación de los españoles.—Espíritu público.

El 9 de Agosto, a nuestra entrada a la capital, supimos que San Martín había adoptado el título de Protector, reuniendo así en sus manos la autoridad civil i militar en las provincias sublevadas. El manifiesto que hizo repartir en esta ocasión es digno de mencionarse; las frases pomposas que encierran ordinariamente esta clase de documentos, estaban proscritas en esa pieza. San Martín no se rehusa algunos elogios, pero su lenguaje es conciso i enérgico; el porvenir ha probado que era sincero.

DECRETO.

Don José de San Martín, Capitan Jeneral del Ejército i en Jefe del Libertador del Perú, Grande Oficial de la Lejion del Mérito de Chile, Protector del Perú, etc., etc.

«Al encargarme de la empresa de la libertad de este pais, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América i de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaria incompleta, i mi corazon poco satisfecho, si yo no afanzara para siempre la seguridad i la prosperidad futura de esta rejion.

Desde mi llegada a Pisco anuncié, que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad, i que era responsable de su ejército. No han variado las circunstancias, puesto que aun hai en el Perú enemigos exteriores que combatir; i por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político i militar.

Espero, que al dar este paso se me hará la justicia de creer, que no me conducen ningunas miras de ambicion, sino la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad i al retiro despues de una vida ajitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral, que exige el sacrificio de mis mas ardientes votos. La esperiencia de diez años de revolucion en Venezuela, Cundinamarca, Chile i Provincias Unidas del Rio de la Plata, me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocacion intempestiva de Congresos, cuando aun subsistian los enemigos en aquellos países. Primero es asegurar la independenciam; despues se pensará en establecer la libertad sólidamente.

La relijiosidad con que he cumplido mi palabra

en el curso de mi vida pública, me da derecho a ser creído, i yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú, que en el momento en que sea libre su territorio haré dimision del mando, para hacer lugar que ellos tengan a bien elejir. La franqueza con que hablo debe servir como un nuevo garante de la sinceridad de mi intencion. Yo pudiera haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres designasen la persona que habia de gobernar, hasta la reunion de los representantes de la nacion peruana; mas, como por una parte la simultánea i repetida invitacion de gran número de personas de elevado carácter i decidido influjo en esta capital, para que presidiese a la administracion del Estado, me aseguraba mi nombramiento popular; i por otra habria ya obtenido el asentimiento de los pueblos que estaban bajo la proteccion del ejército libertador, he juzgado mas decoroso i conveniente el seguir esta conducta franca i leal, que debe tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad.

Cuando tenga la satisfaccion de renunciar el mando i dar cuenta de mis operaciones a los diputados del pueblo, estoi cierto que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo ni corrupcion.—Administrar recta justicia a todos recompensando la virtud i el patriotismo, i castigando el vicio i la sedicion donde quiera que se encuentren, tal es la norma que reglará mis acciones, mientras esté colocado a la cabeza de esta Nacion.

«Por tanto, declaro lo siguiente:

1.º Quedan unidos desde hoi en mi persona el mando supremo, político i militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de *Protector*.

2.º El Ministerio de Estado i Relaciones Esteriores, a don Juan García del Rio, secretario del despacho.

3.º El de Guerra i Marina, al teniente-coronel don Bernardo Monteagudo, Auditor de Guerra del ejército i marina, secretario del despacho.

4.º El de Hacienda, al Dr. don Hipólito de Unanue, secretario del despacho.

5.º Todas las órdenes i comunicaciones serán firmadas por el respectivo secretario del despacho, i rubricados por mí; i las comunicaciones que se me dirijan, vendrán por medio del Ministerio a quien correspondan.

6.º Con la posible brevedad se formarán los reglamentos necesarios para el mejor sistema de administracion i el mejor servicio público.

7.º El actual decreto sólo tendrá fuerza i vigor hasta tanto que se reunan los Representantes de la nacion peruana i determinen sobre su forma i modo de gobierno.

Dado en Lima, a 3 de Agosto de 1821.—2.º de la libertad del Perú.—(Firmado).—JOSÉ DE SAN MARTIN».

. Considero oportuno insertar igualmente el mani-

fiesto que apareció al día siguiente, que pinta el carácter de San Martín i aquella época de trastornos. Ella dió un golpe mortal a los españoles del que no se repusieron jamás. Desde ese día data la pérdida de todas sus esperanzas; la mayor parte de ellos se prepararon seriamente para abandonar el país. Esta emigración convenia talvez al plan de San Martín; no ignoraba que los españoles no reconocerian jamás la igualdad que él pretendia establecer bajo su gobierno libre, independiente de España.

A LOS ESPAÑOLES EUROPEOS

«Habia prometido respetar vuestras personas i vuestros bienes, i he cumplido mi promesa, no pudiendo ninguno de vosotros poner en duda la sinceridad de mi palabra. Sin embargo, sé que vosotros murmurais secretamente i que, en vuestras sordas maniobras esparcis maliciosamente los rumores que yo me propongo abusar de vuestra confianza. Mi nombre es demasiado conocido para que yo trate de mancharlo con una deslealtad, aun cuando, como particular, se llegase a suponer que quedaria justificado de haber obrado así.

Sin embargo, publico definitivamente los siguientes artículos a fin de confirmar las garantías que ya os habia dado.

1.º Todo español que, confiándose en mi palabra

i continuando tranquilamente en el ejercicio de su industria, preste juramento a la independencia del pais comprometiéndose a respetar el nuevo gobierno i las leyes establecidas, encontrará proteccion i seguridad para su persona i bienes.

2.º Los que no se conformen con esta medida, deberán presentarse a las autoridades en el término fijado precedentemente; recibirán sus pasaportes i abandonarán el pais con la facultad de llevarse sus propiedades mobiliarias.

3.º Todo español que despues de haberse sometido al gobierno constituido se haga culpable de sordas maniobras contra su estabilidad,—i yo tengo la conviccion de que los hai—sufrirá todo el rigor de las leyes i será privado de sus bienes.

Españoles! vosotros conoceis el estado de la opinion pública, i no ignorais de que vuestra conducta es observada. Nada de lo que pasa en el interior de vuestras casas me es desconocido. Temblad si abusais de mi induljencia. Os lo recuerdo por la última vez: vuestro destino es irrevocable; vuestra sumision es el solo medio de conciliar vuestros intereses con los de la justicia.

Dado en Lima, 4 de Agosto de 1822.

Firmado.—*San Martin.*»

Tal era la marcha estraordinaria de los negocios públicos de Lima. Era, pues, con pesar que yo aban-

donaba, por cumplir órdenes superiores, esta parte de la costa cuando el interes del escenario político habia llegado a su período álgido. Tenia un deseo vivísimo de observar de cerca el efecto de estos dos decretos; la opinion estaba mui dividida sobre la cuestion de su conveniencia. Los progresos bajo al nuevo sistema merecian tambien la atencion del observador. Nos veiamos obligados a partir, i nos era forzoso renunciar a uno de los mas grandes placeres que presentan los viajes marítimos.

Esta manera de recorrer el mundo permite trasportarse de una rejion a otra lejana i a menudo en épocas de un interés público extraordinario. No hai que temer los numerosos embarazos que sufren otros viajeros; se tiene la ventaja de ser bien acogido donde se llegue i nuestra situacion nos daba derecho para contar con la confianza i el hospitalario recibimiento de los habitantes. Pero en estos viajes, nos veiamos siempre alcanzados de tiempo; nuestros pensamientos, distraidos por la variedad de nuestros deberes, no podian detenerse sino superficialmente sobre los acontecimientos notables que presenciabamos. Nos encontrábamos demasiado agobiados de quehaceres para darnos una cuenta exacta de lo que ocurría; sucedia que abandonábamos el teatro en el momento mas dramático i cuando otro viajero ordinario habria determinado quedarse. Esperimentábamos viva contrariedad por no poder permanecer allí como espectadores imparciales: era de temer que con la au-

sencia de espectadores desinteresados, estos importantes acontecimientos se perdiesen para el mundo político.

En su situación, permaneciendo todavía el enemigo en el territorio, San Martín obró sabiamente al asumir el mando supremo. Cualesquiera que hubiese sido el nombre bajo el cual disfrazara su poder, habría sido siempre el oculto motor de la autoridad pública. Nadie en el país tenía la pretensión de creerse su rival en talento; i, aun admitiendo esta igualdad, tenía de su lado la confianza del ejército i de los patriotas. No era, pues, mas honorable apoderarse del poder de un modo franco i abierto que entretener al pueblo con un simulacro de república, cuando en el fondo estaría dominado por el brazo de un déspota? San Martín conocía por experiencia las desgracias que habían resultado de la adopción precipitada del Gobierno representativo en América del Sur; sabía que ántes de establecer innovaciones políticas durables, era preciso destruir poco a poco las añejas preocupaciones i los errores esparcidos en el país, i, por fin, era necesario construir en un suelo virgen cimientos sólidos e indestructibles. En esta época no había aun en el pueblo bastantes conocimientos i capacidad para constituir un gobierno libre; no se había despertado todavía en él el amor a la libertad, sin cuyo concurso las instituciones liberales son mas perjudiciales que útiles, ya que sus efectos engañan las esperanzas que ellos hacen concebir i des-

prestijian en la opinion pública los principios inmutables sobre los cuales reposan.

Desgraciadamente, tambien, los habitantes de América del Sur se manifiestan inclinados a engañarse sobre los verdaderos efectos de estos cambios: se imaginan que la simple formalidad del establecimiento de instituciones libres bastaria para hacerles comprender en todo su alcance i para gozar debidamente de sus beneficios cualesquiera que haya sido el estado social anterior. Es indudable que instituciones libres debidamente comprendidas, el goce de los derechos civiles, traen como consecuencia el amor a la libertad; el error está en la creencia de que este cambio pueda ser instantáneo. Despues que este anhelo nacional se ha jeneralizado, nace en natural sucesion, la habilidad para sacar partido de estos valiosos privilejios i tambien para robustecerlos con otras instituciones correspondientes. Con el trascurso del tiempo la mútua confianza, la comun induljencia, que estaban ahogados bajo la estrecha política del antiguo réjimen, renacerán; la accion social se hará sentir entónces enérgica i poderosa, i no como ántes cuando semejaba una masa de arena sin fuerza ni cohesion. El 10 de agosto, cuando partia de Lima en direccion a Chile, el ejército bajo las órdenes del virrei Lacerna, que avanzaba rápidamente hácia el sur, habia esparcido el terror en el interior del país; con este movimiento trataba de unirse con las otras divisiones mandadas por los jenerales Canterac i

Caratola, que operaban en el valle de Jauja, distrito donde están situadas las ricas minas de plata de Pasco.

Las intenciones ulteriores del virrei eran desconocidas: se suponía que después de reforzar su ejército volvería sobre Lima a fin de arrojar a San Martín. Este plan era tanto más probable cuanto que la fortaleza del Callao, reputada inespugnable, reconocía todavía la autoridad de España. Apoderarse de esta plaza era, pues, de capital importancia para San Martín. Había empleado para tomarla todos los recursos de la fuerza i de la política, i cuando yo partí del Perú, se tenía la fundada esperanza de su próxima rendición.

En esta misma época, una estraña confusión reinaba en Lima: el choque que la sociedad había experimentado con estos violentos cambios, la había conmovido profundamente; la variedad de elementos que se agitaban en su seno, no permitía esperar una aproximación sincera. Los españoles pensaban en abandonar el país, no disimulándose que eran el blanco de las sospechas i de la desconfianza jeneral; de otro lado, los peligros que les rodeaban i las incomodidades i angustias que sufrían estaban balanceadas por las pérdidas que los haría sufrir la partida. La mayor parte de ellos tenían grandes capitales invertidos en el comercio i en propiedades considerables; otros estaban casados. Sus mujeres, sus hijos, todas sus afecciones, todos sus intereses los ataban a esta patria. Era, pues, para ellos un terri-

ble sacrificio el abandonar sus comodidades actuales por una tranquilidad incierta, ya que la anarquía reinaba también en España como en las colonias. Había muy pocos españoles que no desearan vivamente la vuelta del ejército realista i aun ménos eran los que tenían confianza real en San Martín o que tratasen de ocultar su descontento. Este estado de cosas obligó al Protector a tomar una serie de medidas despóticas cuyo resultado fué la ruina de casi todos los españoles i su destierro del territorio.

La sociedad trabajada así por estos cambios tan violentos, temía siempre nuevos trastornos i cada uno de sus miembros no se preocupaba sino de librarse de las dificultades presentes. Estos sentimientos, naturales en los principios de la revolución, debieron haberse modificado una vez pasado el peligro i bajo la influencia de un gobierno nuevo i estable; pero esto no ocurrió i la causa es fácil de explicarse. Los habitantes de Lima habían vivido ántes de estos acontecimientos como adormecidos en un largo período de paz i de placeres; de repente despertaron i se vieron rodeados de desgracias muy reales i de toda suerte de peligros, no pudiendo al principio meditar sobre las causas de este estado de cosas ni sobre la actitud que les convenia adoptar en presencia del nuevo régimen. Los acontecimientos se habían sucedido con tal rapidez, que su egoismo e inquietud eran muy excusables. I esta manera de apreciar la situación dominaba en todas las clases de

pueblo entorpeciendo así el desarrollo social, cuando yo partí de Lima. Habíamos visto a esta ciudad sufriendo todas las miserias de un sitio, mas tarde entregada a la exaltacion de los primeros momentos de una revolucion i cuando todo estaba fuera de su centro, antes que la confianza hubiese despertado, haciendo desaparecer la angustia jeneral que habia precedido a la catástrofe.



CAPÍTULO XXI.

Sistema administrativo español ántes de la revolucion.—Forma i division del gobierno.—Los criollos escluídos de los empleos, del cultivo, de las artes, de las ciencias, del comercio i de la industria.—Toda comunicacion de una provincia a otra era prohibida.—Rigores empleados contra los extranjeros.—Anécdotas.—Colejios i escuelas cerradas.—Impuestos.—Justicia.—Prisiones.

El interes que inspira actualmente la América del sur ha hecho olvidar un poco su condicion anterior. Ahora que hemos sido testigos del postrer esfuerzo hecho por los españoles para recuperar el poder en sus colonias, no estará demas trazar un cuadro jeneral del sistema colonial que ha destruido la revolucion; i así quedará demostrado que el gobierno cuyo yugo han sacudido los americanos ha tenido defectos mui graves. Los escritores que se han ocupado de la América del sur han entrado en todos los detalles de los monstruosos abusos que pesaban sobre estas rejiones: yo me limitaré a presentar un bosquejo jeneral sobre los rasgos característicos de la antigua administracion, agregando algunos hechos

cuya autenticidad no puedo garantizar; ellos no se refieren a cuestiones aisladas i no ofrecen un interés dramático; su único objeto es dar a conocer el carácter i el espíritu de la política que ha dirigido al gobierno español en la administracion de sus colonias.

Despues de la conquista de América, las colonias fueron consideradas ante la lei como partes integrantes de la monarquía i no como nuevos territorios de la madre patria; la corte de España las gobernaba como un feudo, del que gozaba en virtud de una concesion del papa: no era el gobierno español, sino el rei asistido por un consejo privado i especial llamado Consejo de Indias, quien decidia en absoluto sobre todos los negocios de esas rejiones. Se dictó espresamente para ellos un código aparte, denominado Leyes de Indias. La América era, pues, independiente, en el nombre, de la nacion española, i fué fundándose en este principio como la América meridional, despues de la prision de Fernando VII, pretendió tener tantos derechos como España para nombrar una junta que dirijiese sus negocios durante la ausencia del rei, su jefe legal. Las circunstancias convirtieron este argumento bastante especioso en una base de legalidad que fué propicia a la América, que hasta entónces habia sido virtualmente gobernada por los ministros de España.

El pais estaba dividido en virreinos, capitanías jenerales, intendencias i otras sub-divisiones. Cada gobierno separado era independiente de los otros, i

todos estaban inmediatamente sometidos a la autoridad del rei i del Consejo de Indias.

Sin entrar en detalles minuciosos, bastará observar que el principio fundamental sobre que reposaba este gobierno, era que ninguna autoridad debia obrar sin estar controlada por otra; principio débil i desastroso, que indicaba la ausencia de toda confianza en los jefes ejecutivos i que, librándoles virtualmente de toda clase de responsabilidades, los sometia, sin embargo, a una obediencia pasiva que les arrebatava todo entusiasmo para cumplir noblemente con su deber.

El virrei estaba bajo la vijilancia de un cuerpo llamado *Audiencia*, cuyos miembros, españoles de Europa, no tenian facultad para poseer tierras en América ni para casarse en el pais. La Audiencia tenia el privilegio de dirigir representaciones al virrei i de entenderse directamente con el Consejo de Indias. Cualesquiera que hubiesen sido las ventajas de esta institucion protejiendo al pueblo, no era sino un dique impotente contra el poder desordenado de los virreyes que estendia su influencia hasta sobre la Audiencia i los otros poderes inferiores, civil, militar, judicial i eclesiástico.

En los paises libres rejidos por un cuerpo representativo i donde los individuos pueden obrar i pensar segun sus inspiraciones, es fácil separar por medio de las distancias esenciales los poderes públicos del poder, reteniéndoles en sus límites; pero en los estados despóticos sucede necesariamente que las atri-

buciones, aisladas i diversas, se entrechocan o se confunden las unas con las otras neutralizando las ventajas respectivas que se podrian obtener. Se creyó poder remediar los constantes inconvenientes que resultaban de este sistema tan poco práctico, multiplicando sin medida en cada departamento del estado el número de autoridades con carácter oficial, i cada uno de estos empleos nuevos requeria una docena de otros funcionarios para vijilarlos. La complicacion orijinal de la máquina administrativa recibió así un aumento diario por la introduccion de estos nuevos rodajes, la marcha de los negocios llegó a hacerse cada vez mas difícil i los resortes del gobierno se debilitaron mas i mas.

Es evidente que ningun sistema de gobierno puede ser favorable a la prosperidad pública si los encargados de dirigirlo no se penetran bien del espíritu que lo ha fundado: este axioma puede aplicarse hasta a los estadistas que tienen miras elevadas i la intencion positiva de asegurar la fortuna pública i la felicidad del pueblo. Pero si esto no ocurre, si la marcha de los negocios i el progreso, se detienen a cada paso, llega inevitablemente la decadencia ahí donde se esperaba la prosperidad. En las colonias españolas, el mal se vió agravado por la manera como se constituyó el ininteligible sistema administrativo. Los individuos que componian esa administracion eran estraños al pais, llegaban de una rejion lejana i no tenian ninguna relacion de simpatia, ningun interes comun con los habitantes. Ni el mérito ni

los talentos eran los que abrian el camino para los empleos coloniales: en cierta época esos empleos se remataban en Madrid i el producto de estos negocios venales constituia una parte considerable de las entradas de la corona. Todos los cargos públicos, dice el manifiesto de Buenos Aires, i los puestos en jeneral pertenecian esclusivamente a los españoles. Las leyes daban a los americanos un derecho igual al de aquellos para obtenerlos; pero el beneficio de la concurrencia no tenia lugar sino en casos mui raros i aun entónces se convertia en un cambio por sumas considerables con los que habia que satisfacer la avidez de la corte. Entre ciento setenta virreyes que han gobernado estas rejiones no hubo sino cuatro nacidos en América; entre seiscientos diez capitanes jenerales i gobernadores, todos, escepto catorce, han sido españoles. La misma justicia distributiva se empleaba en las otras funciones de alguna importancia, i era mui raro encontrar un americano entre los empleados de las oficinas. Indudablemente que tal tiranía en esta desigual reparticion de los favores públicos, debió herir en lo vivo a los americanos. Sin embargo, la pérdida real que ellos esperimentaban con la privacion de funciones públicas o lucrativas, no fué el mal mas grande que sufrían; lo que habia de mas odioso era la ausencia de toda emulacion, el triste convencimiento de que el mérito no daba ningun derecho a las distinciones i a los honores.

Esta exclusion no se limitaba a los nombramientos

que eran de la competencia del gobierno, sino que invadía todas las ramas del estado. No fué bastante para el sistema español el ligar las manos de los criollos, no dejándoles otro camino que el de la pereza i el vicio; estendió su despotismo hasta sobre el pensamiento, abrogando el ejercicio de aquellas facultades que parecian estar fuera del alcance de la tirania. La agricultura, la industria i el comercio fueron prohibidos a los habitantes del pais; se les prohibió igualmente el cultivo de la literatura i la adquisicion de toda clase de conocimientos útiles. A fin de asegurar estas restricciones se decretó que ningun habitante, bajo pena de muerte, tuviese facultad para comerciar con los extranjeros i que éstos no fuesen recibidos jamas en el pais. Los mismos españoles no podrian entrar al pais sino en virtud de un permiso especial i por un tiempo limitado; los habitantes de las diferentes provincias no podian comunicarse unas con otras; se temia que las relaciones mútuas facilitasen la adquisicion de los conocimientos.

En la administracion de las rejiones lejanas es difícil observar los principios de la equidad i no perder de vista los respetos debidos a los derechos i a la felicidad de los habitantes. Los que hayan estudiado nuestro sistema político de la India, no ignoran que existiendo la mas sincera intencion de mantener una justa balanza entre todos los intereses, artificios sin cuento i especiosas combinaciones han mediado siempre a la administracion ejecutiva, dan-

do por resultado que los indijenas se engañan sobre cuáles son los objetivos verdaderos de nuestro sistema. La corte ejerció su influencia fuera de la nación, el poder fué confiado a individuos de todas las clases sociales, indiferentes, comparativamente hablando, al poder político i al patronato; i no hai duda que la consecuencia de esto no hubiese sido al fin la destruccion de la poblacion de la India, aun admitiendo que las autoridades inglesas hubiesen siempre obrado siguiendo las reglas invariables de la virtud. Si esto no es sino demasiado verdadero en presencia de nuestro gobierno representativo i apesar de los frenos que nuestra constitucion opone a cada paso a las usurpaciones de la autoridad, ¿cuánto mas terribles no habrian sido los mismos inconvenientes en la situacion en que se encontraba colocada la América del Sur? La opinion pública es, segun la conviccion jeneral, la primera salvaguardia de la felicidad de la India i del afianzamiento de nuestro poder. En la América del Sur, donde dominan principios de gobierno diametralmente opuestos i la opinion pública no existe, esta no ha podido tener influencia alguna sino desde el dia en que la autoridad de la metrópoli tocó a su fin.

Los españoles, temiendo sobre todo que la presencia de los extranjeros debilitase su autoridad, agregaron nuevos rigores a sus leyes prohibitivas. Cuando el jeneral Morrillo se apoderó de Cartajena, hizo encarcelar a todos los comerciantes ingleses i

extranjeros; se les arrojó a los calabozos, i talvez habrian sido fusilados todos por haber violado las leyes de Indias, si el almirante de la escuadra inglesa que cruzaba en el mar de las Antillas no hubiese intervenido mui a tiempo. Segun tales leyes, entrar en las colonias españolas sin autorizacion competente, constituia un delito capital.

El temor al resentimiento de las naciones ha sido bastante poderoso para impedir que la lei se cumpliese en todo su rigor; pero talvez se llegó a un resultado mas eficaz por medio de largas i crueles prisiones. En las interesantes memorias de M. Robinson sobre la revolucion de Méjico se encuentran varias anécdotas curiosas que manifiestan el espíritu de venganza i de tenacidad inexorable coñ que se cumplan esas leyes. La odiosa detencion de M. Robinson mismo durante dos años i medio, sin que hubiese que reprocharle otro crimen que haberse encontrado en el país sin permiso, vale por todo comentario sobre el asunto. «El calabozo del castillo de San Juan de Ulua, dice él, en el cual fuí confinado estaba a catorce pies de profundidad debajo de la bóveda de ese castillo; recibia la luz a traves de una pequeña ventanilla con barrotes de hierro situada en lo mas alto». Uno de sus compañeros de infortunio, ciudadano de los Estados Unidos, tenia una pierna herida por el roce de los grillos; la falta de vestidos i de alimento aumentaron rápidamente el mal; la irritacion i la presion de las cadenas provocaron en la carne i en los músculos una enorme úlcera, i la pier-

na no tardó en caer en putrefaccion. En este estado, el desgraciado americano dirigió inutilmente constantes súplicas para que se le quitasen los grillos; sus carceleros se conmovieron con sus jemidos i su terrible agonía, i se le llevó al hospital. El médico examinó su horrible herida e inmediatamente escribió al gobernador que la muerte de este hombre era inevitable si no se le sacaban las cadenas. Al pié de la carta, el gobernador escribió esta respuesta digna de un caníbal: «Que los lleve miéntras respire». Pocas horas despues, esta víctima de la barbarie española dejaba de existir.

A menudo, estos desgraciados, despues de una larga detencion en las colonias, eran enviados a España i sepultados en los calabozos; despues se les deportaba a Ceuta, en Africa. Su vida terminaba allá, i no se oía hablar nunca mas de ellos. Otras veces se les enviaba a Málaga como presidarios o a otros puertos de España donde se les cargaba de cadenas, condenándolos a trabajos forzados.

En jeneral, las leyes de Indias se cumplian con extremo rigor; i era menester un concurso estraordinario de circunstancias i los poderosos alicientes del interes o del patriotismo para libertar el país de su funesta influencia.

Se preguntará naturalmente, qué causas habian producido i arraigado un sistema tan desastroso i contrario a la razon. No existia sino una sola, i esta era que España deseaba conservar para ella únicamente la esplotacion esclusiva de las riquezas del

país; los americanos no tenían derecho a la mas mínima parte de ellas ni aun la mas remota esperanza de compartirlas.

Era fácil prever que debian resultar graves males de principios i costumbres tan contrarios a la naturaleza. La reaccion que hemos presenciado era, pues, inevitable i en la decadencia i ruina final de la metrópoli se reconocia claramente una terrible pero demasiado justa compensacion a los ultrajes que ella prodigara a las colonias. El inmenso patronato ejercido esclusivamente por la Corte sobre América aplastó las libertades de la metrópoli; los tesoros ilejítimos que llegaban de las Indias, no siendo el producto de la industria española, refluian hácia otros países, sin dejar tras de sí el mas leve rastro; el comercio tiranizado, que no podia hacerse sino en beneficio de la península, anonadó su crédito, arruinó sus manufacturas i concluyó por hacerle perder el mercado de sus colonias.

Para poner en práctica este sistema tan abatido i ávido, el jenio administrativo no encontró otro medio que el de degradar en lo posible a toda la poblacion de la América del Sur. He aquí a lo que se redujo todo el esfuerzo de la avaricia española. A fin de establecer de una manera permanente estas odiosas creaciones que tantos obstáculos podian entrañar, se cubrió el pais de agentes activos i experimentados que tenían un interes directo en el mantenimiento de tal órden de cosas. Humboldt ha constatado que no existian ménos de trescientos mil an-

tiguos españoles en todas las colonias. Se emplearon todos los medios imaginables para impedir el aumento de la poblacion; el pueblo fué reunido en las ciudades, donde estaba mas al alcance de la vijilancia de los militares i las autoridades; no se le permitia constituir ninguna empresa o establecimiento industrial, lo que indudablemente habria hecho si se le hubiere dejado, segun sus intereses, dedicarse a las operaciones de su agrado. La agricultura misma fué sometida a restricciones. En 1803, durante la estadia de Humboldt en Méjico, la corte de España ordenó que se arrancaran todas las viñas en las provincias del norte, porque los comerciantes de Cádiz se habian quejado de la disminucion del consumo de los vinos españoles. En Nueva Galicia se adoptó un temperamento igual respecto de muchas estensas i florecientes plantaciones de tabaco. Se prohibió a los americanos, bajo multas considerables, sembrar el lino, el cáñamo i el azafran; el cultivo de la vid i el olivo fué igualmente prohibido, reservándose España el derecho de proveer a sus colonias de vinos i aceites. En Buenos Aires una autorizacion privilegiada permitió el cultivo de la vid i el olivo, pero solamente para las necesidades de la mesa.

Con este mismo espíritu se impidió, a pesar de las constantes reclamaciones de los habitantes, el establecimiento de colejos. Muchos ejemplos demuestran que las escuelas fueron prohibidas.

Un ministro español mui conocido decia que a un americano le bastaba saber leer i escribir, i el

rei Carlos IV espresó que no consideraba conveniente que la instruccion pública se jeneralizase en América.

El manifiesto publicado por el congreso constitucional de Buenos Aires, en Octubre de 1816, hace presente vigorosamente todos estos agravios: «Estaba prohibida, decia, la enseñanza de las ciencias liberales; no se permitia aprender sino la gramática latina, la filosofía de las escuelas i la jurisprudencia civil i eclesiástica.»

El virrei, don Joaquin Pino, habia permitido el establecimiento de una escuela de marina en Buenos Aires; la Corte desaprobó la medida i la institucion fué suprimida por una orden especial; por otra parte, se prohibió estrictamente el ir a estudiar química a Paris i el practicarla en el pais.

El cambio operado despues de la revolucion en este orden de cosas, es uno de los mayores beneficios de este gran acontecimiento. Se han establecido escuelas en todas las ciudades, cuando la guerra no ha impedido estas felices creaciones, i el deseo de ilustrarse e instruirse se esparce por todas partes. El artículo de un diario llamado «El Sol» merece a este respecto la atencion del lector.

AVISO.

Escuela Lancaster.

«Los directores tienen la satisfaccion de infórmar a las personas que han suscrito para la fundacion

de este establecimiento, que el lugar designado para la apertura es una de las salas de la inquisicion (estinguida). Es necesario que los suscritores presenten sus hijos o aquellos que deseen recomendar a don Golzalo Millan, maestro de la primera clase (director elejido por los patrones de la escuela) i que vive en la calle de Manrique N.º 2, a fin de que sean matriculados e informados del dia de la reunion.

Los suscriptores enviarán, asimismo, los niños pobres que se desee hacer entrar al establecimiento; i se dará a cada uno de ellos un certificado para acreditar que tienen derecho a ser admitidos. Si ocho dias despues del presente aviso los suscriptores no han completado el número de niños fijados por el reglamento, el director resolverá como lo estime conveniente.

Méjico, 20 de Marzo de 1822».

Otra de las ramas de la administracion pública no era ménos despótica: hablo de las esacciones conocidas bajo los nombres de impuestos, diezmos i derechos, i se cobraban con un rigor excesivo.

Los derechos sobre los metales preciosos a su salida de las minas, aunque habian sido reducidos en vista de la imposibilidad con que se tropezaba para percibir su valor nominal, fueron sin embargo hasta el último dia de la dominacion española un obstáculo insalvable para el progreso de la industria. El tabaco, la sal, la pólvora i el mercurio pertenecen por completo al monopolio real; el pueblo no podia procurarse estos artículos en proporcion a sus necesida-

des ni aun pagando por ellos un precio infinitamente superior al valor real; i el gobierno se privaba voluntariamente de una inmensa entrada que seguramente le habria procurado un sistema mas racional.

La alcabala, el mas humillante de todos los impuestos, porque se percibia sin límites, arbitrariamente, i pesaba sobre toda clase de mercaderías, oprimia a todas las clases sociales. Nada escapaba al diezmo; i cada habitante, bajo penas severísimas, estaba obligado a comprar cierto número de bulas al papa. Un individuo, por ejemplo, que no hubiese obtenido su certificado de confesion, se veia privado de la absolucion en la hora de la muerte, su testamento carecia de valor legal i sus propiedades eran confiscadas

Las leyes formaban un verdadero caos; la administracion de justicia, que aun en paises bien organizados se ve perturbada por dilaciones i defectos parciales, en la América del Sur apenas tenia una existencia regular. Se tramitaba, se escribia mucho i, sin embargo, los reos permanecian largos años en las prisiones, sin que se fallasen sus causas. No recuerdo haber encontrado un sólo individuo americano o español que no confesase francamente que en ningun caso, aunque se tratase de los intereses del gobierno, era posible obtener justicia.

Despues de esto parece inútil agregar una pintura de la triste situacion a que estaban sometidos los que se veian perseguidos por una causa política. La primera medida que se adoptaba en cada proceso era la

prision arbitraria. «Señor, me decia un habitante que habia aprendido a espensas propias lo que costaba un proceso, en primer lugar se os aprisiona; la causa no importa; se dá vuelta a la llave del calabozo, i no se acuerdan ya mas de uno.»—Cuando los patriotas entraron a Lima, los calabozos estaban llenos de presos que desde hacia muchos años los tribunales habian olvidado i contra los cuales los registros públicos no arrojaban cargo alguno.

El siguiente extracto de la «Biblioteca Americana,» núm. 5, revista periódica recientemente publicada en Lóndres, arrojará una gran luz sobre la materia:

«En América como en España, en prisiones oscuras, húmedas e infectas yacian revueltos hombres, mujeres, jóvenes i ancianos, inocentes i culpables; el criminal endurecido al lado del que habia cometido una primera falta; el patriota junto con el asesino; el simple deudor con el salteador de caminos. El desaseo, el mal alimento, una tierra húmeda i desnuda, las cadenas, recordaban en América del Sur i bajo apariencias mas repugnantes aun las costumbres de España. El alcaide de estas prisiones salido ordinariamente de las últimas clases de la sociedad, era una especie de sultan, i sus satélites otros tantos pachás los cuales decidian sin apelacion de la suerte de los desgraciados prisioneros. La pluma se resiste a describir i no hai espresion bastante vigorosa para pintar los sufrimientos de estos infelices i la crueldad de sus carceleros. Se les despojaba de todo lo

que poseian; se les prohibia el ejercicio; se les torturaba a fin de obligarlos a confesar crímenes imaginarios... En todas las prisiones, los castigos corporales eran permitidos. Tal era el estado de las cárceles o presidios en la América del Sur durante la administracion española. Un escritor chileno ha pintado despues de la revolucion un cuadro exacto i conmovedor del sistema que a este respecto se observaba en su pais. «Entre nosotros, dice, se arrestaba a un individuo no para tratar de atraerlo al bien sino para hacerlo sufrir; no para hacerlo trabajar sino para acostumbrarlo a la ociosidad; no para hacerlo servir de ejemplo a los otros sino para ultrajar sus sentimientos.

Encontramos, visitando una prision, varias centenas de hombres cubiertos de harapos o enteramente desnudos; sus facciones estaban estenuadas i marchitas semejando mas bien espectros encadenados que hombres; temblaban a la aproximacion del insolente alguacil que los golpeaba i los ultrajaba a su antojo. A estos desgraciados, flacos como esqueletos, se les daba una alimentacion que los mendigos habrian rechazado con repugnancia.»

La poblacion de Lima se elevaba a setenta mil habitantes, i no habia sino dos prisiones estrechísimas. La falta de espacio agravaba la situacion de estos desgraciados; bajo el virreinato de Abascal se construyó la mas horrible de las prisiones de esta ciudad. Los calabozos fueron cavados bajo la tierra de modo que un hombre no pudiese estar en una

postura natural. Una muchedumbre de individuos víctimas del despotismo languidecieron en estos agujeros durante muchos años i cuando la revolucion les abrió las puertas i los hizo salir, no estaban en estado de trabajar, aquejados de males incurables. El pueblo llamaba a estos subterráneos *infiernillos*, i subsistieron hasta un año despues de la promulgacion de la constitucion española; un decreto de San Martin los abolió el 19 de Diciembre de 1831. Yo estaba en Lima cuando él los visitó el 15 de Octubre precedente; fué acompañado de los jueces i de otros funcionarios públicos quienes le entregaron una lista con los nombres de todos los prisioneros i la naturaleza de sus crímenes. Escuchó con atencion lo que cada preso quiso decirle para su justificacion; hizo poner en libertad un gran número de ellos contra los cuales no habia pruebas suficientes i ordenó que se les diesen alimentos mas sanos a los que quedaban; nombró tambien una comision encargada de oir i precisar los motivos de acusacion en el plazo de veinte dias. Muchos de estos desgraciados estaban presos hacia largo número de años. Las prisiones de Lima fueron administradas en adelante en virtud de reglamentos mas sabios i filantrópicos.



CAPÍTULO XXII

Continuacion del capítulo anterior.—Sistema comercial.—Papeles importantes encontrados en Lima.—Instrucciones de un virrey con ocasion de los socorros que el gobierno habia acordado a un buque náufrago.—Correspondencia detallada i curiosa.—Monopolio.—Contrabando armado.—Sus felices resultados.—Resúmen.—El pró i el contra.—Influencia que la relijion católica ha ejercido sobre estas rejiones.

En tiempo de la colonia, el sistema comercial habia sido organizado con el mismo criterio que las demas partes de este monstruoso rodaje administrativo i político. El antiguo principio de que la América no existia sino para satisfacer los intereses esclusivos de la madre patria, dominaba en todos los órdenes de la administracion pública; i no tenia otro fin que el de llevar a manos españolas todos los tesoros de la América del Sur, prohibiéndoles, al mismo tiempo, a los criollos el que se procurasen los objetos de consumo que España no producía. Ningun sud-americano podia poseer un buque ni recibir carga a consignacion. Ningun extranjero podia residir en

el país; i estaba prohibida tambien la explotacion en las colonias de todo capital, que no perteneciese a súbditos españoles. No se permitia a los buques extranjeros que recalasen, en ningun puerto; la hospitalidad debida a todo buque náufrago era tambien rehusada; en estos casos, el buque se declaraba buena presa i a los hombres i el equipaje se les reducía a prision.

Despues de la rendicion de Lima, los patriotas se apoderaron de muchos documentos i papeles del gobierno que ofrecian gran interes. De estos algunos han sido publicados, i el público ha podido conocer el espíritu del sistema colonial español. Ha llamado la atencion, entre estos documentos, un extracto de la memoria administrativa de don Teodoro de la Cruz, virrey del Perú i de Chile durante los años de 1784 a 1790, que el mismo habia redactado para instruir a su sucesor. Con motivo de un buque americano de Boston que impulsado por vientos contrarios se vió obligado a refugiarse en Juan Fernández, entra en minuciosos detalles como si se tratase de la misma vida de las colonias. Aquel buque habia perdido uno de sus mástiles; su timon estaba roto, i carecia de agua i de leña. El virrey refiere que el gobernador de la isla envió un bote al buque, donde se le informó que no tenia carga a bordo, que se encontraba en mui mala situacion, i que despues de haber vacilado acerca de la conducta que deberia observar, se habia decidido por la hospitalidad, dándole permiso para que reparase sus averías e hiciese

sus provisiones de agua i de leña, a fin de que pudiese darse a la vela. «En mi respuesta al gobernador, dice el virrey, yo le manifesté mi descontento por el perjuicio que causaba al servicio del rey autorizando a un navío extranjero para que abandonase el puerto. Le notifiqué que su deber habria sido en esta ocasion el apoderarse del buque americano, detener los hombres i el equipaje i enviar, en seguida, un informe a su superior jerárquico, el capitán jeneral de Chile, cuyas órdenes deberia haber esperado. No le disimulé que me sorprendia mucho que el gobernador de una isla ignorase que todo buque extranjero que echase el ancla en esos parajes sin un permiso espreso de nuestra corte, debia ser tratado como enemigo, aunque perteneciese a una nacion aliada de España; i de acuerdo con la ordenanza de 25 de noviembre de 1692, di orden para que se apoderasen del navío americano, i de su equipaje si volvía a encontrársele. Al mismo tiempo, escribí al virrey de Nueva España dándole cuenta de este acontecimiento i pidiéndole enviase jente en persecucion del buque. Por último le pedia que dirijiese al rei una relacion circunstanciada de este acontecimiento.» El capitán jeneral de Chile, por su parte, escribió al virrey justificando la conducta del gobernador de la isla i apoyando su representacion en un tratado existente entre España i Estados Unidos que obligaba a esta a prestar socorros a los buques en peligro i en una ordenanza de las leyes de Indias dictada con este mismo objeto. El virrey, fiel a los reglamentos comer-

ciales, replicó a la representacion del capitan jeneral, recordándole la ordenanza ya citada mas arriba i le reprochó a él i a la audiencia por no haber fijado su atencion en que ese artículo de las leyes de Indias no era aplicable sino a las posesiones, a los puertos i costas de su majestad católica en la América del norte, donde las potencias extranjeras tenian algunos establecimientos, i no a las costas del mar del sur donde ellos no tienen ni deben tener ningun interes que obligase a sus navíos a doblar el Cabo de Hornos, o a pasar los estrechos de Magallanes o de Lemaire. El virrey agregaba que, a consecuencia del asunto del buque de Boston, habia enviado con toda reserva a todos los funcionarios españoles de la costa del Perú una circular terminante para que impidiesen a todo buque extranjero que anclase en los puertos, ordenando tambien a las autoridades locales que empleasen la astucia para apoderarse del buque i de la carga, en caso de contravencion. En seguida agregaba: «En prevencion de que los extranjeros pidan provisiones o quieran emplear la fuerza, es preciso enviar al interior del país los animales i los productos que se encuentren en las haciendas vecinas i que podrian facilitarles socorros; recomienda tambien colocar vijías sobre las montañas que dominan las costas a fin de estar prevenidos inmediatamente de la aproximacion de navíos» Yo tenia nuevos motivos para redoblar las precauciones, agrega el virrey, porque un buque español llegado últimamente al Callao, me habia informado que habia encontrado a

50 grados de latitud sur un buque ingles que pretendia dedicarse a la pesca de la ballena».

Si España hubiese estado en guerra con Estados Unidos y con Inglaterra, no habria tomado medidas mas estrictas i hostiles. Esta agitacion que se prolonga en toda la costa de Nueva España, el Perú i Chile a la noticia de la aparicion de un buque americano desmantelado i en peligro, pinta de sobra la sombría suspicacia que presidia el gobierno de las colonias. La verdad del cuadro se hace mas notable por ese terror de un virrei del Perú que considera el encuentro casual de un ballenero ingles como una causa de alarma bastante poderosa para enviar órdenes detalladas a todas las autoridades desde Guayaquil hasta Iquique de que vijilen cuidadosamente los buques extranjeros.

Este ejemplo, que no es el único en su jénero que podria citarse, es curioso i característico porque demuestra los obstáculos que el Gobierno oponia al progreso de los americanos debelando con toda claridad i en toda su estension el sistema cruel i restrictivo adoptado como regla de conducta en lo referente a los intereses de los colonos que no eran tomados en cuenta para nada.

Este Gobierno creia que los americanos habian nacido única i exclusivamente para esplotar los tesoros de América i entregarlos a los españoles. Si se hubiera podido dedicar al mismo trabajo a los animales salvajes que cubrian el pais, los habitantes nada habrian tenido que hacer i ese habria

sido el mas hermoso ideal de su sistema de colonizacion. Desgraciadamente para este sistema, el peso de las cadenas no habia ahogado en el corazon de los habitantes de la América del sur las aspiraciones de todo ser humano, i apesar de su degradacion, la naturaleza les recordaba que ellos tambien tenian derecho a las satisfacciones de la vida; comprendieron al fin que los españoles no podian ni querian proporcionarles en cantidad suficiente todo aquello que necesitaban para vivir cómodamente i entónces acudieron a las demas naciones en demanda de lo que les hacia falta i éstas no tardaron en prestarles auxilio. Insensiblemente se encontraron medios para burlar la aduana. La forma que se empleaba merece especial mencion, i era conocida bajo el nombre de contrabando o de comercio forzado. Buques armados en guerra i con numerosa tripulacion abrian a viva fuerza en las costas, si era necesario, una brecha para sus mercancías.

Los holandeses, los franceses, portugueses, ingleses i hasta americanos del norte habian organizado este estraño sistema de comercio armado. En toda la América del sur, de esta manera, inmensos mercados se abrieron a los productos europeos; i a pesar de la inevitable elevacion de los precios i las dificultades del comercio, los criollos fueron adquiriendo poco a poco el gusto de los objetos de lujo i de adorno. En la lucha de los patriotas contra la madre patria, las necesidades no satisfechas de estas superfluidades, comprendidas por el pueblo, contribuyeron

al incremento de la revolucion. Aparte de las mercancías, el contrabando introducía tambien el jérmen de los primeros conocimientos políticos; i fué en vano que la inquisicion desplegase sus rigores i que la iglesia, secundada por el gobierno, redoblase su vijilancia armada con la espada de la lei entre estos huéspedes peligrosos. Poco a poco, los extranjeros por medio del cohecho i validos de diferentes artificios penetraron en el pais; la intelijencia de los naturales principi6 a desarrollarse, con gran desesperacion de los españoles, quienes despreciando siempre la opinion pública, consideraban la fuerza como el único resorte del gobierno.

Es difícil designar una época precisa al desenlace que preparaba esta lenta importacion de conocimientos, si otras causas no hubiesen precipitado a los americanos a proclamar sus verdaderos derechos. La catástrofe, que estalló prematuramente talvez en algunas rejiones del pais, fué provocada por circunstancias imprevistas; i los criollos, rompiendo cadenas con inesperada i terrible enerjía, desmintieron de una vez por todas las crueles calumnias que sus amos los españoles habían hecho circular sobre el carácter de los americanos.

La libertad de comercio es el resultado mas importante que ha producido el nuevo órden de cosas. Pero no es ménos notable la libertad de la prensa, o de una prensa relativamente libre; ella se ejercita principalmente en los diarios que han aparecido i aparecen constantemente donde el antiguo réjimen

ha sido abolido. Estas hojas dan noticias, se ocupan de las discusiones políticas del dia, sus columnas vienen a menudo llenas de extractos traducidos del ingles i del frances, lo que ántes, como se comprende, estaba rigurosamente prohibido. El pais se ve inundado de libros i folletos que tratan de asuntos locales poco importantes para los extranjeros, i tambien de ensayos orijinales o de traducciones de buenas obras estranjeras que contribuyén a ilustrar al pueblo. Esta libertad ha producido indudablemente algunos abusos; pero, en jeneral, se ve con admiracion, que personas que no tenian esperiencia alguna en este jénero de polémicas i discusiones, hayan manejado con relativa circunspeccion uu arma tan peligrosa.

Tenia primeramente la intencion de referir algunos hechos que tenderian a probar los males que la religion católica romana, desnaturalizada i corrompida por sus ministros, ha causado en estas rejiones. En mi sentir, es la supersticion la que ha perturbado en su nacimiento los principios i las costumbres de los americanos. Cuando he querido reunir los elementos de esta esposicion, mi tarea me ha parecido fecunda en resultados espantosos i, en consecuencia, de una ejecucion dificil, i despues de algunas vacilaciones, he resuelto renunciar al efecto que esperaba producir. Hai asuntos que no es posible tratarlos sin correr el riesgo de chocar violentamente con las ideas de ciertas personas que, compartiendo nuestras opiniones, considerarian que los detalles que nos ve-

ríamos obligados a esponer traerian peligrosas consecuencias; i a pesar del interes que la citacion de los hechos daria al desarrollo de mi pensamiento, me detengo por no traspasar los límites que impone la discrecion i las conveniencias. Me limito, pues, a hacer notar que la dignidad de la iglesia ha sido menoscabada i su utilidad social se ha perdido en América. Los individuos sometidos a instituciones completamente pervertidas, a reglas inventadas por la tontería i la maldad, han descendido a los últimos escalones de la especie humana; las costumbres, los hábitos de la vida privada han sido manchados i corrompidos. Felizmente el verdadero carácter i las inclinaciones del pueblo en Sud-América tienen por base la razon i la docilidad; i es de creer que a consecuencia de las innovaciones políticas que han cambiado la faz de los negocios, la gran mayoría de los americanos hayan abierto los ojos a los abusos que entorpecian su felicidad social, i hacian, al degradarlos en su propia opinión, mas fácil la obra de la tiranía.

Yo no he hablado del tratamiento que se daba a los indios; me ha sido imposible comparar su estado actual con su condicion pasada, i la falta de observaciones personales, me obliga a callarme en este punto. Cualquiera que sea, los nuevos gobiernos han abolido el impuesto tiránico de la capitacion i el del trabajo forzado o *mita*, que era mas vejatorio aun. Los decretos publicados en todos los nuevos estados, reconocen espresamente a los indios como

ciudadanos libres, haciendo mencion de las leyes que los escluian de los empleos de confianza i los priva-
ba del derecho de declarar en juicio como testigos.

Hoi todos los ciudadanos, cualesquiera que sea la clase a que pertenezcan, pueden trasladarse i establecerse donde quieran. Esta facultad contribuye a que la poblacion se estienda i aumente con rapidez. Los indios reconocen que sus intereses están ligados estrechamente a los de los demas habitantes i lazos de amistad i de familia se formarán entre los dos partidos en beneficio de la poblacion en jeneral.

La América del Sur ofrece a la industria de sus hijos innumerables elementos de todo jénero. La reaccion, como lo enseña la historia de todos los pueblos, es inevitable despues que el cetro de la tiranía acaba de destrozarse; sus efectos son incalculables, i en estos paises debe ser prodijiosa. Es posible que los movimientos militares i la actividad que ellos esparcen en estas rejiones no traigan como consecuencia perturbaciones, dando al pueblo ocasion para reflexionar i obrar maduramente, en lugar de arrojarse precipitadamente sin ninguna transicion de un estado de esclavitud al goce completo de la libertad civil i así contribuirán ellos a procurar a los americanos una situacion estable fundada sobre sabias leyes.

Debemos, al terminar este capítulo, en interes de la verdad, presentar el reverso del cuadro que hemos tratado de bosquejar. Apesar de los abusos que entorpecian la marcha de la administracion de la Amé-

rica del Sur, es justo decir que los españoles han hecho algunos bienes a este pais.

En la época de la conquista, los indíjenas comparados con lo que son actualmente, estaban en un estado de completa barbarie; sus conocimientos se reducian a algunas groseras nociones de agricultura. La forma de su gobierno era despótica, vejatoria i miserable. Ignoraban en absoluto las artes i las ciencias. En sus usos i costumbres no se diferenciaban de los salvajes; su relijion, si puede dársele este nombre, era una ciega idolatría que los sacrificios humanos hacian mas repugnante. La relijion cristiana ha destruido hace largo tiempo esas crueles i bárbaras prácticas; las tribus indíjenas que no han renunciado a la idolatría no ofrecen ya hombres en holocausto a sus divinidades. Los conocimientos i la industria de los europeos han introducido costumbres mas puras. Leyes que debian ser protectoras ayudadas por el empleo de un hermoso idioma, las comunicaciones mas frecuentes con el resto del mundo, han elevado insensiblemente los estados de la América del Sur al rango de las naciones civilizadas. Móviles de accion mas nobles, resultados de un gusto mas puro, dieron naturalmente nacimiento a las artes i a esas satisfacciones de la vida apropiadas a las nuevas necesidades de las jeneraciones sucesivas de los colonos que insensiblemente han llegado al punto en que hoi aparecen a la faz del mundo civilizado.

Nuevas i estensas ciudades, puertos rodeados de fortalezas, vias de comunicacion que unen a las di-

ferentes provincias i que han hecho viables las cimas de los Andes, se han construido por doquiera. Las riquezas estráidas de las minas de oro i plata se han esparcido entre las otras naciones. Con los progresos de la agricultura, se han recibido las mas ricas producciones de los otros paises, tales como la caña, la viña i el olivo, cuya inmensa importancia para el suelo fértil de un pais nuevo ha sido bien esplicada por los honores divinos hechos en la antigüedad a los hombres que por primera vez los introdujeron en Europa.

Es preciso agregar a estos dones, a los cuales debe América sus abundantes cosechas, los otros presentes de que ella es deudora a sus conquistadores, el caballo, la vaca, la mula, el cordero i el puerco; estos animales, desconocidos ántes de esta época, se han multiplicado de una manera prodijiosa.

Las instituciones civiles de estos paises, a pesar de los abusos que hemos indicado, eran, sin embargo, preferibles a las leyes groseras que rejian a los aboríjenes. Es, pues, una verdad histórica incontrastable que esta vasta parte del globo debe a los españoles todas las ventajas que distinguen la civilizacion de la barbarie, el cristianismo de la idolatria, en fin, las luces de la ignorancia.

CAPITULO XXIII

Crucero en la costa del sur de Chile en persecucion del pirata Bcnavides.—Historia de este personaje.—Es fusilado i sobrevive a la ejecucion.—Los araucanos lo toman por jefe.—Sorprende varios buques ingleses i americanos.—Trata con los españoles.—Sus proyectos.—Su escuadra i su ejército.—Obliga a los prisioneros a servir.—Evasion del capitan de un buque norteamericano.—Benavides es denunciado al comandante en jefe de la escuadra inglesa.

El 1.º de octubre de 1821 partimos de Valparaiso dirijiéndonos hácia Concepcion, ciudad situada como a 220 millas al sur. El objeto de nuestro viaje era imponernos del paradero de numerosos marinos ingleses i norte-americanos que un jefe de piratas llamado Benavides habia hecho prisioneros hacia poco tiempo. El centro de estas operaciones era Arauco, capital del territorio indíjena e independiente del mismo nombre. Este lugar está situado al frente de la isla de Santa María, una de las estaciones de los navios ingleses i americanos cuando se dedican a la caza de lobos o se detienen para aprovisionarse de

leña i de agua. Benavides se habia apoderado por sorpresa primeramente de un ballenero americano, el «Hero». Esta presa aumentó sus medios de ataque; i ayudado de los botes i de las armas de que se adueñaron, se encontró en situacion de capturar otros dos buques norte-americanos, el «Océano» i el «Hersilia» i por fin del ballenero ingles «La Perseverancia».

La historia de Benavides es mui curiosa. Habia nacido en Concepcion i sirvió durante algun tiempo en el ejército chileno, del que desertó para pasarse a los realistas. En 1818 fué tomado prisionero en la batalla de Maipo. Tenia un carácter feroz i sanguinario. Ademas de su crimen de desercion, habia cometido varios asesinatos; i, en consecuencia, fué condenado a muerte en compañía de su hermano i muchos de sus cómplices. Los culpables fueron conducidos a Santiago i fusilados. Benavides resultó herido peligrosamente, pero no murió, i tuvo bastante enerjía para hacerse el muerto. Despues de la ejecucion, se arrastró a los cadáveres fuera de la ciudad para entregarlos como pasto a los gallinazos i a los buitres. El sarjento a quien se encargó esta última operacion, era enemigo personal de Benavides, porque éste habia asesinado a algunos de sus parientes. Para saciar su odio, sacó su sable i le hizo en el cuello una gran herida. El intrépido Benavides sufrió este último martirio sin exhalar un suspiro i permaneció inmóvil hasta la noche rodeado de los cadáveres de los ajusticiados. Despues, consiguió

desprenderse del monton de cuerpos que lo rodeaban, i se arrastró en el estado mas deplorable hasta una cabaña vecina, donde fué acojido i cuidado caritativamente.

En este mismo tiempo San Martin meditaba ya su espedicion al Perú i buscaba hombres resueltos para que le acompañasen. Supo que Benavides vivia; conocia sus talentos, su valor i lo creyó capaz de secundarlo en la ejecucion de sus proyectos realmente temerarios. En sus principios, verdadero tiempo de prueba, le importaban poco para llegar a sus fines los instrumentos de que se servia. Se ha asegurado tambien que este audaz bandido informó a San Martin de su existencia invitándolo al mismo tiempo a una conferencia secreta que debió haber tenido lugar a media noche en la plaza de Santiago.

La señal para reconocerse debia ser tres rastrillos de fusil de chispa, medio suficientemente visible para conocerse i no despertar sospechas. San Martin fué a la cita solo, armado de un par de pistolas; Benavides se le habia anticipado, llevando tambien sus armas. Despues de una larga conferencia, el jeneral patriota tomó a Benavides a su servicio, conviniéndose en que éste entraria provisionalmente en el ejército que Chile habia enviado al sur contra los indios araucanos, que regresaria al lado de San Martin para acompañarlo a la espedicion libertadora del Perú.

Benavides habia sido mal comprendido; no tardó en tener dificultades con el jeneral chileno, i poco

despues cambió una vez mas de partido, pasándose al servicio de los indios que lo recibieron como correspondia a hombre tan afamado por su valor i enerjía. La esperiencia que tenia de la guerra i su ferocidad natural, le dieron sobre los araucanos un gran ascendiente, i fué nombrado por ellos comandante en jefe de sus tropas. No tardó en reunir fuerzas considerables; asoló las fronteras de Chile situadas a lo largo de la orilla derecha del Bio-Bio, causando innumeraoles perjuicios a los chilenos, cuyas huéstes estaban concentradas en el norte para la expedicion al Perú, i que por esta causa no podian oponerle mas que una débil resistencia.

Benavides sacó partido de las circunstancias; sus felices incursiones al sur de Chile habian aumentado su prestigio entre los araucanos; i soñó que era nada ménos que un poderoso monarca i que correspondia a su dignidad tener una escuadra como ya tenia un ejército. En consecuencia, ayudado de sus audaces aliados, se apoderó de varios buques. Sorprendió durante la noche al buque ballenero «Hero» i poco despues el brick americano «Hersilia», que de regreso de Nueva Zelanda estaba anclado en una pequeña bahía en la isla de Santa María situada al frente de la ciudad de Arauco, capital de la provincia i teatro de una lucha terrible entre los antiguos españoles i los indios independientes de ese territorio. Los marineros, sin desconfianza alguna, se ocupaban tranquilamente en cazar focas en la isla, cuando una banda armada salió de los bosques i los

asaltó repentinamente, i despues de ligarles las manos los dejó sobre la ribera vijilados por un destacamento. Los compañeros de Benavides se apoderaron enseguida de los botes, abordaron el brick i sorprendieron al capitan i a cuatro hombres que habian quedado al cuidado del buque; despues trajeron los otros prisioneros i los arrojaron juntos al fondo de la cala, cerrando las escotillas. Por fin levaron anclas i se dirijieron triunfalmente a Arauco.

Benavides los recibió al ruido de las descargas i de las salvas de la mosquetería, con el pabellon español desplegado. A la noche siguiente, el capitan i sus hombres fueron conducidos a alguna distancia de la ciudad, donde Benavides les pasó revista, despojándolos de todo lo que poseian. Durante esta ceremonia, se les amenazaba con sables i las pistolas al pecho. Por la mañana fué a ver a estos desgraciados i ordenó que fuesen conducidos a la ciudad; i habiendo reunido a los principales habitantes, los invitó a tomar a los prisioneros como sirvientes. No habiendo encontrado amos el capitan i cuatro marineros, Benavides dejó a aquel a su servicio i a éstos los repartió entre algunos de sus subordinados, amenazándolos con la muerte si los dejaban escapar. Poco tiempo despues se reunió de nuevo a los prisioneros i se les obligó a servir como soldados entre los piratas, i ellos consintieron en la conviccion de que si rehusaban serian ejecutados.

Un mes trascurrió despues de estos acontecimientos. Benavides tripuló el *brick Hersilia*, parte con

sus jentes i parte con el antiguo equipaje i lo envió a la isla de Chiloé, a fin de pedir socorros a los españoles. El buque estaba a las órdenes de un marino al cual se significó que en caso de traicion, el capitán i los demas prisioneros serian ejecutados. Esta amenaza produjo el efecto que se esperaba; el *brick* hizo una feliz travesía, i a su regreso trajo un cañon de a 24, cuatro de a 6, dos piezas de campaña, municiones, once oficiales i veinte soldados. Este socorro venia acompañado de una carta mui halagadora, pues el gobernador de Chiloé, como bueno i leal español proporcionaba armas contra los patriotas, no preocupándole en nada el carácter moral ni la conducta privada de su aliado.

El ballenero ingles *Perseverance* fué tambien capturado por Benavides. Esta captura fué seguida, en el mes de Julio, de la del brick americano *El Océano*, que llevaba a bordo varios miles de fusiles. *El Océano* habia sido fletado para ir de San Francisco a Lima, i la falta de agua lo habia obligado a recalar en la isla de Santa María, donde fué sorprendido por Benavides.

Tales éxitos no podian dejar de deslumbrar i enorgullecer a este pirata. Concibió entónces la idea de organizar un ejército regular i de marchar contra Santiago, al mismo tiempo que su flota bloquearia a Valparaíso; i así Chile debia ser conquistado en poco tiempo. Entónces numerosos obstáculos entorpecieron la ejecucion de este plan: le fué, en primer lugar, mui difícil sacar partido de los marineros cau-

tivos; pero una disciplina severísima los aterrorizó de tal manera que ellos principiaron a habituarse al manejo del mosquete i a las evoluciones i durante algun tiempo no se atrevieron a desertar. El capitán de la *Perseverance*, que habia tratado de escaparse, fué degollado, i poco despues un marinero que se desertó fué mandado descuartizar por órden de Benavides, i se espuso su cadaver para que sirviese de ejemplo a los otros prisioneros.

Benavides, a pesar de su notoria ferocidad, no estaba desprovisto de talentos: poseia actividad, recursos i una enerjía poco comun. Las picas i los arpones de los balleneros fueron convertidas en lanzas para la caballería; las velas dieron tela para hacer pantalones i ropa para mas de la mitad de su ejército; los carpinteros construyeron furgones i calafatearon sus lanchas; los armeros, continuamente ocupados, repararon los fusiles e hicieron lanzas, i supo así sacar partido de los conocimientos de cada uno de sus prisioneros. Los oficiales no eran maltratados; Benavides les acordaba permiso para vivir en sus casas i les consultaba siempre sobre la organizacion i equipo del ejército. Paseándose un dia con el comandante del *Hersilia*, se felicitaba porque su ejército estaba por fin organizado; no le faltaba, segun decia, mas que un objeto, pero un objeto esencial, i este era cornetas para la caballería.

«Estos bravos, decia, si no oyen a cada evolucion el ruido de los clarines, no creerán jamas que son dragones; si no se les anima con la corneta, hombres

i caballos no harán nada bien. I es preciso, continuaba, que yo las supla por medio de alguna invencion». El capitán, por atraerse la buena voluntad del pirata, despues de haber reflexionado un instante, le sujirió la idea de fabricar cornetas con las hojas de cobre que cubrian los cascos de los buques capturados. «Teneis razon, le contestó Benavides, ebrio de alegría. ¡Cómo no habia yo pensado en eso!» Los armeros se pusieron inmediatamente a la obra bajo su vijilancia personal; i ántes de la noche el campamento resonaba con el rumor de las trompetas guerreras.

Es difícil concebir qué habria podido esperar Benavides del auxilio de estos piratas forzados en una accion de guerra; porque aun en las marchas no los perdía de vista un instante i marchaban custodiados por una escolta de jinetes que tenian órden de atravesarlos con sus lanzas a la primera tentativa de evasion; i fué así como los llevó varias veces al interior del país.

El capitán autor del brillante descubrimiento de la fabricacion de trompetas, principió a captarse la confianza i el aprecio de Benavides, quien le habia acordado un poco de mas libertad que a sus compañeros; i naturalmente, él trataba de buscar los medios de fugarse. Por fin se le presentó una ocasion; sorprendió dos botes cerca de la ribera i partió con el contramaestre del «Ocean» i nueve marineros de su propio buque. Antes de alejarse de la costa tuvieron la precaucion de hundir todos los demas botes que podian servir para que los persiguieran. Lle

garon a la isla de Santa María, a pesar de que Benavides, que no tardó en apercibirse de su fuga, encontró medios para correr en su persecucion; pero ellos le llevaban tal ventaja que le fué imposible capturarlos. Los fujitivos permanecieron algun tiempo en esta isla, viviendo miserablemente de las focas que cazaban, i por fin encontraron medios de llegar a Valparaiso. El capitán dió cuenta de lo ocurrido a sir Tomas Hardy, comandante en jefe, quien tomó la resolucion de enviar un buque a fin de libertar, si era posible, a los otros prisioneros. Yo fuí encargado de esta comision; i el jefe de la escuadra de los Estados Unidos, no teniendo buque disponible en ese momento, convino en que yo obraria en nombre de los americanos i de los ingleses. El capitán i el contramaestre del «Hersilia» se ofrecieron como pilotos, i sus servicios me fueron mui útiles por su celo i su conocimiento de los lugares.

Benavides, segun las circunstancias, tomaba el título de oficial español; a menudo enarbolaba el pabellon de esta nacion; pero, jeneralmente usaba una bandera de su invencion, como jefe de la nacion araucana, absolutamente independiente de España. Su título de oficial español i los socorros que habia recibido de la isla de Chiloé, hacian que la situacion de los neutrales a su respecto fuese en extremo embarazosa i delicada. Yo tenia instrucciones de no emplear ninguna medida que pudiera irritar a uno u otro partido; debia ocuparme especialmente de libertar a los prisioneros evitando el comprometer la neutralidad del Gobierno ingles.

CAPÍTULO XXIV.

Bahía de Concepcion.—Talcahuano.—Realistas emigrados.—Proteo político.—Sitios pintorescos.—Desastres de la guerra.—El Bio-Bio.—Ciudad de Concepcion.—Incendio que arruinó esta ciudad.—Estado miserable de los habitantes.—Penco.—Carbon de piedra.—Noticias de Benavides.—Ventaja de un tratado con los araucanos. Entusiasmo de los naturales al aspecto de las bellezas de la naturaleza.—Compras diversas.—Vista jeneral del territorio de Concepcion.

En esta estacion, el viento sopla constantemente del sur, lo que hace la travesía de Valparaíso a Concepcion estremadamente larga. Aunque la distancia no sea sino de doscientas millas, empleamos siete dias en llegar a nuestro destino. Al aproximarnos a la costa, percibimos con alegría elevadas montañas cubiertas de bosques desde la base hasta la cima, i hacia mucho tiempo que no contemplábamos estos paisajes.

La bahía de Concepcion tiene la forma de un cuadrado abierto al norte; las costas del sur i del oeste las forman un promontorio que se avanza hácia el

mar i se encorva formando un recodo; cada lado puede tener dos o tres leguas de largo.

Talcahuano, pequeña ciudad protegida por un fuerte en ruinas, es el puerto de Concepcion i ocupa el ángulo sud-oeste de la bahia. La ciudad nueva, está situada a una legua al interior, a cinco o seis millas de Talcahuano.

Un navío estaba anclado en el puerto. Venia cargado de realistas chilenos. Estos desgraciados se habian refugiado en el Perú, cuando las armas de San Martin dieron la libertad a su patria. La fatalidad los habia perseguido hasta Lima; i entónces tomaron la resolucion de volver a su patria i de entregarse a merced de los patriotas. I ahora llegaban como extranjeros a la tierra que los habia visto nacer, encontrando, como lo suponian ya, sus propiedades invadidas; i no sabian adonde dirigirse. Bajé a tierra acompañado de un guardia marina, con la intencion de dirigirme a Concepcion. Encontré en la playa al capitan del buque que habia traído a los emigrados realistas; lo habia conocido en Lima como un ardiente realista i lo encontré convertido en patriota furibundo; esta metamórfosis me divirtió mucho. La verdad es que él no se diferenciaba en nada de muchos otros individuos de este pícaro mundo; su fin único era ganar dinero, no importándole un ardite uno u otro partido.

Este Proteo norte americano nos condujo a casa del gobernador de Talcahuano. Este funcionario nos recibió con una ostentacion de dignidad que forma-

ba contraste bien divertido con la poca estension de sus dominios. Nosotros le espusimos la necesidad que teníamos de caballos; nos contestó en pomposos términos que iba a emplear toda su influencia para procurarnos los corceles que deseábamos.

Esperando el cumplimiento de sus brillantes promesas, recorrimos la ciudad i las fortificaciones; éstas caian en ruinas. Se me dijo que ellas habian sido reparadas mui recientemente. Las lluvias que en esta rejion caen con mucha violencia, destruyen rápidamente todas las obras que no son de piedra.

A nuestro regreso a casa del gobernador, los caballos no habian llegado, i, ademas, no pudimos averiguar el paradero de su excelencia. Contrariados por este tropiezo, entramos a un edificio de hermosa apariencia; el dueño de casa leia tranquilamente; varias señoras lo rodeaban ocupadas de las labores de su sexo. Se nos invitó políticamente a sentarnos. En medio de la conversacion hablamos de nuestro contratamiento. Nuestro huesped, encantado, nos dijo, de nuestra atencion en hacerle aquella visita, i agradecido talvez por nuestra cortesia hácia su esposa, que no era ni jóven ni bonita, nos ofreció prestarnos caballos, i al mismo tiempo nos dijo misteriosamente que el gobernador habia querido probablemente burlarse de nosotros.

Los libros de jeografía pretenden que Talcahuano es una ciudad mui bien fortificada; pero se ha dejado arruinar las obras de defensa, de las que no queda sino un foso poco profundo i mui estrecho, sobre el

cual hai un puente levadizo que pasamos a caballo, temiendo que se derrumbase bajo nosotros. El centinela que estaba de guardia tenia un aspecto bien triste con su uniforme andrajoso. En la batería se leia la palabra: Torre.

Mas allá de la barrera, tomamos un camino bastante largo que nos condujo a unas colinas cubiertas de verde pasto i desde los que se descubria una hermosa vista. En el interior, las montañas aparecen cubiertas de vejetacion i de verdura i entre los claros que habia entre ellos divisábamos estensos potreros i bosques de variados matices. El conjunto del paisaje nos recordaba los mas hermosos parques de Inglaterra.

Pregunté al guia por qué un pais tan hermoso i fértil se veia tan desierto. I este hombre, que no carecia de intelijencia, nos hizo una relacion larga i detallada de las guerras crueles de que su tierra ha sido el principal teatro durante tantos años, primero cuando los chilenos se sublevaron contra los españoles para conquistar su libertad, i despues cuando el feroz Benavides, a la cabeza de los araucanos, invadió el territorio chileno. El cambio constante de jefes i gobiernos ha causado a los desgraciados habitantes males irreparables. Los dos ejércitos beligerantes se llevaban los ganados i algunas veces los hombres, quemaban las casas, destruian los cierros i esparcian por do quiera el terror i la devastacion. En muchas partes descubríamos todavía los vestijios de las habitaciones saqueadas. Ricos pastales, espa-

cios considerables de terreno para el cultivo, estaban abandonados; no se veian habitantes, ni vacas, ni corderos. La guerra habia desolado en poco tiempo este pais fértil, que parecia tan solitario como los desiertos de la costa del Perú.

A una media legua de Concepcion, se divisa el Biobio, gran rio que en esa parte tiene dos millas de ancho. De una altura vecina se descubren todas las sinuosidades de su curso durante varias leguas, hasta que se pierde de vista entre las montañas.

El aspecto de la ciudad de Concepcion guardaba armonía con la desolacion de los campos que la rodeaban: las iglesias estaban arruinadas, las calles en un estado tan miserable que llegamos sin notarlo a los arrabales.

Toda la parte de la ciudad que habia sido quemada i reducida a cenizas, estaba cubierta de yerbas silvestres i matorrales. Aquí i allá se veian edificios que habian sufrido ménos i que hacian resaltar mas todavía las ruinas que los rodeaban. ¡Cuan estraña irregularidad en todo lo que la vista abarcaba! Aquí patios i habitaciones de servicio cuyas casas habian desaparecido; mas allá casas cuyas dependencias se veian destruídas. Cerca del centro de la ciudad, una magnífica portada artísticamente esculpida, atrajo nuestra atencion; se nos dijo que era el edificio del obispado, del que no quedaba sino esa puerta. Muchas casas que estaban aun en pié, permanecian abandonadas; i tal es la fuerza de la vejecion en estas rejiones, que la mayor parte de estos

edificios estaban completamente cubiertos de espesos matorrales, de plantas trepadoras i de flores silvestres. En las calles la yerba crecía hasta la altura de la rodilla, i la plaza, que ántes era el lugar de cita de los paseantes, ahora estaba quieta, silenciosa i desierta como una tumba. En su extremo, se veía la catedral en ruinas; toda la parte occidental se había caído i las demas murallas amenazaban desmoronarse pronto. En un rincón de esta plaza solitaria se veía un campesino envuelto en su poncho, apoyado en el único trozo de pared que quedaba de la catedral; i, en un ángulo solitario de estas ruinas, cuatro o cinco mujeres sentadas al rededor de un buen fuego cocían sus alimentos suspendiéndolos al humo sobre las cenizas ardientes.

En algunas calles estrechas se encontraba mas jente; pues, a pesar de su miseria, la ciudad no estaba completamente desierta. El corto número de habitantes que había sobrevivido a los desastres, se había reunido para sostenerse i consolarse mutuamente.

El gobernador nos recibió mui políticamente, i nos comunicó todas las noticias que sabía. «Benavides, nos dijo, ha pasado el Biobio en Monterrey, lugar situado a veinticinco millas al norte de Concepcion; ahora marcha sobre Chillán. Tiene bajo sus órdenes mil trescientos hombres, contando los marineros ingleses i americanos hechos prisioneros en Arauco.» Nos dijo tambien que un fuerte destacamento partido de Concepcion había avanzado con-

tra Benavides. «Estas tropas, agregó, reunidas a las de Chillan son suficientes; i no es probable que Benavides escape ahora al castigo de sus crímenes. Este bandido no da cuartel, pero los chilenos no toman represalias; por este lado no teneis que temer por vuestros compatriotas».

Yo deseaba buscar un mensajero indijena para ponerme en comunicacion con este bandido o, por lo ménos, con sus prisioneros; pero el gobernador se opuso. Se admiró de que yo hubiese podido pensar que fuese conveniente o posible entablar negociaciones con un bandido que, decia, no era sino una bestia feroz que habia que tomarla a la fuerza. Como el gobernador esperaba luego noticias del teatro de la guerra, resolví quedarme dos dias mas, i aproveché este tiempo en estudiar la bahía de Concepcion.

Envié, pues, un oficial al mando de varios botes para que examinase i sondeara los diversos fondeaderos, i durante estas operaciones, el buque se dirijió hácia varios pequeños puertos situados al rededor de la bahía. El primero, Penco, es una pequeña aldea edificada sobre el plan de la antigua ciudad de Concepcion, que fué destruída en 1751 por una inundacion del mar acompañada de un temblor de tierra. Entónces la nueva ciudad fué reedificada mas al interior; su actual posicion, en el centro de unos terrenos bajos, hace temer que un nuevo temblor de tierra le cause desastres tan terribles como la primera vez. Como se nos habia asegurado que el lugar

abundaba en minas de carbon, tomamos un guia para que nos condujese a ellas. No habiamos recorrido una milla hácia el interior, cuando vimos varias escavaciones de las que se estraia esta sustancia sin ninguna dificultad. Las capas de carbon eran espesas i parecian estenderse bastante léjos. Es probable que con cuidado e intelijencia, esta esplotacion podrá adquirir gran incremento.

Cuando nos dirijiamos a las minas, nos encontramos con un campesino mui intelijente, que nos propuso ser nuestro guia; su conversacion nos interesó mucho por la relacion que nos hizo del estado actual i pasado del pais. Habia sido capataz de un fundo. Su amo habia perdido, con la guerra, toda su fortuna, i actualmente estaba tan pobre como su sirviente. Sus campos producian varios miles de fanegas de cereales, que alimentaban a numerosos inquilinos. «Los campos, agregó, están ahora cubiertos de malezas; los cercados i las casas han sido destruídas; el ganado se lo han llevado i los inquilinos han emigrado quien sabe a donde. El que quisiera ahora sembrar o criar ganado, no tendria seguridad ninguna de recojer el producto de su trabajo. I esta situacion continuará hasta que termine la guerra i uno pueda tener seguridad para su persona i sus bienes; porque nadie en estos tiempos de desastres quiere quedarse en estos lugares tan fértiles.» Este campesino humilde i sin instruccion, demostraba al hablar de su tierra natal i de las bellezas de su suelo un

sentimiento delicado i profundo que me admiró. Se detenía ante todos los sitios pintorescos haciéndonos notar las bellezas que contemplábamos. La admiración que manifestábamos en alta voz ante los paisajes que se ofrecían a cada paso a nuestras miradas, parecía causarle una íntima satisfacción que le hacía olvidar sus infortunios. Talvez jamas habia encontrado esta simpatía que correspondía a sus propios sentimientos, i no sabia como demostrarnos su alegría i su reconocimiento.

Los indíjenas del centro de Chile son valientes i emprendedores; sin embargo su carácter es ménos belicoso que el de sus vecinos del sur, los indios de Arauco, que fueron a menudo vencidos por los españoles, pero jamas domados. Cuando el gobierno de Chile estaba en manos prudentes i discretas, se pactaba ordinariamente un tratado con los araucanos; pero, aun que estas alianzas ofrecieran muchas ventajas para los dos partidos, el gobernador que venía despues, principiaba de nuevo la guerra contra los indios, juzgando que era talvez indigno el permanecer en buena intelijencia con una horda de salvajes. Desde ese momento principiaban las sangrientas querellas, los combates encarnizados, tan funestos para ámbos belijerantes. Siempre eran los disciplinados tercios españoles los que entraban primero al territorio araucano i se apoderaban de su capital. Despues la bravura indomable i el número de los indios, los rechazaba i la frontera chilena era el teatro

sangriento de constantes i encarnizados combates, que recordaban los hazañas de nuestra historia en las guerras entre Escocia e Inglaterra; pero aunque esas luchas seculares hayan encendido la ardiente imaginacion de los poetas, la realidad entristece al viajero que visita esos lugares desolados. Miétras el campesino nos referia las desgracias de su tierra causadas por ese sistema de guerras constantes i desastrosas para ámbos partidos, nosotros sentiamos un inesplicable malestar parecido al remordimiento recordando esas pájinas románticas en que habiamos leído la descripcion de infortunios semejantes ocurridos en una rejion lejana.

A nuestro regreso a la playa, una multitud de niñitas nos salieron al encuentro llevando cada una de ellas varias gallinas que nos ofrecian en venta casi a la fuerza. Los niños en estos lugares son mui graciosos: sus mejillas son redondas i rosadas; sus cabellos largos, lustrosos i negros, como los de sus antepasados, españoles e indios, caen sobre sus frentes dejando apenas ver los ojos mas negros todavía. Estas niñitas sonreian todas graciosamente, mostrando sus dientes de una blancura deslumbradora. Su airecillo despierto i simpático venció nuestra negativa, i para no aflijirlas, nos vimos obligados a hacer una amplia provision de aves con las que llenamos un bote.

Renovamos nuestra provision de carbon de piedra i de leña. El carbon vale, puesto en la ribera, doce

chelines la tonelada; la leña se pagó a cuatro chelines la carga de trescientos sesenta palos de un medio pie de largo.

De Penco nos hicimos a la vela, a lo largo de la costa, hácia Tomé, bonita caleta situada en un lugar mui pintoresco i rodeada de rocas i árboles gigantescos. En la parte mas elevada se divisa una pequeña aldea medio oculta por el espeso follaje de los árboles. Parte de la tripulacion desembarcó a alguna distancia de las casas, a fin de pasearse por la playa. Luego llegaron varios habitantes a invitarnos a la aldea, donde nos rodeó una gran multitud de jente que nos ofrecia en venta madera para construcciones.

Miéntras terminábamos nuestras compras de este artículo, la luna apareció de repente tras de los árboles, acompañada de Júpiter i Saturno; i el aspecto brillante i luminoso de este espectáculo, formaba vivo contraste con la oscuridad que ántes nos rodeaba. Con gran sorpresa nuestra, uno de los naturales dejó caer a tierra la madera de que venia cargado; i mirando fijamente el cielo nos preguntó que cómo encontrábamos el paisaje. «Es magnífico», le contestamos. «Si, señor, resplandeciente» exclamó, con acento en el que vibraba una emocion igual a la nuestra. Esta observacion es de poca importancia; i yo no la cito sino como una segunda prueba del entusiasmo que demuestra este pueblo grosero e ignorante en presencia de las bellezas de la naturaleza. Este era el primer ejemplo que veíamos de este

placer i este sentimiento entre los habitantes de la América del sur.

A nuestro negocio de la madera siguió otro. Un indio de aspecto feroz se unió al grupo i nos propuso vendernos una carga de vino encerrada en un odre. El vino era de buena calidad, aunque talvez demasiado dulce; lo compramos a dos peniques i medio la botella, i despues supimos que habíamos pagado el doble de su valor. Compramos tambien siete troncos de árbol de veintiun pies de largo, por doce pulgadas de diámetro, a razon de nueve pesos, lo que hace que cada árbol valga cinco chelines. La madera llamada *lingue* es tan buena como la de fresno i sirve para la construccion de embarcaciones. Tambien la pagamos a un cuarto mas de su valor. Se encuentran tambien varias otras clases de madera, esta última, que es la mas cara, nos pareció la mas durable.

El territorio de Concepcion es de mas ventajas naturales que cualesquiera otra parte de Chile. La poblacion es activa e intelijente, el clima delicioso, i el suelo mui fértil produce el maiz, la viña, la oliva i excelentes pastos. Los grandes bosques, abundan en escelentes maderas para construccion, en la tierra hai numerosas minas de carbon de piedra i de cal. En la costa hai muchos puertos con buenos fondeaderos. El pais está atravesado por muchísimos esteros i un rio navegable durante varias millas. A pesar de tantas ventajas naturales, esta parte de Chi-

le parece ahora un verdadero desierto. Es de esperar que el espíritu de reforma i de rejeneracion que anima a esta hermosa rejion, provoque, en tiempo no lejano, un sistema mas saludable para reprimir las frecuentes escursiones de los indios, o lo que seria mas conveniente todavía para hacer de una vez la paz con ellos en condiciones durables i encaminadas a hacerles comprender sus verdaderos intereses.



CAPITULO XXV

El ejército de Benavides es derrotado.—Isla de Santa María.—Arauco, capital de la Araucanía.—Ciudad i flota incendiadas.—Descripcion de la ciudad.—Soldados.—Peneleo, cacique de los indios.—Regreso a Concepcion.—Visita al campamento de los indios.—Embriaguez i recepcion peligrosas.—Peneleo.—Su retrato.—Consuelos que prodiga a la viuda de un individuo asesinado por él.—Regreso a Valparaíso.—Noticia necrológica sobre Benavides.

El 12 de Octubre por la mañana supimos la noticia oficial de que Benavides habia sido completamente derrotado cerca de Chillan. El tomó la fuga i pasó la frontera acompañado de un corto número de sus secuaces. Se nos dijo tambien que la corbeta chilena, la *Chacabuco*, no habiendo querido esperar los refuerzos que debian enviársele, habia fracasado en su espedicion contra Arauco. Habiendo sabido posteriormente que dos marineros norte-americanos se habian escapado del campo de Benavides i que estaban refugiados a bordo de la *Chacabuco*, salí inmediatamente en demanda de este buque, porque deseaba obtener de esos marineros datos seguros sobre la suerte de sus compañeros de infortunio. Me

dirijí, pues, a Arauco; i desgraciadamente me fué imposible saber allí el paradero de la *Chacabuco*. Avancé hácia el sur, persuadido que tal debia ser la direccion de esa nave; i despues de dos dias de navegacion, la alcancé al fin entre el continente i la isla de Santa María.

La isla de Santa María abunda en caballos i en puercos, que sirven para renovar las provisiones de víveres de los balleneros i demas buques que navegan en el gran océano.

Los dos marineros americanos me fueron enviados apenas llegué; i me dijeron que Benavides, a su partida de Arauco, habia dejado en esta ciudad, al capitán del brick «Océano» i a algunos marineros americanos e ingleses a quienes encargó equipar el buque *La Perseverancia*, i que los demas prisioneros habian sido obligados a fuerza de amenazas a seguirlo. Durante toda la marcha, estos últimos habian sido custodiados por un destacamento de caballería, i no fué sino despues del paso del Biobío cuando ellos pudieron fugarse. Estas noticias me decidieron a regresar a Arauco para tratar de poner en libertad a M. Moison i a los marineros, si es que permanecian allá todavía. El ataque de la «Chacabuco» me dejaba pocas esperanzas de conseguir mi objeto, porque era de presumir que los prisioneros hubiesen sido enviados al interior del país.

A mi entrada a la bahía observé con pesar que llegaba tarde: una de las naves detenida en los bordes del Yonbul, rio que corre cerca de la ciudad, estaba ardiendo.

do; columnas de humo espeso elevándose por encima de las colinas que rodean al puerto, demostraban que el otro buque i la ciudad de Arauco eran tambien presas de las llamas. Otro combate se habia librado allí; los indios derrotados, habian prendido fuego a todo lo que no pudieron llevarse. Yo hice arrojar anclas en la noche, i entré en comunicaciones con los comandantes de la flotilla chilena. Ellos me refirieron que los araucanos mandados por oficiales de Benavides fueron atacados en la mañana, que despues de incendiar la ciudad i sus buques, se habian refugiado en los bosques.

El 19 de Octubre. por la mañana, entré a Arauco; yo deseaba ponerme de acuerdo con el jefe chileno para el caso que los prisioneros, al escaparse, se dirijieran a su campo.

El cuartel jeneral estaba en el centro de esta capital. La ciudad se compone de cincuenta i seis casas dispuestas en fila, i de ellas no quedaban mas que los escombros marcados por grandes espacios ennegrecidos por el fuego; su corto número de edificios mas sólidamente construídos habia resistido al fuego. Una parte de los muros de la morada de Benavides estaba aun en pié. Se leian sobre las murellas los nombres de varios prisioneros escritos con carbon i la punta de un cuchillo. El capitan Sheffield del «Hersilia», que me habia acompañado desde Valparaiso, nos sirvió de *cicerone* en esa ciudad donde habia estado tan largo tiempo detenido, cu-

yas ruinas humeantes ahora contemplaba con íntima satisfaccion.

Esta pequeña capital ocupa trescientas toesas cuadradas mas o ménos, i está rodeada de una muralla de doce pies de altura, franqueada de torres en dos de sus ángulos. Uno de sus costados se apoya en una escarpada colina. Apesar de la escasa importancia de esta aldea, la historia i los romances españoles la han elevado al rango de ciudad. Ella fué el punto de partida del célebre Valdivia i despues llegó a ser la residencia del inmortal Lautaro. Arauco ha sido varias veces tomada i recuperada por los españoles i por los indios. Por un extraño contraste en la historia de estas rejiones, sus habitantes, que durante tres siglos han combatido sin descanso i a menudo con éxito contra los españoles, ahora que el enemigo comun ha sido arrojado del territorio, se han sublevado a la voz de un oficial español renegado contra los chilenos sus libertadores.

Desde la cima de la colina, el pais ofrece un cuadro hermoso i variado. La belleza de los bosques, las llanuras i los rios hacen recordar el territorio de Concepcion; i al contemplar este paisaje pintoresco, no se puede menos que deplorar el que tantas bellezas naturales se vean ahora arruinadas por la guerra.

El campamento chileno presentaba un aspecto orijinal i animado. Los soldados, a su regreso a la ciudad, habian encontrado en los almacenes medio incendiados i en las cuevas abiertas en las rocas muchos objetos pertenecientes a los navios cap-

turados. Algunos llevaban platos, vajillas i utensilios de cocina; otros mostraban libros i cartas geográficas. Uno de éstos, cargado con un cuarto de circulo roto, parecia mui embarazado con su conquista; otro atizaba el fuego con un arpon de ballena; un tercero corrió hácia nosotros para ofrecernos en venta una coleccion de obras contra el papismo.

Al ir a darme a la vela, el comandante chileno me informó que una partida de indios ausiliares habia capturado a tres araucanos i que despues de dar muerte a dos de ellos, le habian vendido el tercero por cuatro pesos. Yo no pude ménos que manifestarle mi horror por este acto de salvajismo; i el oficial me aseguró que le habia sido imposible impedirlo, i que esos indios habian impuesto como condicion de sus servicios el privilejio de dar muerte a sus prisioneros si lo creian conveniente. Ademas se habia tomado a una mujer, que era la esposa de uno de los muertos en la mañana. El comandante habia olvidado darme cuenta de este hecho, del que no tuve conocimiento hasta la noche a mi vuelta a bordo.

El comandante chileno habia rogado inútilmente a Peneleo, cacique de los indios ausiliares, que pudiese en libertad a esta desgraciada mujer. El salvaje, que habia dado muerte al marido en presencia de su esposa, rehusaba ponerla en libertad, a ménos que se le pagase un rescate de treinta pesos; i nadie

en el campamento queria darle esta suma. Yo sentí no haber sabido ántes todos estos detalles; porque esta mujer, habria podido encargarse de llevar una carta para los prisioneros.

El 20 de Octubre, apenas amaneció, me dirijí a la playa, i ¡cual no seria mi contrariedad al saber que Peneleo acababa de partir hacia dos horas en direccion a Concepcion con su tropa de indios, llevándose a la prisionera! Miéntas hablábamos de este asunto. un soldado nos dijo que probablemente la mujer que nos inspiraba tanto interes seria asesinada ántes de llegar a Concepcion, pues Peneleo la habia amenazado, si no dejaba de llorar, con enviarla a hacerle compañía a su marido.

Estando Concepcion en el camino de Arauco a Valparaíso, resolví detenerme de nuevo, porque deseaba tomar algunas medidas en favor de los prisioneros, si estos llegaban a aparecer por el lugar, i aun rescatar esta desgraciada mujer de manos de los salvajes. Esperé un dia, i no recibiendo noticia alguna de los prisioneros, aparejamos para San Vicente, pequeña caleta mui segura, situada mas cerca de Concepcion que Talcahuano. No perdí un momento en correr a caballo a la ciudad con uno de mis oficiales; desgraciadamente tanto apuro no nos sirvió de nada, porque cuando llegué a casa del gobernador, un sirviente, con los ojos medio cerrados, i la cabeza apoyada en las manos, me dijo que su excelencia dormia la siesta. Ahora, es sabido que una persona a quien se interrumpe el sueño, os hace siempre

mala acogida; i como se trataba de reclamar proteccion en favor de nuestros compatriotas, juzgué mas prudente no insistir en nuestra demanda porque los sirvientes se estremecian ante la idea de despertar a su excelencia.

Fuimos a pasearnos por las márgenes del Biobío, que en su curso tranquilo i majestuoso baña las murallas de la ciudad. Algunas mujeres de negros ojos estaban sentadas, como buenas campesinas a las puertas de sus viviendas hilando en sus ruecas, miéntras sus hijos jugaban alegremente en medio de la calle. Estas mujeres llevaban, como las chinas, flores en los cabellos, sus trajes eran hasta elegantes i no rehusaron entablar conversacion con nosotros.

El gobernador se habia despertado, al fin, cuando llegamos. Nos recibió amistosamente, i nos dió permiso para que fuésemos al campamento de los indios. Cuando yo le hablé de mi intencion de libertar a la prisionera, sonrió con aire de incredulidad. «Vuestro proyecto, me dijo, es mui laudable; pero yo conozco a Peneleo, i es imposible poder tratar con él, porque es un verdadero salvaje que nada tiene de humano».

La hora de nuestra visita al campamento indijena fué mal elejida porque acababan de comer i casi todos los salvajes se encontraban en un lamentable estado de ebriedad. Algunos estaban sentados alrededor de una gran barrica de vino. A nuestra llegada, fuimos acogidos con grandes alaridos i nos pre-

guntaron simultáneamente cual era el objeto de nuestra visita, que parecia desagradarles mucho. Atemorizado nuestro intérprete, nos aconsejó que volviésemos sobre nuestros pasos, lo que hubiera sido una imprudencia, pues si demostrábamos temor i desconfianza, los indios que estaban todos armados talvez nos hubieran sacrificado sin misericordia. Lo mas conveniente era hablarles sin demostrarles la repugnancia que nos inspiraban. Nos dirijimos, pues, a ellos con una seguridad que les impuso. Uno de ellos se levantó i nos abrazó a la manera india, segun nos dijeron los prisioneros que venian con nosotros. Una vez terminada esta ceremonia, nos hicieron sentarnos cerca de ellos, con una cordialidad exajerada i gritos ensordecedores, i nos invitaron a beber, lo que nos guardamos bien de rehusar. Su mal humor se convirtió entónces en una alegría i una satisfacion tan desagradables como habia sido su acogida. Aprovechamos un momento de silencio para preguntarles si era posible ver al cacique. Nuestro deseo le fué trasmitido; pero no juzgó oportuno recibirnos inmediatamente, obligándonos a permanecer en medio de los indios que continuaban embriagándose rápidamente. Una alegría horrible i brutal que crecia por instantes, nos puso luego en una situacion bien crítica.

Por fin, la puerta del rancho de Peneleo se abrió; i este jefe se quedó en el umbral apoyado en la puerta a fin de no caerse, porque parecia estar mucho mas borracho que sus soldados. Es imposible

imaginarse un retrato mas perfecto de un salvaje: era un hombre alto, de anchas espaldas, de enorme cabeza; sus ojos eran pequeños i oblíquos; su rostro grande i cuadrado; sus cabellos prodijiosamente espesos, negros, gruesos i grasientos le ocultaban la mitad del rostro i caian sobre sus espaldas, cubiertas por un *poncho* de tela ordinaria. Nos recibió bastante mal, i parecia mui irritado porque nos habíamos atrevido a turbar su reposo. Fué inútil que tratásemos de hacerle comprender nuestros deseos. Su respuesta dura i grosera nos probó que no podia o no queria oír cosa alguna. El espectáculo de su larga lanza que se encontraba a su alcance i lo que sabíamos acerca de su proceder en circunstancias análogas, nos decidió a no insistir en nuestra demanda. Una rápida mirada que lanzamos al interior de la *ruca* de Peneleo, nos permitió divisar el hogar que estaba en el medio de la pieza i a una india jóven cuya cabellera caia en desorden hasta la tierra: era sin duda esa infortunada cautiva que habia despertado nuestro interes. Nos llamó la atencion que ya no llorase i aun que tuviese el aspecto bien poco triste. Nos retiramos penetrados de la idea mui poco sentimental de que las graciosas maneras de Peneleo habian ya producido cierta impresion en el corazon de la jóven viuda.

A nuestrá partida dos indios ménos ebrios que los demas, nos acompañaron hasta la salida del patio i nos dijeron que varios extranjeros habian sido tomados por los chilenos en la batalla cerca de Chillan i que estaban en seguridad. Nuestro intérprete

pretendia que este era un cuento inventado por estos individuos astutos, de acuerdo con las preguntas que nos habian escuchado, i, nos aconsejó que les diéramos por política, algun dinero a los tales novelistas i que nos alejáramos lo mas pronto posible.

El 25 de Octubre partimos de Concepcion i el 26 estábamos ya en Valparaiso. Quince dias despues tuvimos la felicidad de ver al capitan Moison i a los marineros que hacia tanto tiempo buscábamos. Como lo suponíamos, se les habia obligado a internarse en los bosques cuando fué atacado Arauco; pero despues de la derrota de Benavides en Chillan, todos los prisioneros consiguieron escaparse. En seguida se habian dirijido, por diferentes caminos a la costa, i despues de grandes penalidades i fatigas llegaron a Concepcion de donde un buque los condujo a Valparaíso.

Habiendo sido ésta la última visita del «Conway» a Chile, me fué imposible saber cosa alguna entonces acerca de la suerte que corriera Benavides. Felizmente, largo tiempo despues vino a mis manos una gaceta extraordinaria publicada oficialmente en Santiago i ella podrá servir de noticia biográfica de este bandido. Inserto aquí este documento que me ha parecido curioso; él da a conocer la situacion de las fronteras de Chile en aquella época i completa la relacion que he principiado de los altos hechos de este bandido.

VINDICTA PÚBLICA

Santiago, 23 de Febrero de 1822

«Chilenos, que os interesais por la gloria de nuestro pais: hombres todos los que observais la conducta de los americanos, sabed que la ejecucion que se vió en este dia, en nada ofende la delicadeza con que Chile ha observado el derecho de las jentes en la guerra, que tan vigorosamente ha sostenido contra el tenaz empeño de los usurpadores. Ese desnaturalizado que muere (Vicente Benavides, hijo de Toribio, carcelero en Quirihue, partido de la provincia de Concepcion), fué un soldado de infantería de la patria, i llegó a sarjento primero de Granaderos en la primera época de nuestra revolucion. Desertó al enemigo desde el Membrillar, i en la memorable accion que sostuvo en aquel punto el jeneral Makenna, cayó prisionero, i venia en la guardia de prevencion con el ejército que marchaba a esta banda del Maule, para ser juzgado en consejo de guerra. Cerca de la villa de Lináres i a vista del enemigo, incendió el parque i se fugó aprovechando las circunstancias de estarse preparando el ejército en una noche oscura a dar un vigoroso ataque. Continuó al servicio de los serviles de Fernando; i cae al fin prisionero en la gloriosa jornada del 5 de Abril de 1818, en el

llano de Maipo. Se respetó en él la condicion de prisionero, hasta que procesado en el tribunal militar, fué sentenciado a muerte como desertor. Mas, habiendo sobrevivido de un modo extraordinario cuando se ejecutó la sentencia, fué presentado al jeneral del ejército, i se ofreció, asegurando que era mui fácil, a disuadir a los indios i demas habitantes de las márgenes meridionales del Bio-Bío del engaño con que los españoles querian empeñarles en una guerra desesperada i fuera del caso de sus leyes. Aceptada su oferta, se le dió el pasaporte i demas documentos de su comision; llegó a la plaza de los Angeles i pasó a la de Nacimiento, donde tuvo la ocasion de manifestar al jefe de las tropas enemigas, don Juan Francisco Sánchez, que tenia un jenio capaz de sostener la guerra desoladora que iba a quedar en esa frontera del Sud, retirándose a Valdivia el jefe de ellas. Se le confió el mando en jefe de ellas, i comenzó, para acreditarse, por el hecho mas escandaloso i mas calificado contra el derecho de la guerra. Atacó al oficial Riveros que mandaba una partida en el fuerte de Santa Juana, i le tomó prisionero con 14 soldados que pudieron salvar la vida en el sangriento ataque. Fué ya conveniente proponerle canje de éste por la mujer de aquél, que actualmente se encontraba en la ciudad de Concepcion, i para ello fué de parlamentario el teniente don Eujenio Torres. Convino en la propuesta; mas, inspirándole desconfianza su intencion ya depravada, retiene al parla-

mentario i soldados, enviando sólo a Riveros. Le reconvino entónceſ por el oficial Torres el comandante de la avanzada, en circunstancias de haber pasado ya su mujer por el fuerte de San Pedro; pero por un exceso de ferocidad, inaudita en el siglo de las luces, esa misma noche da órden de degollar al parlamentario, que actualmente cenaba a su mesa, i que se ejecute tambien ésta incontinenti en los 14 soldados prisioneros.

Nada desdijo de este principio su posterior manejo: las instrucciones que daba a los comandantes de sus guerrillas parecian escribirse con sangre, pues en ellos no se imponia otra pena que la de muerte a todo insurgente, cualquiera que fuese el delito. Estas órdenes se cumplieron con la exactitud que caracteriza a los viles instrumentos de la crueldad. Cada una de estas facultades para matar ofrecia aun a los pacíficos labradores la terrible disyuntiva de seguirle o morir; i hacian perecer a los niños, mujeres i ancianos para que no diesen noticia del camino que tomaban o montaña en que se escondian. De este modo se ha hecho la guerra desde el año de 1819. Unas veces el señor Intendente de Concepcion, jeneral en jefe del ejército de operaciones del sur, usó, aunque con la moderacion que le caracteriza i por órden suprema, del derecho de represalia para contener estas violaciones de las leyes de la guerra; varió otras de conducta haciendo publicar indultos aprobados por S. E. el Supremo Di

rector de la República, i guardó consecuencia aun con los mas facinerosos que se le presentaron en virtud de ellos; contuvo a los jefes i oficiales en el justo resentimiento que inspira el amor de sus compatriotas tan inhumanamente muertos; pero nada fué suficiente a mitigar el insano furor de este monstruos, i sus inícuos satélites. Tomó prisionero en accion de guerra el 23 de Setiembre del año pasado de 1820 al comandante de dragones, don Cárlos María O'Carrol, i le mandó fusilar inmediatamente. Atacó el 26 a la orilla del rio de la Laja, en el bando que llaman de Tarpellanca a 300 hombres del batallon número 1 de Coquimbo i algunas milicias que se replegaban al cuartel jeneral; i i empeñada la accion, a punto de peligrar su cobarde persona, a las ocho de la mañana del dia siguiente dirige un pliego al mariscal de campo, don Andres Alcázar, ofreciendo otorgar la vida a todos los que se presentaren desarmados. Llegó cabalmente a tiempo que faltaban a este benemérito anciano las municiones i las fuerzas del cuerpo. Capitula, rinde las armas, i con ellas la vida. Fueron fusilados mui pronto, i sin los ausilios de la relijion todos los oficiales prisioneros, librando por casualidad, Fr. N. Castro, del órden de Hermitaños i, lo que es mas, entregó a los indios que le acompañaron al mariscal Alcázar i al sarjento mayor Ruiz para que muriesen a punta de lanza con mas de 300 familias, que se habian reunido de la isla de la Laja.

No perdió ocasion de envolver en ruinas los pueblos a donde se acercaba, haciendo quemar cuantos podia. I pareciéndole que esto no era bastante a satisfacer su jenio insaciable, entabló comunicacion con Carrera, uno de los caudillos de estos anarquistas, que aflijan la provincia de Mendoza i circunvecinas, para tener parte en las devastaciones de aquéllos. Viéndose derrotados en Concepcion el 27 de Noviembre de 1820, propuso capitulaciones de paz, para ser entónces mas pérfido. Envió al presbítero Ferrebu con el pliego de sus propuestas; este gozó de la inmunidad que daba a su persona el derecho de jentes, i al mismo tiempo el caudillo que le envió, hacia pasar un escuadron para continuar las hostilidades. Finalmente, se quita la máscara del rei de España, cuando el señor Brigadier don Joaquin Prieto le comunicaba la noticia de haber sucumbido la capital del Perú, de donde él dependia. En la carta contestacion descubre su verdadero carácter, pues en ella protesta *que hará la guerra a Chile con el último soldado, aunque sea reconocido por el rei i la Nacion.*

Era consiguiente que de un abismo se precipitase en otro. O fuese que ya no estaba acostumbrado a respetar las leyes de las naciones, o que esperase se le disimulasen estos hechos ante su gobierno, hizo todo lo que constituye un pirata. Armó un buque en corso para enviarlo sobre las costas de Chile, cuyas instrucciones no respetaban bandera, cualquier

ra que fuese, i él lo comprobó con sus hechos. La situacion de Arauco, tan inmediata a la isla de Santa María, donde pasaban a refrescar los buques que han doblado el Cabo, le proporcionó tomar las fragatas *Perseverancia*, la *Hero*, el bergantin *Hersilia*, i otro, sin incluir las embarcaciones de algunas que no pudo apresar. Estos buques eran de propiedad inglesa i de Norte-América, cuyos capitanes hizo fusilar secretamente, i agregó a sus tropas el resto de sus tripulaciones. ¿Cuál seria la causa de espresar tan enérgicamente en su confesion, que importaban millones los perjuicios que les habria causado? Pero no le corresponde a Chile tomar la defensa de esta causa.

Conociendo al fin en Diciembre del año próximo pasado el estado de nulidad a que estaba reducido, suplica al señor Brigadier don Joaquin Prieto, Intendente de Concepcion, que le admita si se presenta con sus partidarios. Este benigno jefe le acepta generoso; da cuenta a la supremacía, i en estas circunstancias se embarca en una lancha en la boca del rio Lebu i huye a puertos intermedios, con el fin de unirse a la division enemiga, que en aquellas inmediaciones suponía. Ya no era posible esperar buena fe en este hombre tan intrigante. En sus cartas ofreció servicios, protestó buena fe, i deja, por último, para seguir siempre al enemigo, la desgraciada provincia de Concepcion, teatro de tan lamentables escenas, envuelta en las miserias, que él mismo habia

causado, sin acordarse jamas que en ella habia visto la luz. Con el peso de su desesperacion se hacia insoportable a los que le acompañaban, i les hizo agradable la necesidad de arribar al puerto de Topocalma en busca de agua, que ya les faltaba. El dia 1.º del presente Febrero hizo salir a nado un soldado con el objeto de buscarla, i al amanecer del siguiente le permitió la marea acercarse a tierra, i desembarcó con el pretesto de solicitar un hombre que condujese al Supremo Director las comunicaciones que decia traer de Talcahuano; ocultaba su nombre, pero los patriotas don Francisco Hidalgo i don Ramon Fuenzalida, dueños de las estancias inmediatas, advertidos por el soldado, que al dia siguiente salió a buscar agua, le esperaban ya en la plaza i habian dado los correspondientes avisos. Aparentaba entónces prevenir las comunicaciones para el Supremo Director, i a las dos de la tarde de ese dia conoció que estaba preso, en la llegada del juez don José Antonio López, sarjento mayor don José María Argomedo i Cienfuegos i milicias que les acompañan.

Por la notoriedad de sus hechos, aun el mas imparcial extranjero le condenaba al último suplicio; pero el Supremo Gobierno quiso oirle sus descargos i mandó se le juzgase conforme a las leyes. I resultando hallarse fuera de la proteccion del derecho de jentes, se le aplicó la pena que éste i las leyes de la República imponen a cada uno de sus delitos.

Como desertor al enemigo, debía morir; como violador tantas veces del derecho de la guerra, perdió todo honor militar, hasta el debido a los prisioneros; como pirata i como bárbaro destructor de pueblos enteros, era preciso darle un jénero de muerte que vengase la humanidad i escármentase cualquiera otro que quisiese tener la osadía de imitarle. Por la sentencia de 21 de este mes, salió arrastrado en un seron a cola de mula; fué ahorcado en la plaza mayor i cortada la cabeza i manos, para que, fijados en altos picos, señalasen los lugares de sus horrendos crímenes, Santa Juana, Tarpellanca i Arauco. En la misma se espresaba que debía ejecutarse el dia 23, tercero despues de la notificacion, para que se le proporcionasen en este tiempo todos los ausilios que la relijion tiene para estos casos i que este fiel vasallo del rei católico negó al Mariscal Alcazar, sarjento mayor don Gaspar Ruiz, comandante O'Carrol, a todos los oficiales del batallon de Coquimbo i a otros muchos. La jenerosidad de los gobiernos libres no se encuentra en los corrompidos corazones de los que sirven a los tiranos.

El ménos versado en el derecho público sabe que la guerra se presume justa por ámbas partes en cuanto a sus efectos i que Chile está en el caso de usar de la represalia en tanto cuanto los mandones de España han hecho con los patriotas. Pero S. E. ha querido correr un velo sobre la causa, mandando ejecutar la sentencia sólo en Benavides, i conservan-

do la vida a los que le seguian, que podian justamente perderla, i a algunos otros que por intelijencia con el caudillo habian merecido la misma o igual pena (1).

«Esos mónstruos que cargan consigo
El carácter infame i servil
¿Cómo pueden jamas compararse
Con los Héroes del cinco de Abril?»

(1) Se ha conservado la ortografía peculiar del orijinal español.—(N. DEL T.)

INDICE

| | Paj. |
|---|------|
| Capítulo I.—Paso del Cabo de Hornos.—Llegada a Valparaíso.—Visita a Santiago, capital de Chile..... | 3 |
| » II.—Comunicacion entre Santiago i Buenos Aires.—Llegada a las costas de Chile de una fragata i un buque de guerra frances.—Naturaleza de la mision de los comandantes ingleses.—Los franceses hacen la conquista de los corazones femeninos en Valparaíso.—Baile dado a los franceses.—Lujo e indijencia.—Temblor de tierra.—Funerales de un americano.—Partida de campo.—Partida de Valparaíso | 28 |
| » III.—Revolucion de Chile.—San Martin atraviesa los Andes; ataca i derrota a los realistas.—Reveses de los insurjentes.—Patriotismo de los habitantes de Santiago.—Nuevas | |

victorias.—Preparativos de los gobiernos de Buenos Aires i de Chile contra el Perú.—Lord Cochrane es nombrado comandante en jefe de la escuadra de Chile.—Sus primeras hazañas.—Partida de la expedicion.—Armisticio i negociaciones.—Comunicaciones de Lord Cochrane.—Brillante hecho de armas de este almirante.—Abastecimiento de los realistas.—Habilidad diplomática de San Martin.—La capital del Perú reducida a sus últimas estremidades

40

Capítulo IV.—Lima.—Diferencias entre los viajes por mar i tierra; influencias que tienen sobre la manera de considerar las cosas.—Situacion de los países independientes comparada con la de los realistas.—Deplorable situacion de Lima.—Entusiasmo de los habitantes a la llegada de San Martin.—Desconfianzas contra los ingleses.—Circunspeccion que debian emplear éstos.—La política a la orden del dia.—Insurreccion del pueblo i del ejército.—El virrei es depuesto.—Palacio de gobierno.—Visita al anciano virrei.....

62

Capítulo V.—Continuacion de la estadía en Lima.—Corridas de toros mas crueles que en España i otros lugares de la América meridional.—Alegría popular al aspecto de la sangre.—Sistema de los españoles sobre las corridas de toros.— Anécdota referente a un inquisidor.—Trajes i costumbres de las mujeres.—Idea jeneral sobre la situacion de Lima durante la guerra.—Arzobispo del Perú.—Miraflores.—Discordia i anarquía.—Los patriotas se aprovechan de la falta de union del partido realista

72

» VI.—Oficiales ingleses detenidos como espías.—Falso denunciacion de cinco individuos del Callao.—El virrei Laserna; dificultades en que se ve envuelto i temores que le inspira el populacho enfurecido con este motivo.—Mala acogida hecha en el Callao a Mr. Hall, quien no sufre ningun mal tratamiento.—Absolucion de los oficiales ingleses.—Se notifica a los extranjeros para que salgan del Perú.— Algunos detalles sobre la

| | | |
|----------------|--|-----|
| | ciudad de Lima.—Los edificios vistos de cerca, no corresponden a su apariencia.—Teatro; no es permitido durante los entreactos fumar en presencia del virrei..... | 84 |
| Capítulo VII.— | Regreso a Valparaíso i a Santiago. — Escursion al interior. — Puente de correas de cuero.—Ilusiones nocturnas.—Hospitalidad.—Placeres del campo.—Descripcion de una comida.—Sopa de pescado. Voto extraño i característico.—Olla podrida.—Garbanzos.—Sala de comer..... | 94 |
| » VIII.— | Continuacion de la estadía en el campo.—Medios empleados para apoderarse de los animales.—El lazo.—Destreza de los jinetes.—Detalles de la lucha.—Precaucion del caballo contra la violencia de la caída del animal.—Caballo chúcaro domado.—Danzas del país.—Una señorita rehusa bailar; causa orijinal de su negativa..... | 106 |
| » IX.— | Continuacion del capítulo anterior.—Manera de matar los animales vacunos.—Espanto de éstos a la | |

| | | |
|-------------|---|-----|
| | vista de los lazos.—Peligros de este ejercicio.—Otro medio no ménos terrible.—Instrumento llamado luna.—Accidente que termina bien.—Ajilidad i limpieza..... | 113 |
| Capítulo X. | —Lago de Aculeo.—Lugares pintorescos.—Futuros destinos del país.—Aves.—Papagallos.—Flamencos.—Las señoras en los bailes i en visitas.—Partida a Santiago.—Jardin singular.—Efectos de luz.—Joven insensible ante las descripciones del viajero..... | 121 |
| » | XI.—Regreso a Santiago.—Paseo inútil.—Adios.—Se niega la absolucion a una jóven a quien su padre ha hecho enseñar frances; medida del gobierno con este motivo.—Regreso a Valparaíso.—Observaciones astronómicas.—Péndulo.—Reflexiones jenerales sobre Chile.—Ventajas de la libertad de comercio.—Union necesaria a los nuevos estados independientes..... | 128 |
| » | XII.—Arica.—Sangrientos vestijios de las operaciones militares.—Gobernador reducido a un estado mi- | |

| | | |
|--|---|-----|
| | serable.—Desolador espectáculo.— Cadena de los Andes.—Aridez del suelo.—Habitantes del valle-Casas; agradable situacion de éstas.—Mi- nas, i errores a este respecto.—Par- tida de Arica | 137 |
| Capítulo XIII.—Ilo.—Alcalde cubierto de an- drajos.—Agradable sorpresa.—Ob- servacion de las costas.—Balsa o piragua del pais.— Mollendo.—Ca- rácter de los hombres.—Timidez de las mujeres.—Aridez del suelo..... | 146 | |
| » XIV.—Continuacion de las operacio- nes militares en el Perú.—Nuevas negociaciones.—Concesiones de los realistas.—Las ideas nuevas se pro- pagan en el Perú i llegan hasta Li- ma.—Táctica de San Martin.—Al- gunos detalles sobre éste.—Entre- vista que acuerda a Mr. Hall.—Su retrato..... | 152 | |
| » XV.—Regreso a Lima.—Aspecto de esta ciudad ante la proximidad de los patriotas.—El virrei anuncia su partida. — Espanto jeneral. — Una parte de la poblacion se retira al Callao.—Partida del virrei.—Nuevo | | |

| | | |
|---------------|---|-----|
| | Gobernador.—Reunion de notables. La etiqueta respetada i el cigarro. —Invitacion hecha a San Martin pa- ra que entre a la ciudad.—Respues- ta i conducta jenerosas del jeneral patriota.—El órden se restablece. —Reaparecen los emigrados..... | 160 |
| Capítulo XVI. | —Nueva entrevista con San Mar- tin.—Opiniones de este jeneral so- bre los negocios de Lima.—Dipu- tacion.—Rasgos de carácter.—Ban- didos.—El Marqués de Montemiré. —Comida i convidado singular.— Patrullas.—Carroza destinada al sa- cerdote que lleva la estremauncion. —Amores de un virrei.—La Peri- cola.—Estraña fantasía.— Ofrenda a la iglesia de las prendas del Amor. | 170 |
| » | XVII.—Nuevos detalles sobre la re- volucion del Perú. — Modestia de San Martin.—Su entrada a Lima.— Episodios interesantes.—Una mu- jer ofrece sus tres hijos a la patria. —Entusiasmo del bello sexo.— Monje subyugado por el prestigio de San Martin.—Sala de audiencia.... | 179 |
| » | XVIII.—Valle de Lima.—Avanzadas | |

| | |
|--|-----|
| de los patriotas.—Montañeses independientes. — Regreso a Lima.— Fermentacion.— Embarazos de los realistas —Medidas de rigor—Reclamacion de la independencia.— Actos diversos.— Juramento.— Entusiasmo.— Baile..... | 188 |
| Capítulo XIX.—Huacho.—Huaura.— Riberas del rio de este nombre.—Casas.— Ornamentos de mimbre.—Irrigaciones. — Chorrillos, lugar de baños, convertido en puerto militar..... | 196 |
| XX.—Lima.—San Martin toma el título de Protector del Perú.—Manifiesto que publica en esta ocasion.—Nuevas medidas contra los españoles.—Reflexiones jenerales.—Disidencia de opiniones.—Tentativas realistas.—Difícil situacion de los españoles.—Espíritu público —Decreto.—A los españoles europeos. | 205 |
| XXI.—Sistema administrativo español ántes de la revolucion.—Forma i division de gobierno.—Los criollos escluidos de los empleos, del cultivo, de las artes, de las ciencias, del comercio i de la industria.—Toda | |

comunicacion de una provincia a otra era prohibida.—Rigores empleados contra los extranjeros.—Anécdotas.—Colejios i escuelas cerradas.—Impuestos.—Justicia.—Prisiones.—Aviso.—(Escuela Lancaster)..... 200

Capítulo XXII.—Continuacion del capítulo anterior.—Sistema comercial.—Papeles importantes encontrados en Lima —Instrucciones de un virrey con ocasion de los socorros que el gobierno habia acordado a un buque náufrago.—Correspondencia detallada i curiosa.—Monopolio —Contrabando armado.—Sus felices resultados.—Resúmen.—El pró i el contra.—Influencia que la relijion católica ha ejercido sobre estas regiones. 230

» XXIII.—Crucero en la costa del sur de Chile en persecucion del pirata Benavídes.—Historia de este personaje.—Es fusilado i sobrevive a la ejecucion.—Los araucanos lo toman por jefe.—Sorprende varios buques ingleses i americanos.—

| | |
|--|-----|
| Trata con los españoles.—Sus proyectos.—Su escuadra i su ejército.—Obliga a los prisioneros a servir.—Evasión del capitán de un buque norte-americano.—Benavides es denunciado al comandante en jefe de la escuadra inglesa..... | 242 |
| Capítulo XXIV. —Bahía de Concepcion.—Talcahuano.—Realistas emigrados.—Proteo político.—Sitios pintorescos.—Desastres de la guerra.—El Bio-Bio.—Ciudad de Concepcion.—Incendio que arruinó esta ciudad.—Estado miserable de los habitantes.—Penco.—Carbon de piedra.—Noticias de Benavides.—Ventaja de un tratado con los araucanos.—Entusiasmo de los naturales al aspecto de las bellezas de la naturaleza.—Compras diversas.—Vista jeneral del territorio de Concepcion..... | 251 |
| XXV.—El ejército de Benavides es derrotado.—Isla de Santa María.—Arauco, capital de la Araucanía.—Ciudad i flota incendiadas.—Descripcion de la ciudad.—Soldados.—Peneleo, cacique de los indios.—Re- | |

| | |
|---|-----|
| greso a Concepcion. — Visita al campamento de los indios.—Em- briaguez i recepcion peligrosas.— Peneleo. — Su retrato.—Consuelos que prodiga a la viuda de un indi- viduo asesinado por él.—Regreso a Valparaiso.—Noticia necrológica sobre Benavides..... | 264 |
|---|-----|

